

NUEVA REVISTA PERUANA

MARIANO IBERICO	La Eternidad y el Tiempo	249
ALBERTO ULLOA	José Carlos Mariátegui ..	261
FABIO LOZANO Y LOZANO	El Liberalismo Colombiano en el Poder	280
MARTÍN ADÁN	Los esposos Helmer mal casados	308
ARMANDO GODOY	Nocturno de Chopin	314

CRONICAS

Literaria, por Alberto Ureta

Políticas, por Carlos Wiese R. y Carlos Neuhaus Ugarteche.

NOTAS

Mariano Iberico: *La Pedagogía Realística como Teoría dell'Eficiencia*, por Guido Della Valle; — Alberto Ureta: *El último premio Nobel de Literatura*; — F. Diez de Medina: *Enrique Dammert en Bolivia*; — Mario Alzamora y Valdéz: *El nuevo indio*; por J. Uriel García; — Roberto Neyes Valdéz: *El Crimen de Vera y Arzeva*, por L. N. Urbancev.

ENCUESTA: *Lo que aprenden nuestros hijos*. — Respuesta de L. E. Galván.

INFORMACIONES Y COMENTARIOS

El Doctor Augusto Pérez Aranibar.

DOCUMENTOS

Ley que declara de propiedad del Estado los monumentos históricos existentes en el territorio de la nación, anteriores a la época del Virreinato

NUEVA REVISTA PERUANA

ALBERTO URETA

MARIANO IBERICO

ALBERTO ULLOA



CRONICAS

ADMINISTRACION: AYACUCHO, 428. — LIMA.

NOTAS

PRECIO: S/. 0.50 EL EJEMPLAR

SUSCRIPCION:

EN PROVINCIAS: un año, cuatro soles.

EN EL EXTRANJERO: un año, £ 0-10 o \$ 2.

DOCUMENTOS

CASILLAS DE CORREO: 128 y 281.

LIMA - PERU

PRECIO: 20 cts.

Ramo de Loterías de Lima y Callao

GRAN SORTEO DE FIESTAS PATRIAS

Para el Sábado 26 de Julio de 1930

Suerte mayor: DOSCIENTOS MIL Soles Oro

2,000 BILLETES PREMIADOS

Por disposición de la Junta Inspectorá se pone a la venta este sorteo, en el que se dá al público, además del 50 por ciento que le corresponde S. 14,600.00 Oro del fondo de rezagadas de plazo vencido, como se verá por la siguiente

ESCALA

1 Suerte de.....	S. 200,000.00 Oro
1	20,000.00 ..
1	10,000.00 ..
2	10,000.00 ..
5	10,000.00 ..
10	10,000.00 ..
20	10,000.00 ..
40	12,000.00 ..
70	14,000.00 ..
150 Suertes.....	S. 206,000.00 Oro
10 Aprox. suerte mayor de S. 300.00 e-u.	3,000.00 ..
10, 2da. suerte, 150.00 ..	1,500.00 ..
10, Tercera, 100.00 ..	1,000.00 ..
1,470, demás suertes 40.00 ..	58,800.00 ..
359 Terminales de las dos últimas cifras iguales a la de la suerte mayor de.....	40.00 ..
359 Terminales de las dos últimas cifras iguales a la de la suerte mayor de.....	14,360.00 ..
2,000 Billetes Premiados con un total de....	S. 374,660.00 Oro

El billete entero subdividido en 20 partes, vale S. 20.00 Oro y cada parte S. 1.00 Oro.

El Ramo vende los billetes con el DIECISEIS POR CIENTO de descuento.

La emisión se compone de 36,000 billetes cuya numeración empieza en el 10,000 y termina en el 45,999.

Las suertes vueltas a rifar por no haber sido vendido el número que salió agraciado, sufren un descuento de veinte por ciento, lo mismo que sus aproximaciones y terminales.

Llámanse aproximaciones las cinco unidades anteriores y las cinco posteriores a cada una de las suertes.

Son terminales los billetes cuyas dos últimas cifras igualen a las de la suerte mayor que obtenga el público.

Todo pedido deberá dirigirse al Administrador del Ramo de Loterías y venir con carta certificada, pues el Ramo no asume responsabilidad por los que se extravíen por falta de este requisito. Vendrá acompañado de valores en cheques o letras a la vista, por su importe, contra los Bancos o Casas Comerciales de esta capital, también a la orden del Administrador y no a su persona.

No se atenderá los pedidos cuyo monto sea menor de soles CINCUENTA Y 40 Cts. ORO.

La expedición de los pedidos, incluso gastos de porte y certificación, por correo marítimo, o terrestre son de cuenta del Ramo, y una vez depositados en el correo viajan por cuenta y riesgo de los interesados.

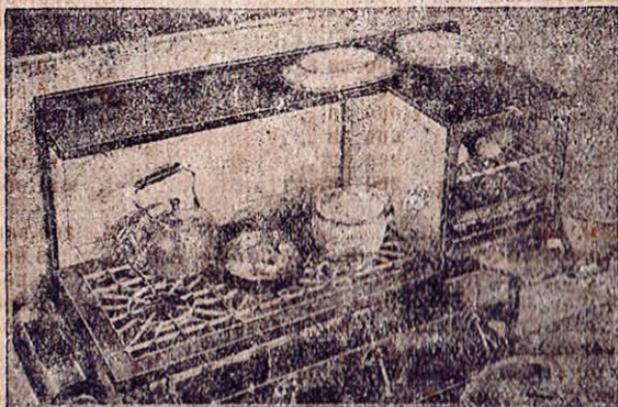
De conformidad con la ley N.º 4,518 todos los billetes premiados tienen un descuento de SEIS POR CIENTO.

Lima, Marzo de 1930.

EL ADMINISTRADOR.

"FLORENCE"

La Cocina Ideal
en el Hogar Moderno



CONSUME SOLO KEROSENE SIN MECHA,
NO HACE HUMO, NI HOLLIN NI DESPIDE
MAL OLOR.

EXISTENCIA DE TODO TAMAÑO

EMILIO F. WAGNER & CIA.

Lima

Perú

EDIFICIO WIESE

BANCO POPULAR DEL PERU

CAPITAL Y RESERVAS, Lp. 277,500—

Toda clase de operaciones bancarias en las mejores condiciones

Recibe en su Sección de Ahorros entregas
DESDE UN SOL
al 5% de interés anual.

Hace pagos a la vista hasta Lp. 25.

ENTREGA ALCANCIAS DE AHORRO

Oficina: CALLE VILLALTA

Compañía de Seguros "Rímac"

ASEGURA

Contra Incendio.— Sobre la Vida.— Riesgos Marítimos.— Accidentes de Automóviles.— Accidentes del Trabajo.— Accidentes Individuales.— Fianzas de Empleados
Lucro Cesante

OFICINAS:

Calle de la Coca Nos. 741, 479 y 483

LIMA

Teléfonos Nos. 145 y 899.



¡BUENO y BARATO!

SON LAS DOS RA
ZONES QUE DA
AL PUBLICO SIEM-
PRE

LA



LIMA

MERCADERES. 493



Fábrica de Aserrar Maderas

“LA VICTORIA”

SOCIEDAD TOMINAGA LIMITADA

TELEFONO 2457

APARTADO 1219

Venta de maderas.

Fabricación de puertas y ventanas.

Especialidad en muebles confortables.

Si quiere Ud. alcanzar el ideal, lea la “Nueva Revista
Peruana” en un sillón confortable hecho donde

T O M I N A G A

LEY DEL EMPLEADO

“EL PORVENIR”

COMPAÑIA NACIONAL DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA

Ofrece sus pólizas, que son las más
LIBERALES Y VENTAJOSAS,
a las Instituciones y Casas Comerciales
que deben cumplir con esta ley

Para informes:

SAN PEDRO No. 343.— LIMA

SI ES Ud. AGRICULTOR

y le interesa conocer el manejo y
tratamiento de los suelos, la ciencia
y práctica del abonamiento y las in-
vestigaciones más recientes sobre el
problema de la fertilización, solicite

EL BOLETIN MENSUAL DE LA

Compañía Administradora del Guano

a la Casilla No. 809

o al teléfono No. 1192 (Lima) que le
será remitido gratuitamente.

BANCO ALEMAN

TRANSATLANTIC)

CASA CENTRAL

Deutsche Ueberseeische Bank, Berlin

CAPITAL Y RESERVAS

M. 38.000,000 (Lp. 2.275,000)

**Sucursales en el Perú, Argentina,
Brasil, Chile, Bolivia,
Uruguay y España**

**Efectúa toda clase de operaciones
bancarias.**

**Emite cartas de crédito circulares
o domiciliadas y vende cheques para
viajeros (travellers cheques)**

**Alquila cajas de seguridad para guar-
dar alhajas, valores y documentos.**

CALLE DE LA COCA

LIMA

Dr. Luis González Zúñiga

Especializado en la Facultad de Medicina de París
En: Vías Urinarias (Riñones, Vejiga, Próstata, Uretra)

Enfermedades de Señoras y Partos

Diatermia, Rayos Ultravioletas, Electrocoagulación, Citoscopia
Uretroscopia, Laboratorio Químico-bacteriológico anexo

CONSULTAS DIARIAS DE 2 a 7 p. m.

AFLIGIDOS 137

TELEFONO 1367.

B. R. PARRA

CALLE DEL GATO No. 474 (GIRON AZANGARO)

Casa premiada con medallas de oro y plata
en la Exposición del Centenario de Ayacucho 1924
e Internacional de Bolivia

FABRICACIÓN DE SELLOS DE JEBE Y PLANCHAS COMERCIALES
ACUÑACIÓN DE MEDALLAS Y GRABADOS EN GENERAL
PLACAS CONMEMORATIVAS EN ALTO RELIEVE Y TODO TRABAJO
CONCERNIENTE AL RAMO

TALLER DE PINTURA DE NICOLAS BOCANEGRA

Artístico-Comercial

Premiado con medalla de oro en 1915 y mención honrosa en 1918
por el Concejo Provincial de Lima.

GIRON LAMPA 729 (antes Pileta de la Trinidad) No. 145
SE DORA MUEBLES Y ALTARES
SE HACE ROTULOS Y DECORACIONES DE TODA CLASE
PRECIOS EQUITATIVOS

F. M. VILLACORTA

Import and Export

Hipotecas - Gestiones - Corretajes - etc.

EDIF. WIESSE. 3er. PISO No. 324

Visite Nuestra Moderna

BOVEDA

Evite la pérdida de sus objetos y documentos de valor depositándolos en nuestras

CAJAS DE SEGURIDAD

que por sólo ocho soles anuales le dará el máximo de protección contra descuido, robo o destrucción por los elementos de sus especies y valores.

BANCO ITALIANO - LIMA

La Eternidad y el Tiempo

(ENSAYOS ANTIELEATICOS)

LO eterno es lo inmutable. Y lo es, porque si cambiara perdería la permanencia absoluta que constituye su esencia. Lo inmutable es lo eterno, porque no puede tener comienzo ni fin. No puede tener comienzo por que éste sería un punto de partida, un límite e iniciaría por lo tanto un desarrollo, una duración, una historia, que no se concilian con la naturaleza de lo inmutable. No puede tener fin, porque el fin es un cambio absoluto que, al realizarse, cancelaría con su existencia, su pretendida inmutabilidad.

El tiempo, desde luego, se define por el cambio. Pero hay que explicarse. El cambio sólo se da, por relación a una anterioridad; contiene todos los momentos, etapas o estados precedentes y a la vez les agrega algo absolutamente nuevo. Los contiene porque es una totalidad de estados precedentes lo que cambia, absorbiéndose por decirlo así en la actualidad del cambio — cuando al frotar una cerilla brota la llama, arden en ella no sólo los elementos materiales combustibles, sino el acto y hasta la intención que produjeron el frotamiento y la llama —; les agrega algo absolutamente nuevo, sencillamente porque de lo contrario, no sería un cambio. Así pues el tiempo implica una íntima relación de cambios que se contienen unos a otros y que se suceden en una continuidad ininterrumpida.

Y encierra también una íntima contradicción. Como decíamos, el tiempo es cambio pero es también y nece-

tiempo es el misterio de la vida. Y si la vida es novedad incesante, transfiguración, renovación, si en la vida se guarda el secreto de la iniciativa cósmica, el tiempo no vendría a ser sino «otro nombre para la fuerza creadora de la existencia» (1) Y de este modo la meditación sobre el tiempo nos llevaría a la confrontación del problema supremo de la realidad: el problema del aparecer y del desaparecer; de la Presencia en que la realidad se revela y de la Ausencia que es como una zona de oscuridad en que se envuelve la presencia o mejor, que es como el contenido mediato de ésta y donde se confunden los restos del pasado con las posibilidades germinales que constituyen el futuro.

El tiempo es, ya lo hemos dicho, una experiencia, y si se reivindica para esta palabra *experiencia* todo el contenido que de derecho le corresponde, podríamos agregar que el tiempo es lo real (2). Lo eterno en cambio, o por lo menos lo eterno concebido como la pura inmutabilidad, no pasa de ser una abstracción. Todo cambia, todo pasa y desaparece para una conciencia desprevenida y, como diría Bergson, virginal. En el tiempo, es decir en la vida, todo lo que aparece debe consumirse y morir para alimentar las floraciones inesperadas del futuro. Ahora bien, en la sucesión inagotable de los cambios, la mente introduce una serie de asimilaciones, distinciones y gerarquías. Ellas que hacen coherente, comprensible el material de la experiencia, forman el mundo de los conceptos o de las esencias.

Este mundo no existe en sí sino por relación a las necesidades que nos han inducido a trazar en el torrente de las cosas tales o cuales direcciones. Más como

(1) A. N. Whitehead, *The Concept of Nature*, Cambridge 1926, pág. 73.

(2) Sin abordar por el momento la discusión del problema metafísico de la realidad y recogiendo lo que todo el mundo sabe, aunque pocos llegan a formularlo, podemos afirmar que lo real es lo experimentado, lo vivido, sea actual, sea potencialmente. Lo irreal es lo que contradice la posibilidad de la experiencia.

quiera que los conceptos instituyen una presunción de estabilidad sobre ese torrente, llegamos a creer que ellos nos entregan la estructura permanente, intangible, suprema de la realidad. Y así, independizándolos de las necesidades concretas a que sirven de marco, los sustentamos en una esfera independiente, aparte, en sí. Esa esfera independiente, aparte, en sí, hecha de abstracciones hipostasiadas, es la esfera de lo eterno.

Lo eterno se reviste de majestad en el espíritu del hombre y se atribuye no sólo la plenitud del ser sino la plenitud del valor. En su nombre aman, se exaltan y padecen los hombres. Hay empero en el fondo del anhelo que suscita lo eterno una doble ilusión: de un lado, una ilusión ontológica que confiere a los productos abstractos de la mente una existencia aparte, en sí; de otro lado una ilusión psicológica sobre la posibilidad de amar o desear lo que, por hipótesis, está fuera del tiempo. Ambas ilusiones se complementan, se conjugan, se refuerzan mutuamente. Por eso aludiremos a la primera aunque el propósito central de este ensayo es confrontar la segunda, a saber: la ilusión que consiste en creer que lo eterno, entendido como la esfera de las puras esencias inmutables, puede ser objeto de amor o de deseo.

Desde luego no se puede amar lo que está fuera del tiempo. Todo objeto de amor debe ser un cierto presente cargado de una cierta historia y lleno de un porvenir más o menos incierto. Por eso el amor es inquietud, incertidumbre, y, como todo lo que vive, ritmo, alternativa de acentuación y difusión, proceso en que toda la vida psicológica ora se contrae, se concentra en sí misma convirtiéndose en sustancia propia cuanto la rodea, ora se olvida de sí misma en el abandono con que se entrega o se prodiga.

Hay en el amor dos exigencias esenciales y contradictorias. Hay por una parte el anhelo de ofrecerse al ser amado, de abolirse en él y por otra la ambición opuesta aunque complementaria de absorberlo, de incorpo-

rarlo al ritmo de la propia inquietud. Y estas dos exigencias están subordinadas a una presuposición fundamental a saber: que el ser a quien el alma se entrega o absorbe sea un ser consciente, una persona. Es necesario que alguien reciba u ofrezca el sacrificio, sin que ningún algo sea capaz de reemplazarlo.—Queremos influir en una historia, determinar su curso, enriquecer su contenido. Queremos al propio tiempo que toda nuestra vida se alimente con aquella que se pierda en nosotros. ¿Y cómo hemos de amar a un ser fuera del tiempo, cuya plenitud no puede enriquecerse con la efímera palpitación de nuestra miseria, a un ser que no puede entregársenos ni morir en nosotros porque no puede eludir el destino que lo condena a ser siempre y *en sí*?

El amor es una forma del deseo (3). Hemos visto que ella no puede ser suscitada por lo eterno entendido como el reino de las puras esencias intemporales e inmutables. Pero talvez lo eterno sea capaz de provocar otras formas de aspiración o de deseo. Para saberlo tengamos en cuenta que el anhelo efectivo de lo eterno, implicaría una total repudiación del tiempo y que, por lo tanto, el problema que se confronta cuando se habla del deseo de lo eterno, es el de saber si una vez abolida toda temporalidad, puede subsistir todavía algún contenido psicológico.

Que sea posible la total repudiación del tiempo parecen atestiguarlo numerosas declaraciones de hombres que han explorado las regiones más puras de la vida espiritual. El famoso libro de Tomás de Kempis no es en el fondo sino una técnica para huir del tiempo que, identificado con la existencia natural, transitoria y vana, es odiado y más que todo temido. El Maestro Eckart odia el tiempo porque él nos oculta la luz del verdadero conocimiento o más exactamente, porque él se interpone entre nosotros y el objeto inefable de la aspiración mística, entre nosotros y lo que está «fuera de la prisión temporal

(3) Así lo admite Platón en el **Banquete** y en el **Fedro**.

y no sólo de la prisión sino del contacto y no sólo del contacto, sino del mero rumor o de la mera sombra del tiempo» (4). En fin, y para no citar más, Bossuet que odia el tiempo porque tiene como atributo inseparable la fugacidad, como término inevitable la muerte considera que «el hombre, infinitamente despreciable en tanto que él acaba en el tiempo es infinitamente estimable en tanto que pasa a la eternidad» (5).

Admitida, empero, y a mérito de los testimonios transcritos la posibilidad de repudiar absolutamente el tiempo cabe preguntar: ¿qué quedaría como correlativo psicológico de tal repudiación? ¿Quedarían un deseo, un anhelo, una aspiración de eternidad? Para saberlo, examinemos brevemente el mecanismo del deseo.

Todo deseo implica un sentimiento de posibilidad o mejor todo deseo postula la realidad — material o ideal — de su objeto, y esto, por quimérico, por absurdo que se le suponga. Lo cual quiere decir que cuando deseamos, creemos desear «algo» y no nada. Ese algo es la realidad del objeto del deseo. Ahora bien, dicha realidad es una síntesis de estos dos elementos: a) la creencia de que el objeto de nuestro deseo es una entidad independiente en cierto modo de nosotros; b) la creencia de que la obtención del objeto no suprime la existencia de éste ni anula tampoco la del alma que lo obtiene. Así los deseos positivos de obtención como los negativos de supresión o abolición están sujetos a esta exigencia. La entidad *a* no sólo implica la existencia de algo, sino la de las condiciones subjetivas de su realización, de suerte que si ese algo se demuestra inexistente, o si, existente, es irrealizable en las condiciones subjetivas que lo constelan, no puede ser deseado. En cuanto a la entidad *b* sabido es que todo deseo contiene la promesa de un triunfo, de un éxito o más elementalmente de un placer; sabemos también que nadie quiere destruir el botín de su triunfo ni negarse

(4) Citado por Rudolf Otto en *West-ösylische Mystik*. Gota 1926, pág 90.

(5) *Discours sur la Mort*.

ante él. Los que anhelan morir, los que se suicidan no hacen sino ocultar bajo la advocación de la muerte el íntimo, el trágico anhelo de una forma de existencia inaccesible dentro de las condiciones terrenales, normales de la vida.

A la luz de estas indicaciones veamos en qué puede consistir el deseo de lo eterno. Presupondría naturalmente la realidad ontológica de éste y, además, la creencia de que lo eterno puede ser poseído, o contemplado, o vivido por el alma. En consecuencia el deseo se extinguiría si se probara que lo eterno es una mera construcción adjetiva, formal de la mente, que no puede existir fuera de los contenidos contingentes que la llenan y que carece por lo tanto de realidad independiente, ontológica. Se extinguiría también si se probara que para incorporarnos en la esfera de lo eterno debiéramos abandonar nuestra condición de seres conscientes y abismarnos en la indiferencia de la nada.

Desde luego, en nuestra experiencia inmediata, directa, nada se nos dá fuera del tiempo, es decir que todo lo que es aprehendido, tanto en el mundo exterior como en el interno, sólo se nos dá como cambio, movilidad, devenir. Lo que puede ser considerado como nuestra más íntima, más sustancial realidad, se nos ofrece como una oscura potencia de creación, de inovación, como algo que sólo existe porque puede ser otra cosa, como algo en fin cuya «estabilidad está hecha de su propia inestabilidad» (6).

Sin embargo, en esta continua movilidad de la vida se insinúa lo inmóvil tomando los nombres de Idea, de Concepto, de Esencia, de Forma y asumiendo una engañosa apariencia de sustancialidad, y, por decirlo así, de solidez. Imaginamos que esa apariencia puede subsistir sola, aparte, en sí, en la eternidad, y cuando invocamos lo eterno como el objeto final de nuestras ansias, creemos entrever el horizonte donde se yerguen las Ideas, las Esencias, las Formas como estatuas lejanas y radiantes. Y esa es una ilusión porque, como ya lo indicamos en otra

(6) Bergson, *L'Intuition Philosophique*, Paris 1927, pág. 89.

parte de este ensayo, los conceptos, las formas son simples puntos de vista, simples modos de contemplar el torrente fluído de las cosas; porque como lo dice Bergson con admirable calidez: «Las formas, que el espíritu aísla y almacena en los conceptos no son más que vistas tomadas sobre la realidad cambiante. Son momentos recogidos a lo largo de la duración (*durée*) y, precisamente, porque se ha cortado el hilo que las unía al tiempo, ellas no duran. Ellas tienden a confundirse con su propia definición, es decir con la reconstrucción artificial y la expresión simbólica que es su equivalente intelectual. Ellas entran en la eternidad, si se quiere; pero lo que tienen de eterno se confunde con lo que tienen de irreal» (7).

Resulta que lo eterno no puede ser deseado, porque carece de realidad ontológica. Y aún suponiendo que la tuviera, tampoco podría ser deseado porque le faltaría el elemento *b*, postulado indispensable del sentimiento de posibilidad. En efecto la conciencia, que es tiempo, se congelaría si llegara a alcanzar la fría inmovilidad de lo eterno. ¿Cómo pues habría de desearlo? (8)

El platonismo y el spinocismo son las expresiones clásicas de anhelo de eternidad. Conviene pues examinarlos, para ver si los ideales de vida que proponen se concilian, con las condiciones de posibilidad de todo deseo y por lo tanto de todo ideal.

Las ideas platónicas son formas eternas, arquetipos perfectos e inmutables. Esas formas eternas, esos arquetipos inmutables poseen la plenitud del ser, mientras el mundo del devenir y del tiempo, es un mundo de apariencias inconsistentes y fugaces.—El alma ha contemplado las formas perfectas (las ideas) en un cierto pasado metafísico y puede volver a percibir las si se emancipa de la sensación y del deseo. Así se instituye un ideal de re-

(7) L. Evolution Créatrice Paris 1912 pág. 343.

(8) Al hablar del platonismo subrayamos la incompatibilidad entre la vida consciente y el reino de lo inmóvil.

torno del sér, al sér de lo eterno, a lo eterno a través del devenir y del tiempo, y así fermenta en el alma esa mezcla exquisita de nostalgia y de anhelo que es la nota característica de la sensibilidad platónica.

El platonismo es esencialmente una doctrina de la belleza y del amor. La belleza es como el resplandor de las ideas, es la luz inmóvil de lo eterno, y el amor, según le explica Diotima a Sócrates en el *Banquete* «aspira a poseer la belleza», es decir a contemplarla, porque la posesión estética en sentido platónico no es sino el éxtasis del alma ante la acabada armonía del mundo ideal.

Y aquí surge la grave dificultad psicológica del platonismo. Supone éste, en efecto, que podemos contemplar las ideas, es decir que podemos permanecer como sujeto y fascinarnos sin embargo en la pura inmovilidad. Si contemplamos empero, somos conciencia y, por lo tanto, cambio, tiempo; y si nos absorbemos en la pura inmovilidad, ni somos conciencia ni podemos contemplar nada. Así pues: o somos sujeto contemplador y entonces no podemos absorbernos en la pura intemporalidad de las ideas, o nos absorbemos en ella y entonces hemos dejado de existir como sujeto, y es ilegítimo hablar de contemplación y más todavía de las resonancias afectivas que a ella se atribuyen y que, como la felicidad, la serenidad, etc., sólo se dan en tanto que experiencias espirituales subjetivas. En consecuencia, la contemplación estática de los arquetipos platónicos es un ideal que se destruye a sí mismo, puesto que su realización implicaría la supresión del contemplador y, con ella, la conversión de la existencia en objeto puro, entidad que como el ser de los eleáticos es tan sólo una figuración de la nada.

Pero hay más: Platón sabía muy bien que en el hombre «nada subsiste absolutamente», que todo es una muerte y un renacimiento incesantes (9). ¿Cómo pretendía entonces que el hombre pudiese adquirir esa como visión beatífica que es el ideal del amor y que en cierto

(9) *Banquete*.

parte de este ensayo, los conceptos, las formas son simples puntos de vista, simples modos de contemplar el torrente fluído de las cosas; porque como lo dice Bergson con admirable calidez: «Las formas, que el espíritu aísla y almacena en los conceptos no son más que vistas tomadas sobre la realidad cambiante. Son momentos recogidos a lo largo de la duración (*durée*) y, precisamente, porque se ha cortado el hilo que las unía al tiempo, ellas no duran. Ellas tienden a confundirse con su propia definición, es decir con la reconstrucción artificial y la expresión simbólica que es su equivalente intelectual. Ellas entran en la eternidad, si se quiere; pero lo que tienen de eterno se confunde con lo que tienen de irreal» (7).

Resulta que lo eterno no puede ser deseado, porque carece de realidad ontológica. Y aún suponiendo que la tuviera, tampoco podría ser deseado porque le faltaría el elemento *b*, postulado indispensable del sentimiento de posibilidad. En efecto la conciencia, que es tiempo, se congelaría si llegara a alcanzar la fría inmovilidad de lo eterno. ¿Cómo pues habría de desearlo? (8)

El platonismo y el spinocismo son las expresiones clásicas de anhelo de eternidad. Conviene pues examinarlos, para ver si los ideales de vida que proponen se concilian, con las condiciones de posibilidad de todo deseo y por lo tanto de todo ideal.

Las ideas platónicas son formas eternas, arquetipos perfectos e inmutables. Esas formas eternas, esos arquetipos inmutables poseen la plenitud del ser, mientras el mundo del devenir y del tiempo, es un mundo de apariencias inconsistentes y fugaces.—El alma ha contemplado las formas perfectas (las ideas) en un cierto pasado metafísico y puede volver a percibir las si se emancipa de la sensación y del deseo. Así se instituye un ideal de re-

(7) L. Evolution Créatrice Paris 1912 pág. 343.

(8) Al hablar del platonismo subrayamos la incompatibilidad entre la vida consciente y el reino de lo inmóvil.

modo lo incorporaría en la quietud imperturbable de la existencia divina? Es la gran ilusión del platonismo que pretendiendo eliminar la muerte para retener la pura vida encuentra oculta la muerte detrás de las puras esencias.

A no ser que ensayemos otra versión del platonismo y que, según ella, la nostalgia y el anhelo platónicos encubran bajo la advocación de lo inmóvil el culto hacia formas de existencia que acaso no se dan de manera inmediata pero que no pueden estar sustraídas al flujo del tiempo. Las ideas platónicas serían una Arcadia metafísica a donde el alma quisiera volver, pero volver para vivir, no para morir. De este modo no serían las rígidas formas de un mundo congelado, sino sólo los signos de algo como una diversa dimensión del tiempo. Con lo cual sin duda, la vida concreta del alma platónica destruiría la presuposición teórica de su doctrina a saber: que el hombre puede desear absorberse totalmente y para siempre en la contemplación de las ideas inmutables, eternas.

El ideal de Spinoza no es sino una versión del platónico. Platón quiere separar el pensamiento de lo singular y lo mudable para absorberlo en la contemplación de lo universal y eterno; Spinoza quiere fundamentalmente lo mismo, porque su contemplación de las cosas *sub specie aeternis* sólo es posible si la mente prescinde de la singularidad inmediata de los objetos, para mirarlos tan sólo como manifestaciones del orden universal y absoluto. Lo que en Platón se dá como contemplación de las ideas, en Spinoza se dá como contemplación de la estructura intelectual del mundo; en ambos se quiere olvidar el cambio ante la forma inmóvil y dominar la inquietud y la incertidumbre del tiempo ante la imperturbable fijeza de lo eterno.

El «amor intelectual de Dios» es el amor que Dios se tiene a sí mismo y del cual participa el alma cuando dejando de considerar las cosas en el tiempo, las considera desde el punto de vista de la eternidad. Y he aquí la tremenda dificultad psicológica del amor intelectual:

«El amor, dice Spinoza, es el goce acompañado de la idea de una causa exterior» (10). Por otra parte y según el propio Spinoza el goce sólo se dá en el tránsito de una perfección menor a otra mayor. ¿Cómo entonces ha de existir amor en Dios que posee la perfección absoluta, ni en nosotros, en cuanto partícipes de esa perfección? Spinoza tiene conciencia de esa dificultad y así reemplaza el término de *gocce* por los de *beatitud*, *reposo interior*, etc al hablar del amor intelectual de Dios. En esas expresiones palpita empero un ineliminable contenido sentimental de placer, de contento, de goce en fin, con lo cual Spinoza contradice las exigencias lógicas de su sistema porque el goce es un sentimiento de tránsito y no de acabamiento y quietud.

La paradoja de estas doctrinas — platonismo, spinozismo — está, como se ve, en que reclamándose de lo imperecedero y obedeciendo sin duda a un anhelo de inmortalidad, acaban por inmolar la vida, por congelarla en los moldes inmutables de la inteligencia pura. Y es que ante el prestigio místico de lo inmóvil olvidan que sólo en la movilidad puede conservarse la vida.

Platón y Spinoza, como Parménides, buscan el sí absoluto de la existencia, el *puro ser*. Y como la existencia es cambio, polaridad, tensión del sí y el no, resulta que su anhelo se desvirtúa como el del héroe fabuloso, a quien traicionaron las propias alas de su ambición.

Si algo caracteriza la sensibilidad de nuestra época, es que en ella ha quedado abolido el prestigio místico de lo inmóvil que, confundido con lo eterno, ilusionaba en las pasadas, el anhelo vital. La armoniosa inmovilidad con que aquéllas soñaban, era como una configuración de la muerte y es así como puede comprenderse que hoy se denuncie lo eterno en nombre de una ansia indeclinable de vida.

(1) *Ética*, libro III, definición de las afecciones VI.

Antes se preconizaba la evasión del tiempo, es decir de la vida. Hoy — como lo observa con rara lucidez Julien Benda en *El Fin de lo Eterno* — se consagra una como avidez de tiempo y de vida. Y he aquí ahora como por virtud de la contradicción inherente a todo lo que vive, esta consagración de lo temporal, este amor a la vida contradictoria y cambiante, conducen de nuevo al sentimiento de la eternidad. Aunque si bien se mira, al sentimiento de una nueva eternidad; puesto que queremos eternizar el tiempo expandir infinitamente nuestra vida, partir, viajar y hacer del no llegar nunca a lo eterno, nuestra verdadera eternidad.

Ewigkeit Ewigkeit!

Eternidad pedía el espíritu ávido de Nietzsche. Es que bajo el nombre de eternidad Nietzsche pensaba todavía en el tiempo, y lo que él pedía era un tiempo sin fin, un incesante brotar de vida que fuera poblando con las peripecias de una trágica aventura, el infinito vacío de lo eterno.

Comprendemos muy bien el mensaje de los que, como Unamuno, nos dicen «no matéis el tiempo», pero no podemos imaginar qué experiencia psicológica, qué deseo humano encierra ese odio angélico por el tiempo de que nos habla Meister Eckart. ¿Es que los místicos pueden desear la nada (*das reine Nichts*)? ¿O es que quieren una vida más intensa, más rica? Y si es así ¿cómo pueden abominar del tiempo?

Y ese es el verdadero problema de la experiencia mística.

MARIANO IBERICO.

José Carlos Mariátegui

HACE veinte años ingresaba, malgrado e imberbe, a la casa de «La Prensa» vieja, José Carlos Mariátegui. No se sabía bien para qué iba. Mi padre, que auspició tantas vocaciones intelectuales, cateó bien el metal imantado de una inteligencia ávida bajo la fraseología petulante del adolescente que se creía en la necesidad de rebuscar sus frases y de intervenir con anotaciones inoportunas en las incidencias de la preparación de un gran diario. Pero Mariátegui no había empezado a escribir, ni pretendía hacerlo aún, casi nada había aprendido; su incapacidad física le vedaba una plaza de reporter que le hubiera obligado a correr la calle todo el día. Quedó adscrito a la redacción, un poco como esos oficiales de órdenes que mantienen en campaña el contacto entre las diversas unidades. Tomaba datos que alguien traía a la ventanilla o que un reporter comunicaba por teléfono; transmitía órdenes o encargos para los ausentes; daba razón de entradas y salidas; llevaba originales y traía pruebas del taller; recortaba periódicos extranjeros; aprendía a escribir en la máquina; y, muchas veces, se quedaba solo, cuidando la redacción y representándola mientras los demás salían. Mas si alguna vez sintió la tristeza de su impotencia al ver que todos se iban a la calle, a la plaza, al barullo, tuvo la compensación de figurarse que era el personero de la redacción ante cualquier desconocido que llegara. Entonces se sentaba junto a la mesa grande, entintada y gomosa, y bajo la pantalla blanca se quedaba dormido, mientras a lo lejos, como en los transatlánticos, sonaba regularmente la maquinaria.

Pocas semanas después, él mismo daba forma a los datos que recibía y se quedaba con las pruebas para corregirlas. Era la etapa de su periodismo clandestino. El reporter al llegar encontraba el dato ya redactado, le hacía, más por decoro que por necesidad, alguna corrección y lo pasaba como suyo a los talleres. El corrector de pruebas tomaba la labor donde el voluntario la había dejado y procuraba llegar más tarde al día siguiente. Los jefes de redacción, Cisneros, Yerovi, ignoraban. Los más inmediatos «jefes de crónica», Carlos Guzmán y Vera, Pedro Ruiz Bravo, empezaban a notar que el trabajo marchaba más ligero sin saber porqué. Los reporters, el magestuoso Tomás Vélez, el «colorado» Iturrizaga, el «mono» Asturrizaga, encontraban por fin sus datos con una presentación que ellos no habían sabido darles antes. Entre tanto, la bohemia perezosa de Antonio Garland, de Félix del Valle, de Alejandro Ureta, de César Falcón, de Ismael Silva Vidal, de Ezequiel Balarezo, de Julio Portal, se regocijaba un poco de confiar en la ayuda eventual de «el cojito» para la parte no literaria de su periodismo, que tanto les pesaba.

Llegó, algunos días más tarde, lo inevitable. Como todos los amantes clandestinos, Mariátegui se perdió por confiado. Una noche, entusiastamente, dejó correr la pluma más de lo preciso y un suceso trivial o una queja triste tomaron en la versión periodística los contornos ampulosos y el ropaje chillón de la más acabada cursilería literaria. Al día siguiente la redacción se conmovió y la consulta subió a la Dirección. Se trataba de una grave indisciplina. El ayudante encargado de acomodar la munición había disparado por sí mismo. Aprovechando de su misión de entregar originales, había dado a trabajar los suyos propios, sin encargo, sin control, y con un resultado deplorable. Para colmo de su desventura, Alejandro Ureta desfondó ese mismo día una alacena; Mariátegui, temeroso y avergonzado, no había estado en su puesto y cuando llegó y fué interrogado no pudo dar razón de cómo había ocurrido la catástrofe. Entre dos luces un

consejo de guerra le prohibió escribir para el diario sin encargo expreso.

A partir de ese día Mariátegui se abstuvo de escribir y de poner anotaciones a las palabras o a la conversación de los demás. Se limitó a ir y venir de la tramoya que bajaba originales y subía pruebas de taller y a apuntar los datos que recibía en cuartillas que colocaba indiferentemente bajo un pisapapeles de vidrio requerebrado. A ratos hacía monos al reverso de los cuartillas. Pero leía con mayor avidez los periódicos extranjeros. Cuando a ciertas horas la redacción se llenaba de gentes, de casa y de fuera, y la conversación se generalizaba sobre los sucesos del día; o cuando entraba a la Dirección mientras se agitaba en ella el ambiente político, observaba, levantando el perfil que siempre tuvo esa lividez grave bajo la onda voluntaria del cabello y las facciones infantiles que lo hacían fino y triste.

Por fin un día me entregó un original para que lo consultara con mi padre. Había escrito una crónica frívola, la había pulido, la encontraba perfecta. ¡Cómo sufrió en las horas que el original permaneció sobre la mesa de la Dirección, donde tuve que dejarlo sin recibir respuesta! ¡Cuál fué su alborozo cuando en la tarde, al reanudar el trabajo, sin atreverse a preguntar siquiera por su suerte, el regente le envió en la tramoya el original, visado al márgen con el lápiz rojo y la inicial que nos eran tan conocidos, tan deseados y tan temidos, y la prueba, «su» prueba! Por fin era periodista.

De sus años de «La Prensa», Mariátegui adquirió para siempre tres características fundamentales para su figura intelectual: la rebeldía, la visión universal y la elegante y ágil nitidez de la forma. Marcaron sobre él huella tan honda que, a pesar de su intención doctrinaria y científica, de los últimos años, se mantuvo periodista en el fondo y en la manera.

Para comprender la gestación de su rebeldía, hay que evocar lo que era «La Prensa» de aquellos tiempos de 1910 a 1915, cuando combatía todas las mañanas al

régimen, a los hombres, a los partidos de gobierno, y esperaba todas las madrugadas el asalto o la clausura, que ya se habían producido en la noche tenebrosa del 29 de mayo de 1909, con los que se la amenazaba constantemente y contra los que preparaba, en sus patios, en sus salas, en sus ventanas, una defensa a la que estaba dispuesto sin jactancia su personal, para la que se montaba la guardia con el revólver en el bolsillo y los hilos del contacto eléctrico al pié de las maquinarias, o junto a las bobinas de papel formando barricadas en los pasadizos. Cada día se atacaba más enérgicamente al adversario y éste replicaba con mayor dureza. Cada vez el escritor debía estar de pié tras de su artículo y los disparos de los duelos eran como las salvas de honor de una fortaleza moral y de un empuje que no conocían desfallecimientos. Los jefes eran perseguidos y encarcelados y volvían para hablar más alto.

Ultimos años del primer combativo y combatido gobierno del señor Leguía, aurora esperanzada de la reacción popular del año 12, plebiscito billinghurstiano, lucha del señor Billinghurst con el Congreso, 4 de febrero, batalla de las tesis constitucionalista y réeleccionista, golpe de Estado del general Benavides el 15 de mayo de 1914. Esa fué la atmósfera de agitación, de choque, de permanente inquietud, en que Mariátegui abrió los ojos a la realidad política del Perú. No podía ser indiferente a un espíritu vibrante y sectario como el suyo. De esa época le quedaron, en una síntesis de rebeldía, el amor de la libertad, el afán polémico, el gusto de la contradicción, la lealtad a los principios, el fervor por las ideas.

Además, «La Prensa» no era sólo un órgano de la oposición, era la acción misma. A sus salas acudían en las noches los amigos decididos a defenderla, en las tardes los políticos para discutir e informarla. En ella se reunían comités y se celebraban conferencias. Bajo sus techos se generó el gobierno del señor Billinghurst y se preparó su caída. De ella partían todos los hilos de la campaña constitucionalista del año 14.

El periodismo tenía que darle a Mariátegui una visión universal que, ensanchada después por su viaje a Europa, no se separó de su retina, a pesar del afán nacionalista de su última etapa. Este mismo nacionalismo comparativo que caracteriza sus ensayos de sociología peruana, se nutre de universalidad. «La Escena Contemporánea», sus colaboraciones de «Variedades» son el film donde se refleja un vasto panorama mundial.

El abolengo de esa visión panorámica es netamente periodístico. El diario es la universalidad misma, a diferencia de la revista que puede tener un horizonte cerrado. Cuando Mariátegui revisaba y recortaba periódicos extranjeros, llevaba y traía cablegramas por la redacción, vivía la intimidad de un gran diario informativo y, falto de dinero para comprar libros, se saturaba de artículos escritos bajo todas las latitudes y sobre todos los problemas, estaba adquiriendo en una forma irrevocable el gusto y la tendencia universalistas. El libro puede ser, en cierto sentido, una limitación o una clausura; el diario, nunca.

No se puede afirmar pero sí sugerir sin aventura, que ese gusto universalista facilitó en Mariátegui la inclinación al comunismo, doctrina de universalidad. Su afán no podía encontrar reposo sino en una sistema que trajera la afirmación teórica de una posibilidad mundial de aplicación, en una refundición igualmente teórica de grados de evolución histórica.

Los años de prensa vaciaron, por otra parte, el espíritu de Mariátegui en la forma periodística. Le hicieron inquieto y avizor; le enseñaron la improvisación, de la que ha solido abusar algunas veces; le dieron cierto sentido de irresponsabilidad científica ante el nivel heterogéneo de un público, que le permitió más tarde, subconscientemente, vincular la solución de problemas típicamente nacionales o de carácter local con la doctrina marxista y con la esperanza o la amenaza de la revolución social; pero tam-

bién le dieron, esos años, la convicción peligrosa de la influencia del escritor, de la atracción de las generalizaciones afirmativas sobre las masas, del fácil entusiasmo de éstas, de su actitud de resistencia latente contra el orden y la organización establecidos.

Mariátegui trasladó esa experiencia del campo político al campo social y entonces las ventajas de aquellas características del periodismo y de estas condiciones de las masas, que son ventajas peculiares de lo político — donde priman los objetivos inmediatos y los resultados fugaces — se convirtieron, aplicadas a lo social, en inconvenientes graves porque le dieron un exceso de suficiencia en problemas científico-sociales, desproporcionado con su preparación y el afán de lanzar al público tesis, pensamientos, a veces frases, para atraerlo, inquietarlo y empujarlo algún día a la palingenesia económica, y política.

Desde un punto de vista simplemente formal, en cambio, el periodismo formó al escritor, al gran escritor, periodísticamente hablando. Le hizo nervioso, coloreado, ágil, rotundo, elegante en la manera, sugestivo en el concepto. Sus páginas, de libro o de crónica, son extraordinariamente atrayentes y fáciles, a pesar del notorio y frecuente rebuscamiento del lenguaje, porque este mismo no es hijo de la pedantería sino del afán de originalidad. Sobre esas cualidades que el abolengo periodístico determinó, influyeron necesariamente las transformaciones literarias de nuestro tiempo sobre todo la moda de la frase rápida y variada, del concepto sintético, de la visión angular, que parecen ser en literatura moderna la equivalencia intelectual de las comunicaciones eléctricas, del cine, de los aparatos de precisión y un poco también de la visión panorámica y fugaz del aviador.

De «La Prensa», Ruiz Bravo y Guzmán y Vera, que tenían por Mariátegui cariñosa predilección, le llevaron consigo cuando fundaron «El Tiempo» para combatir briosamente al segundo gobierno del señor Pardo. El cronista ya se había formado. El mismo se clasificaba co-

mo tal con su seudónimo de «*Juan Chroniqueur*». Todavía estaba lejos el escritor social.

Juan Chroniqueur era un cronista ameno y sin trascendencia. Su estilo fino y ágil, se defendía de la banalidad de la tarea cotidiana, escribiendo artículos frívolos, interpretaciones románticas de los hechos de policía, cuentos sin ningún realismo en que sólo perseguía una manera literaria, glosas vagabundas y versos de una sensualidad objetiva.

Por ese tiempo, Mariátegui era víctima de los enemigos del alma y buscaba en actitudes místicas sin ninguna profundización y en la eufonía del lenguaje oracional del catolicismo, refugios a su sensualidad perseguida. «Creo en Dios sobre todas las cosas y todo lo hago devota y unciosamente en su nombre bendito» escribe en la *Carta a Alberto Hidalgo* donde defiende a nuestro siglo con razones sibaríticas y superficiales. Meses después, «cristiano humilde y débil», empieza «por la señal de la santa cruz» la bella «*Oración al espíritu inmortal de Leonidas Yerovi*» que ubica en la «primera página de las Epístolas cristianas» y en donde llora al poeta que fué con él acogedor y generoso en sus comienzos y que cayó «herido en el pecho como N.S. Jesucristo». Algo más tarde el espectáculo solemne, pintoresco y frenético de la devoción al Señor de los Milagros le inspira «*La Procesión Tradicional*» con que triunfa en un concurso del Círculo de Periodistas.

¿De qué se defiende con esa literatura? ¿Qué compensación busca en un catolicismo ostentoso? ¿Hasta qué punto esta etapa de su evolución intelectual tiene raíces espirituales? No creo yo que el misticismo sólo respondiera en Mariátegui a una *pose* transitoria o a una desesperada fuga de la tentación multiforme, comfortable y sabrosa de nuestro siglo. Me parece que había mucho de fundamentalmente místico en su conformación espiritual. Una mística se caracteriza por una fé y por una obsesión religiosas. La fé es fácil en un espíritu sectario y apasionado. La obsesión es la fé misma puesta en con-

tacto con la realidad. En el tiempo de que me ocupó Mariátegui pudo ser un creyente católico como pudo ser más tarde un creyente comunista. Su catolicismo fué sin duda eufónico y sensual, sin profundización; la fé católica no puede ser analítica y el catolicismo es un sistema que se sobrepone a todas las realidades. Su comunismo en cambio debió ser más razonado, más profundo, más científico; la ideología y la técnica comunistas se confrontan y contraponen a todas las realidades, Pero la misma tendencia mística anima una y otra postura.

Mi tristeza es tan solo la tristeza infinita

De un niño un poco místico y otro poco sensual

Desde luego la existencia de una tendencia mística en Mariátegui no elimina los factores que determinaron que se reconociera a sí mismo en su fondo religioso. Tales factores externos, cuyas hondas repercusiones subjetivas no podemos medir, le empujaron en busca de compensación a la literatura catolicista, pero existieron como elementos perturbadores de su juventud, le inquietaron y le poseyeron. Llegó a sentir no sólo el aguijón tremendo del deseo sino la caricia suave y embriagante de la frivolidad en las formas refinadas del lujo, de la danza, del juego, del deporte, de la evocación histórica; en los lugares y en las horas de su dominio incontrolable, en los bastidores, en el hipódromo, en el «five o clock», en el boudoir de María Antonieta.

Por eso versificó las «Sinfonías de la vida metropolitana» donde vertía emociones del «paddock» más que de la pista, a pesar de que era tan aficionado a las carreras de caballos; por eso también le inspiraron el «thea» y el «vermouth», tuvo la impresión fina de la raqueta y de la yegua, e hizo madrigales a las bailarinas.

En este ciclo exclusivamente literario de la vida de Mariátegui, su prosa y especialmente sus cuentos reflejan la influencia, en ese momento avasalladora, de Valdelomar. Antes dije que los cuentos de Mariátegui no tenían ningún realismo y sólo revelaban una manía lite-

raría. Esta manía era la manera original, arbitraria e inconsistente que Valdelomar introdujo con su talento e impuso con sus genialidades. Pero Valdelomar era un gran sensitivo que vertía en su arte sus emociones, que había vivido su más bella literatura y que en sus improvisaciones mismas no hacía sino exagerar su propia visión. Los imitadores de Valdelomar, Mariátegui inclusive, fueron copistas más o menos afortunados de la manera, es decir de la forma, pero no tenían en sí mismos el caudal de emoción de su modelo. Y lo que hubieran podido tener de originalidad lo sacrificaban ante el temor de alejarse de esa forma. Es fácil encontrar en varios escritos y cuentos de Mariátegui esa ingenuidad que en Valdelomar parecía más afectada de lo que realmente era y ese afán por dignificar el detalle o el reverso de las cosas que en el maestro era una de las aptitudes geniales. Así, por ejemplo, en «*Los árboles el polvo y otras cosas del campo*»; «*El destino, las gitanas y la clarividencia de una mujer*» donde la dedicatoria es del más puro y absurdo sabor valdelomariano: «al espíritu abracadabrante y cabalístico de los dados impares» o, finalmente, en «*El Príncipe Istar*» cuento que puede considerarse como una culminación extravagante del valderomarismo de Mariátegui y como una crisis de su afán de frivolidad y de aristocraticismo literario.

Naturalmente que Valdelomar no podía dejar de ver en Mariátegui un espíritu distinguido y brillante, de una evidente afinidad. Por eso no es extraño encontrar a ambos colaborando en la presentación teatral de «*La Mariscala*» que tuvo un éxito mediocre.

En la época inmediata posterior a este ciclo eminentemente literario, Mariátegui que había sido en distintas oportunidades cronista parlamentario, situación en que pudo rectificar sus impresiones de adolescente sobre la realidad política del Perú, se fué inclinando más a ocuparse de ésta y, sin abandonar la literatura escribió comentarios políticos. Como sentía por los militares poca simpatía alguna, vez les trató con dureza

y ellos se vengaron. Una tarde un grupo de oficiales invadió la redacción de «El Tiempo» y maltrató a Mariátegui. Impotente pero animoso, el escritor, al día siguiente prosiguió su campaña.

Poco después la parte que tomó «El Tiempo» en la oposición al segundo gobierno del señor Pardo y en la generación y desarrollo de la candidatura del señor Leguía, así como la que él personalmente tuvo en esas campañas, facilitaron a Mariátegui la oportunidad y las facilidades con que no podía contar por sí mismo para un viaje a Europa. Este viaje determina la evolución más interesante de su vida. De Europa, Mariátegui regresa comunista. El frívolo *chroniqueur* de los atardeceres de Santa Beatriz el poeta de la tenista y la bailarina, el místico católico, el diletante de aristocraticismo, se convierten en el iconoclasta de nuestro siglo, en el teórico marxista, en el propagandista fervoroso de una ideología transformadora, en el revolucionario social, en el bolchevique.

¿Qué razones determinaron un cambio tan profundo? En mi opinión influyeron en Mariátegui factores objetivos que inflamaron su entusiasmo de sectario y factores subjetivos que le llevaron en busca de una nueva y más fuerte compensación. Cuando Mariátegui estuvo en Europa la propaganda y la actividad comunistas alcanzaban la línea máxima de su avance; después del estremecimiento gigante de la guerra, todo seguía temblando todavía; las ruedas de la vida económica y social habían empezado a girar de nuevo sin encontrar sus ejes o sobre ejes provisionales; la pesadilla del dolor y de la ruina daba forma a todas las amenazas; la filosofía pesimista de Spengler imperaba casi como un consuelo y los agoreros de la catástrofe de la civilización o de su tramonto, para usar términos gratos a Mariátegui, hacían agitarse en el horizonte la esperanza en un mundo nuevo, pacífico e igual.

• Subjetivamente, Mariátegui tenía que sentir con mayor acritud el contraste de una civilización superla-

tiva y magnífica. Ese contraste despertó en su espíritu al rebelde. Toda la aptitud de resistencia y de combate que se había acumulado en su adolescencia le armó para una cruzada; todo el atractivo de las grandes discusiones políticas y económicas, de una dialéctica fascinadora, sedujo su brillante inteligencia y su avidez de una cultura más sólida y mejor. Y así como la mediocre sensualidad de nuestra pobre «sinfonía metropolitana» le había conducido a la mística católica, la sensualidad desconcertante de Europa le llevó a la mística comunista.

Regresó al Perú para ser fundador de un ensayo de aplicación a nuestra realidad de la doctrina marxista, crítico de nuestra organización económica y social, inquietador de una generación desorientada, abanderado de una nueva ideología. Su talento, la manera docente, el afán aparentemente especulativo de sus estudios, el plano sociológico y científico en que se colocó, le dieron una serenidad que hacía aún más atractiva su dialéctica. Pero en medio de esta serenidad no transigió con ninguna opinión contraria ni con ninguna realidad por ostensible que se presentara. Su fuerza estuvo en esa unilateralidad constante que su espíritu de sectario le facilitaba y le imponía.

Me parece que más interesante que la obra es en Mariátegui la actitud. La obra tiene las limitaciones de una iniciación, las deficiencias de una cultura especial que en algunos aspectos tuvo que improvisarse, la obsesión de una propaganda, el efectismo a veces de la mera dialéctica.

La actitud ostenta en cambio la magnífica atracción del aislamiento voluntario; la arrogancia de una posición original de sembrador de ideas nuevas y revolucionarias; abre una perspectiva, proyecta una luz nueva.

En los últimos años Mariátegui ha colaborado sin más interrupciones que las que sus crueles dolencias le imponían, en las revistas nacionales. De esas colaboraciones formó dos libros: «*La Escena Contemporánea*» visión panorámica de algunos aspectos de la actualidad

européa o conectada con Europa, y «7 ensayos de interpretación de la realidad peruana» visión también panorámica de la evolución histórica del Perú y sugerencias para la solución de grandes problemas nacionales, desde el punto de vista socialista.

«La Escena Contemporánea» (1) es también un libro de crítica socialista. Son temas en que el cronista tendenciosamente trata de polarizar la vida política y la agitación intelectual de un continente en torno de la lucha entre la civilización capitalista y burguesa que declina y la revolución proletaria que prelude. Resulta, sin duda, impresionante, arbitrario y simplista reducir a una sola «escena» el drama complejo de la Historia; pero eso no preocupa a Mariátegui que es un propagandista. En su «escena» los personajes no son como los produjo la situación que los creó, sino aparecen con el ropaje, la actitud y los movimientos que quiere imprimirles la mano del escenógrafo manejando los hilos desde el tinglado.

A pesar de que Mariátegui presenta en ese libro la realidad política e intelectual europea desde el punto de vista socialista, no le aplica los métodos de interpretación económica de la Historia con que después enmarca tan ceñidamente la realidad peruana en los «7 ensayos». No dominaba aún la teoría ni la técnica del marxismo, sino únicamente la información y el comentario de las revistas, de los panfletos y de los escritores revolucionarios contemporáneos y se había saturado de la literatura viajera sobre Rusia, a través de la cual sus ojos esperanzados le ofrecían el espejismo de la tierra prometida.

«La Escena Contemporánea» fué un libro de etapa, porque marcó la formación entre nosotros de una tendencia a conocer la realidad universal desde planos más conformes con la preocupación de nuestro tiempo, abandonando la curiosidad simplemente política y el escarceo literario al rededor de las noticias y de los personajes, vistos a

(1) Editorial Minerva; Lima, 1925.

través de recortes de periódico y de artículos de enciclopedia, que caracterizan a los pacotilleros del comentario.

Mariátegui ha seguido largamente después, la línea de «*La Escena Contemporánea*» en sus continuos comentarios de «*Varietades*» a la vida política, artística y literaria de Europa. Durante varios años su estilo nervioso y su inteligencia sugestiva volcaron en artículos breves sus lecturas ligeras. Sin perder en ningún momento la mira lejana de su influencia periodística, reveló libros, escritores, artistas, siempre de avanzada; o confrontó hombres y hechos a la luz unilateral de su linterna. De orígenes diversos, algunas veces de su propio sentido periodístico, se había creado un léxico de fórmulas con el que martillaba al lector y le familiarizaba al propio tiempo con algunas direcciones.

Aparte de la constante sugerencia hacia la revolución social, sería difícil encontrar en «*La Escena Contemporánea*» y en su prolongación a través de crónicas semanales, alguna conformación permanente o siquiera prolongada con realidades de la Historia actual. A veces parece inclinarse hacia la acción del Labour Party o del radicalismo socialista francés, pero encuentra pronto afinidades o contactos entre ellos y la organización burguesa de la sociedad y entonces los repudia o los suspecta. Otras veces siente la seducción de una idea, de la belleza literaria, o la pureza de una doctrina como la wilsoniana pero a poco les descubre arbitrariamente filiación o técnicas o consecuencias capitalistas o burguesas, en una obsesión voluntaria de incontaminación.

Mariátegui llega a los «*7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*» (2) en plena madurez intelectual tanto por la evolución normal de sus facultades de observación y de crítica, como por la sedimentación de su cultura general y por el dominio de la economía y la literatura marxista y de la técnica del materialismo histórico demostrados plenamente en su jugosa «*Defensa del Mar-*

(2) Biblioteca Amauta, Lima, 1928.

xismo» (3). Con la medida tipo de la vida, su edad no era todavía lo que generalmente coincide con esa madurez, pero se trataba de un caso de excepción. Mutilado, inválido, puesto por un destino torturador e impío en la imposibilidad de ser un hombre de acción, Mariátegui dedicaba al estudio, a la meditación, al autodidactismo, a tomar notas, a recoger observaciones, un tiempo que otros hombres tienen que compartir, desproporcionadamente a su deseo, con exigencias o compromisos de otras actividades. De allí que, muriendo tan joven, pueda decirse de él que alcanzó una brillante y fecunda madurez intelectual.

Desgraciadamente, por razones de método y por razones de preferencia, Mariátegui no dió al estudio de la Historia del Perú, en sus fuentes dispersas y escondidas, la importancia que era preciso que le diera para poder abordar con una preparación equivalente a su preparación crítica, una interpretación de esta Historia.

Se reclamaba con cierta fruición orgullosa de no ser un espíritu universitario y sin embargo nada le hizo más falta que la cultura universitaria, hecha de proporción, de equilibrio, de método. La disciplina que la Universidad imprime a las inteligencias selectas llevándolas por el camino de la investigación, de la probidad científica, de la prudencia afirmativa, del amor desinteresado de la constatación y del respeto de la verdad probada, sin apartarlas de la sugestión y de la hipótesis, es, si no indispensable, por lo menos esencialmente útil en países en que la cultura ambiente no crea por sí sola límites al desborde aventurero de la inteligencia. Si Mariátegui hubiera sido un espíritu universitario se habría elevado del estudio de la realidad peruana a conclusiones que seguramente comprobarían en parte la tesis del materialismo histórico, pero no hubiese venido armado del prejuicio y de la técnica del materialismo histórico a interpretar en busca de una comprobación la realidad del Perú. En las ciencias

(3). Véase los números 17 a 24 de «Amauta» (Setbre. de 1928 a Junio de 1929).

físicas y naturales la experiencia, la hipótesis o la fórmula experimentales descienden, preferentemente, del espíritu al objeto. En la Historia, la teoría o la hipótesis se desprenden preferentemente del objeto hacia el espíritu.

Marcando bien la diferencia entre lo que él llamaba «la técnica profesoral y el espíritu universitario» y la técnica indisciplinada y el espíritu fanático de un propagandista sectario, Mariátegui no reconocía, como hubiera hecho una inteligencia plasmada por la Universidad, las limitaciones de los principios. Pero tenía la lealtad de advertir a su lector: «No soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones». «Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano» «Mi visión no es bastante objetiva ni bastante anastigmática. No soy un espectador indiferente del drama humano. Soy, por el contrario, un hombre con una filiación y una fé».

Está claro, no sólo en la declaración citada sino en la obra toda, que Mariátegui confundió la doctrina socialista con la interpretación económica de la Historia. Creía, como Mehring, que el idealismo es la concepción histórica de las clases burguesas y el materialismo la de las clases trabajadoras y, como Marx, que el socialismo científico es una deducción de la interpretación económica. En realidad se trata de concepciones diferentes, puesto que el materialismo histórico más integral no conduce a aceptar el socialismo científico sino la existencia y forma de hechos que pueden servir de base para cualquier otra construcción realista de la vida social. Puesto en el plano de la interpretación económica, adoptaba ésta intransigentemente, como si fuera el contenido único del materialismo histórico de que no es sino el aspecto fundamental que no excluye, según la interpretación de Engels, los demás factores sociales.

Desgraciadamente los tópicos de los «7 ensayos» son de tal trascendencia y provocan un debate histórico y doctrinario tan interesante que no cabe discutirlos par-

ticularmente en un comentario que se refiere más a la evolución espiritual de Mariátegui que al contenido teórico de su obra. Yo, especialmente, no podría limitarme a una glosa más o menos metódica y expositiva, porque habiendo estudiado, desde 1916, en la «Organización Social y Legal del Trabajo en el Perú» los más importantes de aquellos tópicos, tendría que detenerme a marcar analogías y oposiciones y a discutir el valor relativo de cada una de nuestras interpretaciones de la transformación de la economía nacional. Las frecuentes coincidencias de nuestros trabajos no pueden extrañar no sólo por el carácter resaltante y la comprobada objetividad de algunos hechos, sino porque como yo no buscaba una interpretación panorámica de la realidad peruana sino simplemente del hecho económico del trabajo, no salí en ningún momento de este punto de vista económico que Mariátegui aplicó diez años más tarde a la totalidad de nuestra Historia.

Lo fundamental como tesis en la concepción total de la transformación nacional que pretende contener la obra de Mariátegui, es la idea de la redención del indio por la solución del problema agrario mediante la disolución del latifundio para volver al régimen de la comunidad. En la costa, donde el problema indígena no domina el medio social como en la sierra y el latifundio no vegeta sino alcanza los perfeccionamientos de la producción intensiva, Mariátegui propugnaría la nacionalización de las grandes fuentes de riqueza.

La disolución del latifundio serrano en beneficio de los indios es un programa de reparación en el que podemos hallarnos de acuerdo, porque comprobamos la misma realidad expoliadora e infecunda, los comunistas como Mariátegui, los que simpatizaríamos con un socialismo posibilista y nacionalista y aún, como se ha podido leer últimamente, (4) los intelectuales que, proclaman un cris-

(4). Véase en los números 129 a 136 (Mayo a Diciembre de 1929); de «Mercurio Peruano» los artículos del doctor V. A. Belaúnde: "En torno del último libro de Mariátegui".

tianismo integral que los conduce a buscar en una tutela legal la continuación anacrónica de la fracasada política protectora de la colonia, continuación que, en realidad, no sería difícil encontrar ya, puesta en práctica sin resultado, en la legislación y en la obra misionaria de la República.

Conservar la comunidad fortalecida y garantizada es una política que tiene la ventaja de mantener en el indio la confianza de su tradición histórica y de crear núcleos de resistencia al feudalismo. Pero ir a la expropiación de la tierra para fundar nuevas comunidades parece un empeño de regresión histórica insostenible. La economía agrícola serrana debe tender a una era de pequeña propiedad individual para la que el indio no es refractario sino que constituye por el contrario su aspiración, si se le da la seguridad de su derecho.

La tesis de la nacionalización de la gran propiedad costeña, ya no para destruirla como fuente de riqueza mediante la parcelación o la comunidad, sino para sustituir al propietario que no realiza una función social, sino que es un simple intermediario del capitalista extranjero, por el Estado empresario, es insostenible. El Estado no puede sustituir al individuo sino allí donde es superior a él, nunca donde depende de él y se plasma a la presión de intereses que debía controlar. El ejemplo de la simple acción administrativa es en el Perú edificante. Esta realidad se agrava, sobre el mismo plano de la tesis de Mariátegui, considerando que el Estado es tan dependiente como el productor individual del capitalismo extranjero que también lo habilita.

Por otra parte, esa misma producción costeña de exportación ha realizado y realiza aún débilmente en medio de la crisis de la economía nacional, el equilibrio del comercio exterior. Sin ella, o si ella estuviera dedicada al consumo interno, como parece quererlo Mariátegui, esa crisis sería una epidemia irreparable, porque el Perú no podría vivir solamente de materias primas; su consumo de productos manufacturados tendría siempre que ser

traído de fuera y la balanza comercial no hallaría contrapeso o estaría reducida al que le proporcionara irregularmente la minería cuya exportación está íntegramente en manos extranjeras y no vuelve por tanto su valor sino en ínfima proporción al país.

El esfuerzo de propaganda de Mariátegui tuvo, desde 1926, su expresión organizada y visible en la revista «*Amauta*» cuya publicación marcará seguramente un hito de orientación para quienes estudien en el porvenir la aparición y la acción de las ideas socialistas en el Perú. A pesar de su técnica y de su experiencia periodísticas, Mariátegui no las aplicó a la organización integral de su revista como las aplicaba a la de sus escritos. Parecía natural que el propósito hubiera sido hacer de ella un órgano de difusión, de polémica, de combate, como son los órganos de extrema izquierda en todas partes. No ha sido así sin embargo, «*Amauta*» se ha mantenido como una revista de socialismo científico, de literatura vanguardista, de arte revolucionario. Nada más inadecuado para llegar al pueblo, para llevar a la masa la inquietud de la revolución social. El nivel intelectual de «*Amauta*» es superior a la cultura de nuestro pueblo. En ciertos aspectos es aún superior a la cultura de la clase media. En vez de enseñar, pues, la base fundamental y vulgarizada de una doctrina, de emplear la técnica de la preparación revolucionaria, ha publicado la metafísica del socialismo científico y algunas de las más desconcertantes expresiones, de una poesía, de una prosa y de un arte que esperan del porvenir su justificación. Mariátegui tuvo, sin duda, la misma impresión cuando fundó, a fines de 1928 el desgraciadamente efímero quincenario «*Labor*» para realizar el propósito que «*Amauta*» no servía.

Mariátegui no sólo merece que la crítica y la curiosidad del presente y del futuro se detengan ante la novedad y el entusiasmo de su actitud y el contenido de su obra de propagandista. Merece, además, que se admire su portentoso vigor intelectual. Caso sorprendente de do-

minio espiritual de la materia. Sufriendo sin esperanza, sabía que era tan solo una supervivencia de energía. Sin embargo, leía, trabajaba, escribía, luchaba. Cada amanecer, que podía ser el último, le encontraba dispuesto para empezar una nueva tarea. Cada crepúsculo le veía rodeado de un grupo beato de discípulos, que fanatizaba su apostolado. Esa misma torturada impotencia en cierto modo le desprendía de la materia vencida que intentaba, en crueles crisis, su venganza final, que se ha cumplido. Hacía tanto tiempo que su gran espíritu se había emancipado, que ha podido dejar alejarse a la materia.

ALBERTO ULLOA.

El Liberalismo Colombiano en el Poder

VIEJA como la instauración de la Independencia y de la República, es en Colombia la división de la opinión política en dos partidos de amplia y segura base ideológica: el partido conservador y el partido liberal.

Por razones históricas y sociológicas que no es del caso explicar aquí, se ha considerado como fundador del primero a Bolívar, el Libertador, y como fundador del segundo a Santander, el Hombre de las Leyes.

Pero estos dos grandes hombres no fueron en verdad creadores de partidos. Ellos crearon la Patria. Fueron sus tenientes, amigos y sucesores los que se agruparon — por ley eterna — en toldas diversas, y llegaron a constituir bandos antagónicos e irreconciliables, que se convirtieron luego — tras arduo proceso — en partidos políticos definidos y permanentes, con la distribución natural y universal que corresponde a las dos actitudes básicas del espíritu humano.

Sería absurdo encasillar a Bolívar dentro de un ideario conservador. Bolívar fué un gran liberal, el primer liberal de su tiempo. De él sí que podría decirse con justicia lo que Agustín Thierry dice de Richelieu: «Poseyó en grado único la universalidad y la libertad de espíritu».

Dentro del casillero conservador se holgaría más por ciertos aspectos el General Don Francisco de Paula Santander, padre y maestro, sin embargo, del partido liberal colombiano. Santander defendió hasta la severidad

extrema el principio de autoridad y murió abrazado a una imagen de la Santísima Virgen.

Pero Santander, el organizador de la victoria, el héroe de Paya y de Boyacá, el fogoso General de 27 años puesto por Bolívar a la cabeza del naciente Estado de Nueva Granada en 1819, fué de allí en adelante el paladín de los fueros civiles, el vigía del derecho, el curador de las garantías y prerrogativas ciudadanas, el organizador de la República democrática y legalista. Con sagacidad se ha observado que su lema parece haber sido: «A la libertad por la ley».

Fué la más fuerte encarnación de la idea nacional, el más ingénito, espontáneo y precoz de nuestros temperamentos políticos, ha escrito con profunda verdad Laureano García Ortiz. Fué un hombre creado para el Gobierno y sólo para el Gobierno, y como tal es preciso juzgarlo.

Enhiesto y firme dentro de estas características, un día memorable — un día que marca época en los fastos americanos — tuvo que enfrentarse a los que pretendían desviar a Bolívar de su destino glorioso, encarnó la democracia ultrajada, salvó la República y vengó el prestigio de la obra libertadora. Por eso, el partido liberal colombiano arranca de Santander su linaje.

Santander no fué un demoleedor a la manera jacobina, no fué un energúmeno, no fué un utópico, no fué un teorizante. Fué, antes que todo y por encima de todo, un hombre de estado, un equilibrio moral, un prócer.

Magno desafuero cometerían, por tanto, quienes, titulándose liberales, y con el nombre de Santander en los labios, pretendieran hacer tabla rasa de todo lo existente, renegar de las tradiciones nacionales, perseguir las creencias religiosas del pueblo, y preconizar armazones políticas sin vinculación con el pasado ni con la realidad colombiana.....

Al lado de Santander, como amigo y compañero suyo de todas las horas, aparece el doctor Vicente Azuero, temperamento dinámico y mentalidad nutrida no sólo en la Revolución y la Enciclopedia francesas, sino en el

acervo ideológico inglés, de John Locke a Jeremías Bentham.

Azuero, servidor de la Independencia, magistrado y legislador austero, jurisconsulto, maestro y, sobre todo, periodista lleno de pasión, de fuerza moral y de influencia, fué colaborador insuperable de Santander, su mentor y director en muchos casos, y marcó profunda huella en la orientación cívica de la República. El despertó, presidió y encauzó los anhelos liberales de la juventud, el culto a la razón, la fé en la investigación científica; enseñó la pulcritud y la organización administrativas; proclamó la libertad como panacea universal; pensó que la obra liberal y la obra patriótica se confundían en el esfuerzo de hacer más viva, efectiva y verdadera la libertad; perfiló el espíritu liberal, fundamentalmente diferente del espíritu conservador, y dió al partido la raigambre y la savia de ideas que lo han mantenido vigoroso a través de las luchas y vicisitudes de un siglo.

Azuero, nacido en 1787 y doctorado en Santafé justamente al estallar la Revolución de 1810, es al triunfar ésta en 1819, el orador que recibe a Bolívar en la apoteosis de Boyacá, con esta frase: «El mayor de los bienes es la libertad y el más grande de los hombres el que sabe conquistarla para los otros». En 1821 preside el Congreso de Cúcuta, y firma la primera Constitución de la Gran Colombia. En el mismo año es Fiscal de la Corte Suprema de Justicia. En 1823, comisionado por el Gobierno para redactar el Código Penal y miembro del Congreso. En 1824, Minsitro Juez de la Suprema Corte. En 1825, Profesor de Derecho Público en San Bartolomé. En 1826, miembro de la Comisión encargada de organizar las Universidades, Colegios y Casas de Educación, Adjunto al Director de Estudios e Individuo de Número de la Academia Nacional. En noviembre redacta la célebre Representación a Bolívar — que se conserva autógrafa en el Museo de Bogotá — que es la página más valerosa y más brillante que se escribió en esos tiempos, contra los malhadados proyectos de dictadura, de presidencia vitalicia

y aun de monarquía. En 1827 encabeza el partido constitucionalista y lucha en el Senado y en la prensa con ardencia nunca superada. Su labor de entonces como periodista, lo coloca en el pináculo de los periodistas colombianos de todas las épocas. Llevado de la impetuosidad de su carácter y de la angustia de la hora, llegó al irrespeto y a la injusticia — siempre vituperables — con el Padre de la Patria, Bolívar. Pero la República se salvó. Las frases de Azuero en aquella campaña se convirtieron en axiomas democráticos, en aforismos patrióticos, en principios tutelares de la libertad, que la legislación ha copiado muchas veces, que han sido alma de sistemas y doctrinas, y que el pueblo repite todavía con fé inquebrantable. ¡La República se salvó para siempre!

La pugna entre los bolivaristas y los santanderistas, entre los conservadores y los liberales, culminó en la Convención de Ocaña de 1828. Azuero es el leader liberal, el autor del proyecto de Constitución liberal, que, precisamente, lleva el nombre de Constitución Azuerina.

En la Convención de Ocaña se puso de manifiesto que el espíritu liberal y el espíritu conservador existían ya nítidamente definidos, inconfundibles, inalterables, y obraban de disinta manera, producían manifestaciones distintas y aun aplicaban en forma distinta un mismo principio político, administrativo o jurídico.

Los liberales llamaban entonces a los bolivaristas, «serviles»; y el doctor José María del Castillo y Rada, Jefe de la minoría conservadora, designaba a sus contrarios con el dictado de «locos».....

En la Exposición que acompañó al proyecto de Constitución, Azuero dice: «Legisladores! Muertos y vivos, sepulcros y ruinas os piden garantías, ha dicho el Presidente de la República, y la Comisión, en cuanto lo han permitido sus angustiosos momentos, ha procurado no desoir en sus reformas estos votos venerables. Quiera el cielo que ellos se hayan llenado siquiera en alguna parte. «Un Gobierno en que la ley sea obedecida, el Magistrado respetado y el pueblo libre: un Gobierno que impida la

transgresión de la voluntad general y de los mandamientos del pueblo», tal es el Gobierno que ha implorado el Presidente de la República, en nombre de la Nación; y la Comisión, en sus rápidas tareas, se ha esforzado en no perder de vista ese sublime fin».

Como se ve, el Jefe del Gobierno y el Jefe de la oposición manifiestan estar de acuerdo; y en el fondo lo están, efectivamente, porque ambos buscan la salud y la prosperidad de la Patria. Pero sus medios y sistemas son distintos, sus espíritus son distintos, no pueden conciliarse, y el estadio se enardece de tal modo, que la Convención se disuelve, la Gran Colombia se disuelve, y Bolívar expira sobre un ribazo melancólico, clamando inútilmente por que cesen los partidos y se consolide la unión.

Nueva Granada — como Venezuela y Ecuador — se constituye en Nación independiente. Azuero preside la Convención de 1831 y firma la Constitución con la cual ha de gobernar el partido liberal hasta 1840. En este año muere Santander. En este año cae el partido liberal. Azuero desaparece de la escena política, para morir en 1844. Había ocupado todas las altas posiciones de la República, menos la Presidencia, que le fué ofrecida varias veces.

Azuero fué en nuestra Patria el primero y más entusiasta partidario de las doctrinas de Bentham. Por largos años las explicó en la cátedra, las defendió en la tribuna y en la prensa, y bregó por hacerlas realidad en la ley. En la Exposición que hemos citado sobre el proyecto de Constitución de 1828, dice para concluir: «Sólo de esta suerte será Colombia gobernada por leyes inexorables, y sólo así cumplirá la Gran Convención los votos del pueblo por un Gobierno firme, poderoso y justo. El Gobierno más fuerte es el que consulta mejor los intereses del mayor número; aquel en que los gobernantes y los gobernados tienden por necesidad al mismo objeto de la felicidad común; aquel, en fin, que descansa sobre la voluntad general». Aquí — al lado de expresiones típicas de Rousseau — aparece clara y transparente la teoría benthamiana de la

utilidad social y de la máxima felicidad. Pero es un benthamismo generoso y humano; un liberalismo genuino, comprensivo y amplio, apto entonces y hoy para resolver dentro de la libertad y del orden, todos los problemas de nuestra vida nacional.

Es bien sabido que Bentham, cuyo carácter fué originariamente moderado, se inclinó al radicalismo en edad avanzada, a causa de la indiferencia o de la hostilidad de las clases gubernamentales respecto a sus programas reformadores; que llegó a considerar al Gobierno como enemigo necesario del bienestar público, y que enderezó sus esfuerzos a destruir tal poder. En Azuero, por causas diversas, sucedió algo análogo; y sobre todo algunos de sus discípulos exageraron la nota individualista, evolucionaron hacia un radicalismo utópico, soberbio y oligárquico, y cayeron en el tremendo error de la intervención religiosa. Del primitivo concepto benévolo de Bentham se llegó al individualismo feroz de Cobden. Del benthamismo humano y generoso de Azuero se llegó al radicalismo crudo de los primeros tiempos de Murillo, al *laissez-faire*, el mínimo de Gobierno y todas las fantasías que culminaron en la Constitución de 1863.

Contra la Escuela de Mánchester reaccionó a tiempo el liberalismo inglés. Contra los cánones de Ríonegro ha reaccionado el liberalismo colombiano. El llamado «Olimpo» radical fracasó estruendosamente y por su culpa. La ordalia del vencimiento ha durado medio siglo, y el liberalismo nuevo, el liberalismo victorioso de 1930, está autorizado para declarar que «no es discípulo de Rojas Garrido», por más que reconozca en este mago de la palabra y en muchos de sus congéneres, a verdaderos colosos de la inteligencia, gloriosos adalides del pensamiento libre e integérrimos servidores del país.

Hemos nombrado arriba a Murillo. Manuel Murillo Toro, nacido el 1.º de enero de 1816, alcanzó el honor insigne de recibir el legado político de Santander y de Azuero; y desde su primera juventud hasta su muerte en 1880, llena él la historia del partido liberal y de Colombia.

Caído el partido liberal en la guerra de 1840, el conservador impuso al país la Constitución de 1843 y con ella gobernó hasta 1849, en que la división de sus filas y otras manifestaciones de descomposición, permitieron el triunfo del candidato liberal José Hilario López, en la célebre sesión de Congreso del 7 de marzo. El General López era militar de la Independencia, y entre otros títulos ostenta en nuestro país el de definitivo libertador de los esclavos. Al organizar su Gabinete, llamó a éste a Murillo, primero en Relaciones Exteriores y luego en Hacienda. Murillo había concurrido ya al Congreso de 1846 y había fundado en 1847 la «Gaceta Mercantil» de Santa Marta, donde reveló su personalidad inmensa.

Al cumplirse, en 1916, el primer centenario del nacimiento de Murillo, entre los homenajes que le tributó la República, las Academias científicas de Bogotá se reunieron en junta especial en el Teatro de Colón, con asistencia de los Altos Poderes, el Cuerpo Diplomático, la sociedad entera. Pronunció el discurso de orden don Fabio Lozano Torrijos, hijo del Tolima como Murillo, y Senador por el Tolima, cargo que investía Murillo al tiempo de su muerte. Permítaseme citar algunas palabras de esa oración:

“Murillo abarcó en poderosa síntesis todo el problema nacional; su espíritu sagaz contempló las necesidades y conveniencias del presente y del porvenir; a su valor civil no intimidaron las luchas y peligros que sería necesario provocar y vencer; su juventud, su audacia, su convicción honrada, su temperamento de demócrata, su irresistible vocación de liberal..... todo lo incitaba a acometer la magna empresa.

“Frente a frente el pasado sombrío y el oriente cargado de promesas, iban a empeñar el combate. Era que se renovaba la gigantesca pugna de 1810. Era que ya no saciaba a los hombres la sola independencia de un poder extranjero, y se necesitaba alcanzar la libertad política y civil. Era que el alma adormecida de la Nueva Gra-

nada se desperzaba en aquellas horas memorables y ascendía hacia el Tabor.

“La vieja Colonia, justadora intrépida aún, se defendía con tenacidad y bravura castellanas; pero sobre ella descargaba golpes definitivos el espíritu democrático de los nuevos tiempos. Y a cada encuentro de esos, rodaban por el suelo, maltrechos y vencidos, los sistemas que habían estancado la industria, las cadenas que habían oprimido el pensamiento y el músculo, las iniquidades que habían perpetuado la esclavitud, los andamiajes del cadalso que habían bebido, insaciables y crueles, la sangre de sus víctimas.

“Y por sobre esos despojos del combate, hollando los dispersos fragmentos del roto molde colonial, se alzaba triunfadora la democracia, la hija predilecta de la América libre, exhibiendo como conquista de su esfuerzo generoso la libertad de la industria, la igualdad de los hombres, la descentralización de las rentas, la libertad de conciencia, la libertad de asociación, el respeto a la vida, la libertad de la palabra y de la prensa, el glorioso triunfo, en fin, del pensamiento libre.

“Murillo había inspirado primero y dirigido después esta campaña. A su lado habían combatido hombres eminentes: un Florentino González, un Francisco Javier Zaldúa, un Vicente Lombana, un Juan Nepomuceno Azuero... pero él era el conductor. Proteo de la libertad, había luchado en la prensa, en el bufete del Magistrado, en la tribuna del Congreso, en la junta popular, en la correspondencia privada, en la tertulia política. Para 1852 nadie le negaba ya el primer puesto como abanderado ínclito de la Reforma.....

“Su obra posterior fue de confirmación, de consolidación y corrección de sistemas, de propaganda por la prensa, de administración hábil y honrada, de estudio prolijo de nuestros asuntos internacionales, de política a la vez práctica y sagaz, de lógica y de sinceridad insuperables. Obra intensa y buena, capaz ella sola de hacer la gloria de un hombre, pero no comparable a la

obra colosal y única de cortar a su Patria las ligaduras que la ataban y entumecían, y , libre y ágil como el potrero de las pampas, lanzarla al futuro radioso a ganar la carrera de la civilización.....”

La grande obra de que fue alma Murillo, cristalizó en la Constitución de 1853, que el partido liberal expidió con la colaboración de algunos de sus adversarios vencidos, llamada con justicia por el comentador Arosemena “monumento de nobleza y honradez política”. Ninguna Constitución en Hispano América había ido tan lejos en punto a democracia y libertad; ninguna tampoco, excepto las netamente federales, había avanzado tanto en la descentralización del Gobierno.

Murillo saludó el advenimiento de la nueva era con estas palabras, encendidas de entusiasmo y de fé: “Siento en este momento, al pisar al fin las tierras prometidas de la libertad, el mismo intenso placer que Colón al pisar las tierras vírgenes de América”.

En 1854 un soldado audaz puso a prueba el orden constitucional, que los dos partidos defendieron y salvaron. En 1857 fue elegido Presidente el doctor Mariano Ospina, “Jefe del más severo conservatismo”, en competencia con Murillo y con el General Tomás Cipriano de Mosquera. Murillo y Mosquera fueron en seguida parte preponderante del Congreso que dió la Constitución de 1858, en que los dos partidos convirtieron el ensayo centro-federal de 1853 en una franca federación. Mosquera, Presidente del Congreso, anunció así la nueva Constitución a los granadinos: “Hoy terminó la revolución iniciada el 20 de julio de 1810; han triunfado por fin vuestras virtudes cívicas. La federación está constituida. El pueblo que nos mandó a perfeccionar la organización federal de la República, juzgará si sus delegados han cumplido con su misión».

El pueblo granadino fué siempre federalista en su gran mayoría. Esto se puso de manifiesto desde el día siguiente a la proclamación de la Independencia. Los empeños desesperados del Precursor, Antonio Nariño, por

el centralismo, produjeron las guerras civiles en que se desangró la primera Patria. Camilo Torres, el verbo de la Revolución, encarnó con augusto prestigio la idea federalista. Jorge Tadeo Lozano fué autor de un «Plan Departamental» que pudo haber conciliado las dos tendencias y haber sido valla contra la Reconquista española. Bolívar en su carta profética de 1815, decía en Kingston: «Es muy posible que la Nueva Granada no convenga en el reconocimiento de un Gobierno Central, porque es en extremo adicta a la federación»..... La Constitución, de 1821, que organizó la Gran Colombia, fué, desde luego federal. El proyecto de Azuero, de 1828, fué federal. La Constitución granadina de 1832, hecha sobre el cataclismo de la Gran Colombia, fué central moderada. La de 1843 fué rígidamente central. La de 1853, llamada centro-federal, descentralizó la administración de las provincias, autorizó la formación de Estados y preparó el camino para la federación de 1858.

El Presidente Ospina se declaraba campeón del federalismo. Pero su férreo espíritu conservador no pudo avenirse con las prescripciones libérrimas de la Constitución. Las cumplía mal de su grado y procuraba con sus actos desacreditarlas y socavarlas. Murillo se le plantó delante con el formidable ariete de su pluma. «El Tiempo» denunció los manejos presidenciales, y la opinión que lo seguía como oráculo, se conmovió profundamente en todo el país. «El Tiempo» de Murillo, como «El Conductor» de Azuero, llegó a unimismarse con la conciencia pública y a pesar como una institución en la vida nacional.

La situación hizo al fin crisis, y se produjo la guerra de 1860, que duró tres años. El General Mosquera, brillante oficial de la Independencia, mentalidad apta y apercebida para las más variadas disciplinas, miembro de una familia perillustre, carácter acerado y dominador, fué Presidente de la Nación de 1845 a 1849 — como conservador — e hizo uno de los mejores Gobiernos que registra nuestra historia. Evolucionó luego hacia el partido liberal. En 1860 era Gobernador del Estado del Cau-

ca, como tal desconoció la autoridad del Presidente Ospina, proclamó la soberanía de los Estados, obtuvo la adhesión de varios de éstos y de los principales Jefes liberales — hasta del ex-presidente Obando, su grande enemigo — y en memorables campañas ganó la victoria. Al coronarla, como «Presidente Provisorio de los Estados Unidos de Nueva Granada y Supremo Director de la Guerra», convocó una Convención constituyente, que se reunió en la ciudad de Ríonegro el 4 de febrero de 1863 y expidió el 8 de mayo del mismo año la Carta Magna que rigió hasta 1885 — admirable en tesis general como concepción filosófica, inepta como Código político — que resultó infecunda para el bien, a pesar de que contenía las más bellas elucubraciones de libertad, igualdad y República.

Fácil y placentero es para un espíritu liberal entonar el ditirambo a las nobles y sonoras palabras de ese poema liberal que es la Constitución de Rionegro. Pero hecha a un lado la fronda lírica, es honrado y necesario reconocer que ese Código, ajeno a la realidad y a la vida, resultó infecundo para el bien, esterilizó a los gobernantes que no tuvieron el genio aquilino de Murillo, desesperó a los que, como el doctor Rafael Núñez, conscientes de la misión del liberalismo, clamaron por la reforma, e incubó la reacción furibunda de 1886; y que el empeño del Olimpo radical por sostenerlo intangible, es el error inexcusable de ese grupo, por tantos otros aspectos benemérito.

Don Miguel Antonio Caro, que comentó la Constitución de 1863 con frases tan acerbias y desprovistas de justicia, dice también esto, que nadie podría contradecir sinceramente: «Los convencionales de Rionegro cometieron el doble error de expedir una Constitución quimérica y al mismo tiempo tiránica: hicieron una obra impracticable, y la proclamaron irreformable».

Efectivamente, el capítulo XII, que trata de la reforma, cierra casi por completo la puerta a la reforma, exigiendo unanimidades imposibles; y en la práctica, los

radicales, con orgullo de dioses, mantuvieron la integridad de su obra, y esperaron que la realidad y la vida llegarían a amoldarse a ella!

La exageración de los derechos individuales, la libertad sin límites y sin responsabilidad, el debilitamiento poco menos que absoluto del Poder central, la multiplicidad y frecuencia inusitada de las elecciones, la indebida intromisión del Congreso en el nombramiento y remoción del General en Jefe del Ejército, la facultad del Senado de aprobar la designación de Secretarios del Despacho Ejecutivo, empleados superiores de la Administración, Agentes diplomáticos y Jefes militares; el tráfico autorizado de armas y municiones, la fijación de un máximo de diez años para las penas corporales, la inspección de cultos y demás medidas hostiles a la Religión católica, y la conversión de los Estados federales en Republicuetas autónomas, engreídas e impertinentes, eran factores irremediables de fracaso, y el fracaso llegó.

No del señor Caro, autor de la Constitución de 1886; ni del Doctor Núñez, el Presidente liberal que entregó el Poder a los conservadores, al grito de «Regeneración fundamental o catástrofe»; sino de patricios liberales como Francisco Eustaquio Alvarez, Francisco Javier Zaldúa, Diógenes A. Arrieta, Eugenio Castilla, etc. etc., podrían aducirse conceptos análogos a los que hemos expuesto. Pero hay un voto superior a todos, y es el del doctor Justo Arosemena, que firmó como Presidente de la Convención, el Código de Rionegro, y lo comenta, años más tarde, así en su libro sobre las Constituciones de Hispano América: «... Fruto de esas tendencias, robustecidas por el combate y la victoria, fué la Constitución dada en Rionegro a 8 de mayo de 1863. en que el partido liberal, llevando su honradez hasta un extremo que nadie le exigía, consignó principios enteramente nuevos, contradictorios e impracticables. En la parte de derechos civiles proclamados, fué prolija y escrupulosa; pero omitió los medios de realizarlos, y por tanto, si bien confirmó muchos derechos, no dió en realidad ninguna garantía.

Al definir los poderes seccionales se propasó a autorizar la sedición perpetua, y los medios de amenazar constantemente los Estados unos a otros, y todos o alguno de ellos al Gobierno general. Organizando los Poderes nacionales, como si fuesen unos simples huéspedes tolerados en la mansión constitucional, quitóles su índole y su fuerza propias, al paso que los hizo inútiles para la unión y casi incompatibles entre sí. Por último sembró sin plan doctrinas tan brillantes por su novedad como peligrosas por su alcance, y más que todo, por la extraña inteligencia que han recibido.....»

El período presidencial era de dos años. Dentro de ese turno caleidoscópico, Mosquera fué Presidente dos veces: en 1863, al proclamarse la Constitución, que él firmó pero que iba toda enderezada contra él; y en 1866, en que esta tendencia adversa se puso al descubierto y lo arrojó del Poder al cabo de un año. Murillo fué también Presidente dos veces: de 1864 a 1866 y de 1872 a 1874.

Había sido en 1857 Gobernador del Estado de Santander y había puesto en práctica las más avanzadas doctrinas radicales. Convencido de que la acción individual, libre de trabas, es la fuente mayor del progreso, no abre escuelas ni hace caminos, porque esto pertenece a la acción individual; reduce el tren gubernativo casi a su propia persona, para no pesar sobre la comunidad, y la capital departamental viaja de ciudad en ciudad, hospedada en la forma más modesta posible. El Gobierno no tiene otra misión que la de *guardar el campo*: — de lejos y sin fuerza. — Es el apogeo del *laissez-faire*.

Intervino, como hemos visto, en la Constitución de 1858; no en la de 1863, porque estaba ausente, como diplomático.

Los viajes por Europa y Estados Unidos, y la influencia de la vida sobre una mente lúcida, lo han cambiado cuando llega al Gobierno de la República; y a pesar de las ligaduras de la Constitución, *hace* Gobierno y *hace* obra patriótica que no morirá en los tiempos.

Murillo tuvo un día la cabeza desgreñada por los

vientos del 48, que cruzaron a Europa y con doble prestigio se adueñaron de nuestra América romántica. Pero visitó a Francia bajo Napoleón III, y a Inglaterra en pleno florecimiento de Gladstone y de Mill. El «Imperio liberal» era la negación de las prédicas de Constant, de Tocqueville y de Thiers. El silencio se había convertido de golpe en el ideal de la Francia que por tanto tiempo había sido culpable de la idolatría de la palabra, como anotaba con tristeza Montalembert. En cambio, en Inglaterra el liberalismo marchaba por caminos amplios y soleados. Gladstone y Mill dominaban el mundo de la acción y del pensamiento. «Diferían en muchas cosas — ha dicho un eminente expositor contemporáneo —, pero coincidían en una: tenían la facultad de conservar la inteligencia serena y propicia a las nuevas corrientes, por lo que ambos, en el transcurso de su existencia, fueron profundizando más en la interpretación de la vida social». De ellos aprendió mucho Murillo en la ciencia del Gobierno y en la esencia íntima del liberalismo.

Sus dos Administraciones fueron ejemplo de organización, de probidad, de lealtad política, de sincera tolerancia y de empeño por el progreso y la civilización. Hasta sus empecinados adversarios le hacen justicia al respecto. Los comentadores Guerra y Pombo, de rancia cepa conservadora, dicen, por ejemplo: «Las elecciones populares para Presidente hechas en 1864 favorecieron al doctor Manuel Murillo, quien comenzó a gobernar el 10 de abril del mismo año. Fué su Administración una de las más notables de aquel tiempo por el giro regular que supo imprimir a la política, por su moderación con el bando opuesto y su neutralidad en materias religiosas. . . . Nuevamente elegido por el voto popular, tomó posesión de la presidencia el doctor Manuel Murillo en el mes de abril de 1872. Se distinguió por el impulso que supo dar a las obras públicas, con la iniciación de otras importantes, y por la reducción que logró hacer de la deuda exterior a diez millones». Cuando ascendió Murillo por segunda vez al solio de Bolívar, el egregio Arzobispo Mon-

señor Vicente Arbeláez lo saludó en memorable discurso con estas palabras: «El Clero recuerda con placer el período de vuestra primera Administración».

A pesar de los dos ensayos victoriosos de Murillo, hubo ya en el país convicción irrevocable de que con la Constitución de 1863 no se podía gobernar ni se podía vivir. Y es sorprendente que no hubiera sido el propio Murillo el abanderado de la reforma en la letra institucional, ya que lo había sido en el hecho del Gobierno. Fué ese abanderado Rafael Núñez, poeta y pensador de altísimo vuelo, nacido en 1825.

Candidato vencido en 1876, preside el Senado en 1878, y al dar posesión al General Julián Trujillo, dice sin eufemismos: «El país se promete de vos, señor, una política diferente a las anteriores, porque hemos llegado a un punto en que estamos confrontando este preciso dilema: regeneración administrativa fundamental, o catástrofe».

En 1880 coinciden la elección de Núñez para la primera Magistratura y la muerte de Murillo. Ante estos dos acontecimientos y ante la ola ya bramadora que pedía la reforma y amenazaba con imponerla, los viejos radicales permanecieron impasibles sobre la roca adusta de su verdad y de su obra.

«Núñez fué entonces el profeta que sobrepasó la encogida visión de nuestros hombres de partido; quien señaló con mirada infalible los escollos de la marcha y las sorpresas dolorosas de un avance persistente, y dió la voz de un nuevo rumbo por donde pudiéramos arribar a una meta civilizadora, afianzados en el orden y la paz. Quiso acomodar los partidos al servicio de la República, integrarlos a las fuerzas vivas de la Patria, nacionalizándolos para volverlos eficaces y fructuosos. Otra interpretación de sus planes de estadista, otra hermenéutica de sus ambiciones de regenerador, flaqueará por su propia base y se marcará de maliciosa o interesada. El principio de relatividad, que Heriberto Spencer aplicó a las ciencias filosóficas, y por ende a todo orden de conocimientos, lo

trajo Núñez a Colombia, no sólo por adopción serena, sino con la mira generosa de ir derramando en la fragua de nuestros rencores fratricidas el bálsamo bendito de la reconciliación nacional.....» (1).

Hasta ahí, muy bien. Pero más adelante, el hombre superior desaparece.

Núñez vuelve a ser elegido en 1884. La borrasca se desencadena en seguida. Impotente para dominar a los obcecados radicales, se apoya en la débil rama de los independientes, fracasa en la aspiración de fundar un nuevo partido, y se va de bruces al más sórdido y reaccionario conservatismo. El que debió ser padre del liberalismo nuevo, pasa a la Historia, por un sino fatal, como vencido y como tráfuga.

El último destello de su personalidad libre y ponderada de estadista, la Exposición al Consejo de Delegatarios, fechada el 11 de Noviembre de 1885, si se compara con la Constitución de 4 de agosto de 1886, pone de manifiesto la verdad de lo que afirmamos. Núñez no tuvo nunca mentalidad de conservador. Fué un liberal a la inglesa. Y como la Constitución de 1886 — obra de Caro — es obra perfecta de conservatismo regresivo y cerrado, es lógico deducir que Núñez fué un vencido, y que Caro y sus ágiles compañeros los Holguín, Briceño, Casabianca, etc., fueron los vencedores, no sólo de la guerra de 1885, sino del caudillo de la Regeneración.

Lo que sigue es historia novísima y está por escribirse: veinte años de persecución inmisericorde al partido liberal, que dos veces se alzó en armas por arrojar la coyunda, y no pudo lograrlo; luego el Gobierno del General Reyes, estadista conservador que rompió los duros moldes de su partido, libró al liberal de la condición de paria y fundó la paz en Colombia; luego la revisión constitucional de 1910, que fué la más noble manera de celebrar el centenario de la Independencia; y veinte años de vida republicana, con Presidentes más o menos afor-

(1) E. de la Vega, *Ante Núñez*.

tunados en la gestión administrativa. Ahora, el nuevo orto liberal con la elección de Enrique Olaya Herrera en lucha cívica de gallardía insuperable que ha suscitado la admiración y el aplauso del mundo.

Llega el doctor Olaya al poder como candidato, no sólo de su partido, sino de una concentración nacional, en que ha tenido papel principal el ex-Presidente doctor Carlos E. Restrepo, llevado en 1910 de las filas del partido conservador al solio, por un movimiento de opinión análogo al presente y que se llamó unión republicana. Restrepo — figura eminentísima — sancionó la reforma constitucional, y tuvo como Ministro de Relaciones Exteriores al propio doctor Olaya.

Nació éste en 1881. Procede de hondas raíces de la Patria colombiana. Sus padres y abuelos sirvieron con lealtad y decoro a la República. En la Independencia sus parientes ganaron palmas inmortales: basta citar a Antonio Ricaurte, el Héroe de San Mateo, honra y prez de la Historia. Y en la Colonia su línea parte de aquel bizarro personaje de romance que se llamó don Jorge Miguel Lozano de Peralta y Varaez Maldonado de Mendoza y Olaya, Vizconde de Pastrana y Marqués de San Jorge.

El doctor Olaya Herrera estudió en la Universidad Republicana de Colombia, y perfeccionó sus investigaciones de ciencias económicas y sociales en Universidades europeas. Su carrera, de éxito fulgurante, se ha partido entre el periodismo, la tribuna parlamentaria y la diplomacia, actividades en las cuales ha descollado por igual.

Es un estadista moderno, completo, inflamado de fuego patriótico, lleno de comprensión, ansioso de servir, dueño de una visión integral, serena y armoniosa de la vida. Será el Jefe de la Nación, no el Jefe de un partido ni de círculo alguno. Su programa, de líneas nítidas, es el programa del Liberalismo Nuevo: capacidad, cultura, organización, técnica, pulcritud, progreso, libertad, orden, buena voluntad, cooperación.

Dentro de este programa, dentro del cielo insomne



AVENIDA FRANCISCO JAVIER MARIATEGUI

Esta magnífica Avenida de dos kilómetros de largo, conecta en línea recta la Avenida Leguía con la Avenida Magdalena. **TIENE PAVIMENTO DE CONCRETO EN TODA SU LONGITUD.** Los mejores terrenos con frente a esta Avenida o cercanos a ella, dotados de espléndidas instalaciones de agua desagüe y alumbrado, los vende muy baratos la **COMPANÍA URBANIZADORA AVENIDA DE LA MAGDALENA**, cuya oficina funciona en el **EDIFICIO WIESE** 5o. piso, No. 504. Teléfono No. 43-92. Se vende lotes de todo tamaño, que se pagan por mensualidades en un plazo de diez años. También se venden al contado o a plazos más cortos, según el deseo del comprador.

Dr. Juan A. Werner

Médico=Cirujano

**De las Facultades de Burdeos
y Lima.**

**Especialista en enferme-
dades del oído, nariz y
garganta.**

Señoras, Niños y Vías Urinarias.

CONSULTORIO:

Guadalupe No. 1005

DOMICILIO:

Avenida Iquitos No. 1295

TELEFONO 25-38

PARA COMBATIR EL CANSANCIO

producido por sus labores

en su **ESTUDIO**,
en su **BIBLIOTECA**,
en su **CONSULTORIO**,
en el **BANCO**,
en su **OFICINA**,

debe Usted beber
las afamadas
aguas gaseosas
de

Angel de Rossi y Cía.

que mitigarán
su sed
en **VERANO**
como en **INVIERNO**.

Angel de Rossi y Cía.
CALLAO — AVENIDA "SAENZ PEÑA 186"

K-O-L-A CH-A-L-A-C-A

AGUA MINERAL PARA MESA.

Victoriano M. Villacorta

Escribano de Estado

Adscrito al Juzgado que despacha el
Dr. don José Gregorio Ramírez

DE TURNO

en los meses de
Setiembre de 1929
y Febrero, Julio y
Diciembre de 1930

OFICINA: AYACUCHO 509 (principal izq)

TELÉFONO 3603

Manuel R. Chepote

NOTARIO

— LIMA —

NUÑEZ 278

— TELEFONO 1749

DOMICILIO:

Miraflores, Francia 129

— Teléfono 270

**UNICA OFICINA QUE CONSERVA SU
ARCHIVO EN BOVEDA INCOMBUSTIBLE**

por los fueros civiles, y dentro de sincero respeto por todas las creencias y todos los cultos, es cuestión fundamental la protección a la Religión Católica — que es la del país — en la forma que lo prescribe la Constitución, «como esencial elemento del orden social».

Los liberales de hoy hacemos nuéstras estas palabras del doctor Núñez:

«La tolerancia religiosa no excluye el reconocimiento del hecho evidente del predominio de las creencias católicas en el pueblo colombiano. Toda acción del Gobierno que pretenda contradecir este hecho elemental, encallará necesariamente, como ha encallado, en efecto, entre nosotros, y en todos los países de condiciones semejantes».

Se trata de un largo proceso de rectificación.

En 1897 se reunió en Bogotá, convocada por el Directorio Nacional, una Gran Convención Liberal. Formaban el Directorio Aquileo Parra, Nicolás Esguerra, Salvador Camacho Roldán y Gil Colunje. En la Convención figuraron, entre otros, Sergio Camargo, Fidel Cano, Diego Mendoza, Carlos Arturo Torres, Teodoro Valenzuela, Juan E. Manrique, Ramón Neira, Pablo Arosemena, Alejandro Santander, Julio Vengoechea.

Fué un momento solemne en la vida del país. Quiso la Convención fijar «un programa político que comprendiese las actuales aspiraciones del liberalismo colombiano, excluído de toda participación en la dirección de los asuntos públicos desde 1884, y desde entonces especie de pueblo extranjero en la Patria colombiana».

«La Convención ha acordado — dice el respectivo Manifiesto — y somete a los hombres de buena voluntad, un programa político que es moderación del antiguo credo liberal. Ese programa concuerda en muchos puntos con el formulado por su adversario histórico el partido conservador, que a su turno ha cogido rizos a su antigua bandera».

Más adelante agrega: «Deferente al sentimiento religioso de la gran mayoría del país, la Convención, aun cuando cree que la solución científica del llamado pro-



blema religioso es la separación de la Iglesia y el Estado, admite que las relaciones entre las dos potestades sean regladas por un Concordato. El liberalismo declara que es partido político, no secta religiosa, y consagra la libertad de cultos en su más generosa amplitud. Admite que las instituciones y las leyes, para que sean prestigiosas y eficaces, no han de romper, sino conformarse, con determinado estado social. No pretende imponer sus ideas: aspira a conseguir su triunfo por la fuerza de la razón, no por la razón de la fuerza, llevando a los espíritus el convencimiento de su bondad para obtener y asegurar el progreso glorioso de las sociedades. No es espada, es palabra».

Catorce puntos contenía el programa de 1897, y sólo dos pertenecían al antiguo programa liberal: la libertad absoluta de la prensa y la abolición de la pena de muerte. E hizo una declaración expresa: la relativa a aceptación de la fórmula concordataria para regir las relaciones entre la Iglesia y el Estado y determinar los derechos y obligaciones de las dos potestades.

En 1913, cuando en diez y seis años, tántos acontecimientos trascendentales se habían cumplido para la Patria y para el partido, volvió a reunirse en Bogotá una Gran Convención liberal. Presidía el Directorio el General Rafael Uribe Uribe y presidió la Convención el doctor Fabio Lozano T. Laboró esta Asamblea con reconocido empeño y con seguros resultados, y cerró sus sesiones con un Manifiesto, en el cual dijo: «No ha creído necesario la Convención hacer nuevas declaraciones de principios en nombre del partido liberal. Esos principios son suficientemente conocidos, ya en su prístina enunciación histórica, ya en las modificaciones que han atemperado los primitivos programas». Acoge y reafirma como Plataforma inmediata del partido, la adoptada por la Dirección Nacional en 30 de marzo de 1912. Refiriéndose a ella hace hincapié en la necesidad evidente y clamorosa de reformar la legislación electoral. Después agrega: «Hacer compulsoria la instrucción pública primaria;

establecer la autonomía universitaria y la municipal; aumentar la descentralización administrativa, como primer paso hacia un moderado régimen autonómico; mejorar y robustecer el servicio militar obligatorio; obtener una ley completa de *Habeas Corpus*; modificar los aranceles aduaneros, entre otros fines, para dar una protección discreta a las industrias del país; favorecer el desarrollo del crédito y de nuestras vías de comunicación; legislar, con mesurado pero con firme paso, en pro de nuestras clases obreras; contribuir al mejoramiento de nuestras industrias agrícola, pecuaria, minera, fabril y mercantil; dirigir con inteligente firmeza, con unidad de propósitos y con larga visión del porvenir nuestros asuntos internacionales: hé aquí puntos interesantes de acción inmediata, para una vasta y patriótica labor del partido liberal».

Sobre la llamada cuestión religiosa nada dijo. Pero en la Plataforma del General Uribe se lee: «5°. Intelligencia entre el Estado y la Iglesia, en forma concordataria, para hacer más efectiva la independendencia recíproca de las dos potestades».

En 1917, la Dirección Nacional, integrada por los señores Nemesio Camacho, Fabio Lozano T. y Luis de Greiff, dijo a los liberales del país y a la Convención: «El partido liberal, deferente al sentimiento religioso de la mayoría de la Nación, ha declarado, en documentos de origen irrecusable, que las relaciones del Estado y de la Iglesia católica deben seguir siendo regladas por un Concordato, pero al actual deben introducirse determinadas modificaciones tendientes — sobre todo — a asegurar la supremacía del Estado en lo privativo del régimen civil. Cree el partido liberal que en la interpretación y aplicación del actual Concordato se ha dado, en ciertos puntos, una extensión que va más lejos de lo que ese pacto establece y que es contraria a la soberanía nacional.

«Parece llegado el momento de estudiar serenamente la llamada entre nosotros *cuestión religiosa*. Conviene a los intereses nacionales, a la verdad en la política, a la

sinceridad colombiana que los partidos hablen de este grave asunto, sin pasión, pero con verdadera franqueza.

«Sería una hermosa conquista nacional la de que nuestros partidos actuaran en campos rígidamente políticos, sin que ninguno de ellos involucrara la política con la religión. Acaso un esfuerzo común, a impulsos del común amor a la Patria, a ello pudiera conducirnos. Nos parece que no faltan en el campo conservador espíritus que ven, como una lisonjera esperanza, la que dejamos enunciada, y si no han hallado la fórmula aceptable para todos, bien puede hallarla un mancomunado esfuerzo de buena y decidida voluntad.....

«Los puntos de vista liberales nos parecen justos; cree excesivo lo establecido en el Concordato vigente en los casos en que ese pacto deprime la soberanía nacional y los fueros del poder civil, y desea que, por medio de un arreglo con la Santa Sede, esas diferencias se salven. Cree que, aparte de lo dicho, los Gobiernos colombianos han permitido en determinados asuntos que el Concordato sea más todavía de lo que es, y que de esto ha resultado una reagravación inconveniente para el país. Cree que sería útil a la República que el Clero restringiera su acción a lo meramente religioso, pero no niega a los sacerdotes colombianos el ejercicio de la ciudadanía, el derecho común de inmiscuirse en la política; mas, para este caso, entiende que no tienen derecho a alegar fuero sobre los demás ciudadanos. Rechaza toda intromisión del clero extranjero en la política colombiana y rechaza toda tesis que coloque en segundo término los intereses sagrados y primordiales de la Patria. Cree también que si el Clero no ha de prescindir de la intervención en la política, el sistema debe llevarse a sus naturales consecuencias y que para esto es necesario modificar la Constitución en el sentido de otorgar a los sacerdotes colombianos el derecho de ser elegidos Diputados a las Asambleas, miembros de las Municipalidades y miembros del Congreso. Así la lucha inevitable tendría siquiera el mérito de la franqueza.

«No tenemos inconveniente en repetir, al cerrar este capítulo, que sería deseable que una fórmula de transacción entre los partidos excluyera todo lo religioso de la lucha política.....»

En 1919 la Dirección del partido, formada por los señores Camacho, Lozano y Antonio Samper Uribe, al dirigirse a los miembros de la Convención Nacional volvió sobre el mismo tema y reprodujo los citados conceptos de 1917, agregando algunas consideraciones sobre la inconveniencia de ofrecer — en extensión inmoderada del Concordato — las altas dignidades de la Iglesia colombiana a sacerdotes extranjeros.

Después, los Directorios y las Convenciones liberales, en cuantas ocasiones se han presentado, han insistido en el empeño de pacificación con la Iglesia y con el Clero. Los dos grandes conductores — Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera — lo hicieron sin descanso. El primero escribió libros enteros sobre la materia, y el segundo, en la resonante campaña electoral de 1922, le dió cabida primordial en su programa de Gobierno.

La cuestión religiosa, o más propiamente, cuestión clerical, ha sido en Colombia fermento envenenado de discordia, de zozobra y de hondos dolores. El partido liberal se ha impuesto la tarea patriótica de exterminar ese fermento. Más de treinta años ha predicado en tal sentido desde la oposición, y está resuelto a continuar la cruzada desde el Gobierno.

No hay discrepancia dentro del partido en este sentimiento desde 1897. Lo han proclamado y defendido con igual decisión los restos venerables del patriciado liberal, los padres gloriosos del Liberalismo Nuevo, la generación llamada del Centenario, que plasmó su alma en la serenidad de Emerson, de José Enrique Rodó, de Carlos Arturo Torres, y la juventud actual, gallarda y valerosa, inquieta, rebelde e idealista.

Olaya Herrera, como candidato y como Presidente electo, ha hecho a este respecto las más claras y terminantes declaraciones. El quiere «un Gobierno — son sus pro-

pias palabras en el discurso-programa de Medellín — penetrado honda, leal y sinceramente de que no puede haber peor desgracia para un país que el fermento de la inquietud de las conciencias, y de que el respeto y acatamiento a la religión que un pueblo profesa es un deber supremo para sus mandatarios, así como la armonía entre las Autoridades civil y eclesiástica es una condición indispensable para todo progreso ordenado y pacífico». Y ha insistido sobre lo mismo en todos los tonos, con efusión de verdadero convencido.

«Todas sus declaraciones acerca de la Iglesia y de sus Príncipes — comenta en Conferencia pública el gran periodista liberal Luis Eduardo Nieto Caballero — han sido no solamente tranquilizadoras sino efusivas, caudalosas, tan llenas de corazón como de inteligencia... Su pensamiento, en este país totalmente católico, es el de un hombre de Estado. Conoce a maravilla el desastre de la vieja intransigencia y sin temor condena los errores del liberalismo cuando fué perseguidor, es decir, cuando no fué liberalismo...»

Mucho se ha hablado en los últimos tiempos — en periódicos colombianos y en el cable — del problema obrero, del problema social, del problema comunista, confundiendo los términos. Se llegó a hablar del partido comunista. Pero este partido no debe ni puede alternar en la contienda política con nuestros dos partidos históricos. El comunismo, más que un partido, es una epidemia, contra la cual combaten solidariamente todas las tendencias políticas contemporáneas, inclusive el socialismo. El resultado irrisorio obtenido por un flamante candidato comunista en nuestras últimas elecciones presidenciales, muestra bien claro que el peligro comunista no existe entre nosotros.

En Colombia el partido liberal tiene derecho histórico y doctrinario para resolver la cuestión social, para ser el hogar político de los obreros y de los campesinos. Y en el Gobierno tiene el deber premioso de mantenerse digno de ese derecho y de la hora que vive la

Humanidad. La misión de los partidos políticos es la de transformar en sistemas concretos de Gobierno las grandes aspiraciones humanas, propagar esos sistemas entre el mayor número, e imponerlos luego en el hecho rotundo y fecundo de la gestión pública.

La guerra europea, con las profundas mutaciones que trajo consigo en todo orden de ideas, dió a la cuestión social aspectos nuevos y actualidad palpitante. «En nuestros días — ha escrito un altísimo profesor de política — la cuestión social con su pavorosa importancia, ocupa la atención de todo pensador».

El partido liberal colombiano lo comprendió así oportunamente, y en la primera vez que habló después del cataclismo europeo, en el programa que los directores de 1919, señores Camacho, Samper Uribe y Lozano Torrijos, ofrecieron a la Convención Nacional y al país, pueden leerse estas previsoras admoniciones:

«El problema obrero se dibuja ya con líneas bien perceptibles en el horizonte del país. Hemos llegado a un punto en la jornada nacional en que es necesario tomar en consideración ese problema. Cuando surgen nuevas aspiraciones colectivas, corrientes definidas de opinión, brotes espontáneos del querer público, es tan nocivo empujarlas inconsideradamente hasta el exceso o el delirio, como desentenderse de ellas o pretender reprimirlas o aplastarlas. La obra del estadista, que ha de ser siempre un conjunto armónico de justicia y de previsión, estriba en casos tales en encauzar y dirigir con mesura, pero con espíritu amplio, esas ansias de los pueblos.

«Hay, al presente, la inevitable incoherencia, el tanteo, la vacilación que acompaña a esas transformaciones sociales. Las clases trabajadoras sienten anhelos nuevos, hijos de las necesidades que los rodean; pero no han podido precisar todavía sus fórmulas de liberación. El liberalismo, defensor del pueblo, aliado y sostenedor incansable de la democracia, ha venido trabajando entre nosotros por las reivindicaciones de los trabajadores, y debe ahora intensificar su acción en la materia.

«No hay en Colombia, hasta el momento actual, causa ninguna que obligue a los obreros a desvincular sus aspiraciones y sus actos de las aspiraciones y los actos del partido liberal. Esa desvinculación les sería contraproducente. Lejos de pensar en ella, deben estrechar su mancomunidad con el liberalismo; pero a su turno, debe éste también dedicar atención preferente y esfuerzo perseverante a las cuestiones obreras. De esa correspondencia del apoyo y de la acción entre los obreros y el liberalismo, surgirá, sin duda, una situación benéfica para ambos y útil para el país.

«La fijación de las horas del trabajo, de las condiciones de la labor nocturna, del salario y de la participación en las utilidades de las empresas industriales y comerciales, del cuidado con los trabajadores jóvenes y con la mujer en todas circunstancias y muy especialmente alrededor de sus épocas de maternidad; de habitaciones, hospitalizaciones y accidentes del trabajo; de recreaciones honestas, de represión del alcoholismo, de hábitos de ahorro y previsión, de pago efectivo y oportuno de los jornales, de alimentación adecuada, de derecho preferente para el pago de jornales, contratos e indemnizaciones en los casos de quiebra de los empresarios; de patrimonio de familia no embargable, de escuelas anexas a los establecimientos industriales, etc., merecen y necesitan una legislación adecuada y el apoyo perseverante de las Autoridades y de los hombres de buena voluntad.

«Es indispensable, a la vez, reglamentar convenientemente en la ley lo relativo a las huelgas y los paros y todo cuanto se refiera a los conflictos posibles entre el capital y el trabajo, buscando, como es natural, el respeto efectivo para los opuestos derechos, pero no perdiendo de vista que el trabajador es la parte débil que requiere — como el pupilo — amparo especial en la legislación y en los Poderes públicos».

El liberalismo quiere redimir a los siervos de la gleba. Quiere redimir a la agricultura del estado de empirismo y de atraso en que se encuentra generalmente. Quiere la

subdivisión agraria, porque cada hombre libre tiene derecho a una casa, a un pedazo de tierra y a un poco del sol que Dios envía para todos. Quiere la irrigación científica, los abonos y maquinarias modernas, porque ellos aminoran el esfuerzo humano y centuplican la fecundidad de la naturaleza. Quiere que los trabajadores vivan mejor vida, y que, más conscientes de sus deberes y de sus derechos, sean el pilar inamovible de la paz, de la prosperidad y de la seguridad de la Patria.

El doctor Olaya en su programa se ocupa con solicitud de los obreros y de los campesinos; exalta la agricultura, ocupación tradicional de los colombianos y eje y fundamento de nuestra vida económica; preconiza la lucha contra el analfabetismo y en pró de las carreras prácticas y remuneradoras; clama por el saneamiento, por la defensa del capital humano, por la salud, el bienestar y el mayor nivel de la vida del pueblo; y hará «un Gobierno que tenga sobre las cuestiones sociales un criterio de humanidad y de justicia, dentro del cual pueden y deben hermanarse y marchar paralelamente los derechos y el bienestar de los obreros con el incremento y vigorización del capital, sin lo cual es imposible crear la riqueza y desarrollar las grandes empresas que tienen puesto natural y propicio entre nosotros por nuestra admirable situación estratégica en la vida económica y comercial de América».

El Gobierno que se iniciará el 7 de agosto de 1930, se propone — como primera preocupación — restaurar la interrumpida prosperidad del país, mediante el aprovechamiento de los elementos que encierra nuestro territorio y del concurso que en los grandes centros financieros se brinda a los pueblos que saben gobernarse con severa honradez, dentro de la paz, la legalidad y el estudio técnico de las cuestiones. Tendrá un concepto moderno y amplio — «el concepto de la puerta auierta» — para el capital extranjero, de modo que él llegue para someterse a nuestras leyes con confianza y sienta que el ambiente que lo rodea es de cooperación y no de hostilidad. Perfecto

decoro y perfecta cordialidad es en este sentido la mejor política.

El doctor Olaya dará al país «un Gobierno que haga una administración capaz y económica, abandonando métodos de probada ineficiencia y aprovechando todos los perfeccionamientos que la ciencia de la gestión pública ha conquistado en los estados contemporáneos bien organizados. Un Gobierno que sea celoso e intransigente en el manejo del tesoro público y que ponga en práctica y desarrollo los consejos que los técnicos de la ciencia financiera nos han dado en tal materia y cuya aplicación ha quedado en la mitad del camino. Un Gobierno que lleve una acción vigilante y de buena organización a todas las secciones de la República para impulsar las obras nacionales en conformidad con planes y sistemas cuidadosamente estudiados, sobreponiéndose con inquebrantable voluntad a todo lo que se aparte de los consejos de la técnica».

El doctor Olaya principió su servicio público en las Relaciones Exteriores, y fué Ministro del ramo la primera vez antes de cumplir treinta años de edad. Es uno de los diplomáticos más preparados, experimentados y autorizados que ha tenido el país. No es necesario recalcar, por tanto, sobre la importancia que dará en su Gobierno al manejo de los asuntos extranjeros, desarrollándolos en forma coherente, previsor y armónica con la administración general, y reivindicando para nuestra Patria la posición preponderante que tuvo en sus principios en esta materia. Decoro perfecto y cordialidad perfecta, es también en esto la mejor política. Puertas abiertas, pero adentro el señor de la casa y el sagrado inviolable de la dignidad del hogar.

La cordialidad, la buena voluntad y el anhelo de cooperación, serán para con todas las Naciones. Pero lo serán en grado máximo para con los pueblos americanos, hermanos amadísimos, con los cuales Colombia tiene un estupendo destino que compartir. El doctor Olaya Herrera ha ganado bien su reputación de americanista

fervoroso, y Colombia no cede su puesto de avanzada en las citas de la fraternidad y de la solidaridad del Continente.

Una innata elegancia, la sencillez y la efectividad han sido características de la personalidad de Olaya Herrera. Es un formidable orador, pero huye de la pompa banal. Su programa es reflejo de su alma: sereno, diáfano, fuerte. Como cifra, pueden citarse estos párrafos: «Un Gobierno que, penetrado de las circunstancias dolorosas en que ha crecido nuestra nacionalidad, tenga como norma de sus actos la conciliación y la benevolencia; que coloque la Patria por encima de los partidos; que si bien sea obediente a la orientación política que señale la voluntad popular, tenga como criterio para proveer los puestos públicos no la denominación política de los individuos, sino las capacidades para los funcionarios, la probidad para los magistrados, la aptitud para desempeñar satisfactoriamente los servicios públicos..... Y, por último, un Gobierno que no se funde como pedestal para el engrandecimiento de un hombre, ni como instrumento para el beneficio de un círculo, ni siquiera como fortaleza para el predominio de un partido, sino un Gobierno que sea del pueblo, para el pueblo, y por el pueblo de Colombia».

Así, con tan nobles propósitos y buenos presagios, volverá — al cabo de cuarenta y cinco años — un miembro del partido liberal colombiano a cruzar su pecho con la simbólica banda de los Presidentes, y a honrar el solio de Santander y de Murillo.

FABIO LOZANO Y LOZANO.

Lima, mayo de 1930.

Los esposos Helmer mal casados

NORA Helmer no es, por cierto, una buena esposa. Henrick Ibsen la conoció viejo ya; decente siempre; paupérrimo, como en toda su vida. La trató bastante en sus ocios lentos y claros del tiempo senil, sicologómano, riendo y tosiendo. El pobre viejo descansaba en la hermosa e inquieta muchacha una mirada larguísima, vastísima, remotísima — ,una mirada al alma.

En el drama escrito, una fuerza humana va corriendo, subrepticia, por una sociedad como correría agua milagrosa por los cimientos de la ermita. Corre, ha de correr — los muros se deshacen. Ibsen ve rezumar el agua y no puede salir del edificio peligroso el pobre cuerpo muriente. Nunca ha podido este señor barbudo sentarse cómodo en los bancos pagados del templo, como gusta a un viejo liberal. Siempre hubo de estar de pié, pegado al muro, debajo del coro. De aquí que en lo terrible que nadie sino él advierte, tenga tan pavorosa certidumbre de tan terrible verdad. ¡La sociedad se derrumba! Los oficios religiosos siguen; el pastor predica.

La palabra humana del sermón —, esa palabra tan humana de la clerigalla protestante, — no interesa nada

al anciano y gárrulo moralista, que sabe todas sus virtudes, todas sus eficacias. En cambio, la música sagrada tiene los más finos y puros horizontes vitales para este espíritu, tan religioso en su amor del orden. Ordénese el mundo como se ordene, ha de estar ordenado. Ordenado, ha de estar bien ordenado. Dios es la cónnita incónnita a cuya indespejabilidad se ha de deber la solución del problema. Así cree Ibsen, en el templo de la sociedad, raído y arrinconado.

El siglo XIX hizo filosofías grandes donde todo está como mejor puede estar. Ibsen, ochocentista mediatista, hizo pequeñas sociologías anecdóticas donde todo está como peor puede estar. Por ejemplo, en una ciudad escandinava, un señor Helmer está mal casado con una señora Helmer, y para que todo esté perfectamente mal, el señor Helmer y la señora Helmer se aman verdaderamente como han de amarse verdaderos buenos esposos. La familia Helmer es la familia humana y social, y, además, una excelente familia. Ibsen era un viejo socarrón. Cuando perdió sus últimas convicciones, es decir, los últimos prejuicios, se acabaron todos sus sentimientos.

Siempre dentro de la sociedad, apagados los ímpetus e iluminadas las cegueras de la juventud, escribe Ibsen su «obra maestra», al decir de todos —, esa afirmación definitiva y atroz de los grandes inteligentes. Antes de haber escrito «Casa de muñecas», pudo decir, con la ingenuidad exacta, infantil y terrible de un poeta yanqui de hoy, Robert Frost:

Y may as well confess myself the author
of several volumes against the world in general.
Después de haber su obra maestra, dichas todas sus

verdades particulares, no pudo decir nada más porque habíalo dicho todo ya: había dicho la verdad.

Ibsen, en pleno romanticismo —, barbarie del sentimiento —, no pudo ocultar el hipo de la agonía con la mano cuidada y suave del viejo France. Ibsen muere como un normando de periódico, en tertulia compadrera, haciendo temblar a gritos la habitación, casi volcando con la voz el quinqué sobre la mesa. En «Casa de Muñecas», no es un teórico quien se desencanta del mundo, insusceptible de teoría, como el abate Jerónimo Coignard. Aquí, en el drama de Ibsen, un hombre se desencanta del mundo y de toda teoría del mundo. Un viejo sordo grita en las orejas de un marido cualquiera: « — Y Nora y Helmer se amaban. Ateme Usted cabos, amigo — ». Y ríe con las barbas.

Helmer es una excelente persona. Un banco llega a encargarle su gerencia. Un gringo y una gringa perfectos le crearon y criaron en una casa muy limpia con leche pura y Biblia sin comentarios. El niño crece de cuerpo y alma. Se casa. Se casa mal. El Destino se burla malamente de este abuelo nato. Recién casado, cuando principia a ser abuelo, enferma gravemente.

¡Pobre Helmer! Se ha casado mal, con una mujer demasiado alegre, demasiado actual, demasiado fuerte, que vive en continua posesión de hechos. Salva al marido, compra confites, mima los niños, canta, consuela, y todo lo hace con la brusquedad y justeza de lo salido espontáneamente, al menor estímulo, de la carne, del hueso. Los desfallecimientos, las indecisiones, los arrepentimientos serán en ella simulaciones morales necesarias para el confidente inevitable y útil que es Cristina Linde. Su pobre marido la consiente en todo. Se empeña en gustar,

verdaderamente de sus ruidos y trajiñes y derroches. Nora es buena. Helmer es honrado. Ibsen acentúa malignamente, con arte de contador viejo, que, en la burla, Nora es bonísima y Helmer, honradísimo, y que Nora ama a Helmer, y que Helmer ama a Nora.

¡Qué magnífica ocasión la enfermedad del marido para esta esposa magnífica; qué ocasión de vivir enteramente según ella misma! Vaca la autoridad. Hay que salvar al marido, amado compañero. Nora, después, recordará a Cristina Linde, con orgulloso júbilo de alpinista invalidada, este descenso a la sima peligrosísima. Más ella pende de la cuerda todavía. Casi salva, puede matarse.

La cuerda es el cargo de Helmer; la sima, un pagaré de firma falsificada; ella, ella misma, Nora, mujer capaz de grandes acciones y hechos; el tiempo, un plazo que no se cumple y un plazo que se va a cumplir; el guía, un hombre malo, Krogstadt; el espectador montañés, salvaje, Ibsen viejo; la ayuda impotente, Cristina Linde; el último de la cuerda, Helmer; el lugar, la alta y frígida Noruega social.

Nora no tiene disculpa. Siempre supo bien lo que había de hacer. Es una mujer consciente de su sexo, de su medio social, de su marido, de la ley, de sí misma. Es un ser perfectamente responsable. Ella misma exige reiteradamente que se le crea responsable y consciente. Es tan así, que hasta miente con cinismo cuando afirma que falsificó la letra de su padre sin saber el crimen legal que ello entrañaba. Traspasa la ley por buena y por fuerte. ¡Allá ella!..... ¡Pobre Helmer! La vida sin honor y sin honorabilidad no tiene sentido para el pobre hombre.

Helmer y Nora son los úncios humanos de la escena, donde viven en perpetuo trance de drama. Los demás son elementos inhumanos, partiquines, muebles, Destino. Si Helmer no hubiera enfermado; si el padre de Nora no hubiera muerto; si Nora no hubiera firmado el pagaré, algo habría venido, en reemplazo de lo que pasa realmente a desencadenar la tragedia del rincón del piano.

Se desprende del suceso la evidencia objetiva de que el hombre y la mujer no pueden vivir unidos en cuerpo y alma. Ibsen calla de la unión de los cuerpos, cierra un ojo rojo, sume los labios. No trata de la malicia sino del mal. Al fin y al cabo, y sobre todo, Nora ama a su marido y Helmer ama a Nora. — ¡Cosas de hombre y mujer..... El mal está en esa unión forzosa de almas distintas; el mal está en esa unión angustiosa y profunda. El hombre y la mujer son enemigos verdaderos, enemigos justos. El uno y la otra se disputan el mundo —, el gobierno del mundo, lo mejor del mundo. Para la mujer, el hombre es quien alquila la casa y engendra los hijos. La familia —, los hijos y el otro cónyuge, — para cada uno de ambos es cosa propia y dominable de todo dominio. No es cuestión de amor sino de propiedad. — Una economía de lo que vive y muere. — Una política politicísima, con retórica, con falsías, con traiciones, con alianzas, con convenciones, con estatucúos.

¡Oh!, no debemos creer a ese viejo barbudo de Henrick Ibsen. Ha sufrido mucho, ha averiguado mucho, ha vivido mucho. No puede proponer nada. Constata, tose. Desatendamos, pues, el aparato, las indicaciones, las advertencias. Nos mete en la casa de una familia, y aquí veamos y miremos humanos y no muñecos. Nada aquí es teatro moral, ni teatro ni moral. Todo es una familia como todas las familias y el mundo de los hombres como es en este mundo. — Helmer, Nora; un abogado, la mujer de un abogado. — Categoría de la anécdota, sociología

Caja Garantizadora S. A.

CONSTITUIDA POR ESCRITURA PUBLICA
ANTE EL NOTARIO

DON MANUEL R. CHEPOTE

CON FECHA 14 DE MAYO DE 1928

CAPITAL SOCIAL Lp. 50.000

OFICINA - LIMA

GALLE BEJARANO No. 269

TELEFONO No. 51-97

APARTADO No. 23-86

TIENE CONSTANTEMENTE DINERO DE SUS
CLIENTES PARA COLOCARLO EN HIPOTECAS
A LOS PLAZOS DE

1, 2 ó 3 AÑOS

○

SI UD. DESEA COLOCAR SU DINERO EN HIPO-
TECAS HÁGALO POR INTERMEDIO DE LA

CAJA GARANTIZADORA

QUE LE GARANTIZA EL PAGO PUNTUAL DE
LOS INTERESES Y LA DEVOLUCIÓN DEL CA-
PITAL, PRECISAMENTE EL MISMO DIA QUE
VENCE LA ESCRITURA DE PRÉSTAMO.

THE SUPER REBUILT TYPEWRITER

Oficina Técnica de Reconstrucción de
Máquinas de Escribir

Cambio de Máquinas Nuevas por Viejas

VENTAS DE MAQUINAS RECONSTRUIDAS

RESPUESTOS, CINTAS, ETC.

OFICINA:

BOZA 230, altos

Sastrería Bernales

GIRON TACNA 514.-LIMA

Proveedor de uniformes del Colegio
Nacional de Nuestra Señora
de Guadalupe.

SURTIDO COMPLETO DE CASIMIRES
EXTRANJEROS Y NACIONALES

Materiales de primera calidad



INTERNATIONAL

PETROLEUM

Co. Ltd.

CALLE COCA No. 438

OCULISTA ALEMAN

CALLE PANDO 719

DE 3 a 6 p.m.

MEDICIÓN Y CURACIÓN DE LA VISTA

Operación de catarata según el método más moderno

Instrumental modernísimo, traído últimamente
de Alemania

**FABRICA DE ENVASES, GUARDABARROS
PARA AUTOMOVILES
Y ARTEFACTOS DE HOJALATERIA**

◆ **INSTALACION ELECTRICA** ◆

C. Acosta Rivera

FABRICA: ESQUINA DE LA RINCONADA Y LA TOMA

TELÉFONO No. 2204

**SOCIEDAD MADERERA
CIURLIZZA MAURER Ltda.**

LIMA & CALLAO

Existencia de:

PINO OREGON, PINO COLORADO, PINO BLANCO, CEDRO, ROBLE

TALLERES DE CARPINTERIA

Fabricación de:

PUERTAS, VENTANAS, BALAUSTRAS, PALOS PARA ESCOBAS
MUEBLES, PISOS DE PARQUET.

Lima, Teléfono 1236

Callao, Teléfono 92

Dirección Cablegráfica "MAURER"

COLECCION CULTURA Y PATRIA

Libros de Lectura y Ejercicios
de Castellano

por el Dr. ALBERTO URETA

SANMARTI y Cía.,

EDITORES

BOTICA DE SAN PEDRO No. 428

◆ L I M A ◆

patética, principio de ley. Sepamos que el tonazo moral es un ardid del cóntador para que nadie le interrumpa la relación.

Jerónimo Coignard hablaría así al mundo, discípulo suyo:

«—Dalevuelta, hijo mío, he de decirte que el hombre y la mujer son mortales enemigos el uno de la otra. Sólo en muy lejanos tiempos que apenas los sabios conocen, vivieron en buen acuerdo y paz verdadera. Has de saber que entonces el hombre derribaba a la mujer en los campos—, muy distintos de los nuestros—, que ciudades no había sobre la tierra misma, desnuda, rugosa e infecunda. Siempre hubo goce. Por brevísimo tiempo que los mejores no podrían medir, vivían hombre y mujer en acuerdo feliz de cuerpo y alma, que cuerpos y almas sólo se acuerdan bien en el gozo. Después la mujer huía herida y satisfecha del hombre, y este no la seguía, ni la amoblaba casa, ni la proponía casarse con ella. El hombre y la mujer se juntaban solamente para lo que no podían hacer sino juntos. Cada uno satisfacía sus propias necesidades y pensaba sus propios pensamientos. Calcula, Dalevuelta, hijo mío, cuánta felicidad hubo entonces en este mundo, hoy triste, hoy fatigoso, cuando el hombre y la mujer, libres de toda libertad, sujetos sólo al más grande gozo; cuando el hombre y la mujer, repito, apenas tenían necesidades y pensamientos.....»

MARTIN ADAN.

Nocturno de Chopín

Op. 62, No. 1.

(Para Nueva Revista Peruana)

Lejos, muy lejos! Diríase que todas, todas las nieblas
De todas, todas las noches desde que ruedan los mundos
Amontonaron sus crímenes y sus cantos gemebundos
En la mirada que hundióme para siempre en las tinieblas.

Lejos, más lejos que aquellos buenos duendes y queru-
Más allá de las edades, de las cosas inefables, (bes,
Más abajo que un abismo de venganzas insaciables,
Más arriba que la estrella que se esconde entre las nubes!

Sin embargo siento ahora que su labio roza el mío,
Oigo el eco de su voz, de la voz mágica y pura,
Y la blanca y triste forma que tiembla en mi calentura
Se torna flor y me ofrece su perfume y su rocío.

Ah! si pudiera — que importan tiempo, espacio, antro, marti-
Encontrar alguna vez el sostén de su sonrisa, rio?
Sea rompiendo la cárcel de mi cuerpo hecho cenizas,
O en el fondo del mar, bajo las ruinas de mi delirio!.....

Antes tendría que haber quemado todas las nieblas
De todas, todas las noches desde que ruedan los mundos,
Amordazado sus crímenes y sus cantos gemebundos,
Cerrado el ojo que hundióme para siempre en las tinieblas.

ARMANDO GODOY.

Crónicas

Crónica Literaria

LA BATALLA DE HERNANI

ESTE año celebra la literatura el jubileo romántico. La fecha de la batalla de *Hernani*, elegida para la celebración, señala el triunfo y apogeo del ideal revolucionario que encarnaron los hombres de 1830. A la distancia de dos siglos se repetía en Francia la explosión del *Cid*. En ambos casos, aspiraciones reprimidas por la tradición insurgían con denuedo para abrir nuevas perspectivas al arte. El *Cid* imponía la estética clásica; *Hernani*, la dirección romántica. Sin embargo el *Cid* era sólo una actitud literaria, y *Hernani* toda una revolución ideológica. Frente a Corneille se instalaba la crítica tradicional y académica. Víctor Hugo tenía a su derecha el Estado, la sociedad conservadora y la conciencia de su tiempo. Uno abría un debate de formas, el otro una lucha de ideas.

Y es que el Romanticismo más que una moda literaria era una revolución general del espíritu. Con hondas repercusiones en el pensamiento, en la política, en el modo de sentir y considerar la vida, el cambio de frente de la literatura que iniciaba no era sino uno de sus aspectos; el más característico si se quiere, pero no el dominante. Con él entraban en juego todos los sentimientos, intereses y preocupaciones de los hombres. De ahí la acritud en el debate, la pasión en la contienda, el tono de protesta airada que acalora e inflama la polémica. El

aplauzo y la rechifla no son suficientes para aprobar o desaprobar las audacias de los reformadores. Era forzoso recurrir a todos los recursos y ardidés de la guerra. Los manifiestos y los prefacios ceden bien pronto el paso a la fuerza, y teatros y academias quedan convertidos en campos de asalto y de defensa. La noche de *Hernani* es una batalla campal. Los dos bandos se aprestan desde temprano a la lucha. Los sitios del Teatro Francés son tomados estratégicamente, Víctor Hugo, desde las primeras horas de la tarde, distribuye convenientemente en la sala a sus amigos y partidarios. Los clásicos retienen sus mejores posiciones. Los dos bandos lucen con orgullo sus atributos y distintivos. Los unos sus pelucas clásicas, los otros sus cabelleras románticas. Antes de la representación, un poeta asalta el proscenio y declama a telón corrido, agresivamente, un poema romántico, y Teófilo Gautier, erguido ante su butaca de orquesta, escandaliza a los timoratos conservadores con la audacia de su chaleco rojo.

El ambiente estaba preparado por la agitación política. La Revolución, retardada en sus efectos, por el Imperio y la Restauración, iba a irrumpir en el asalto liberal de 1830. La forma en que debían cuajar los ideales democráticos no imprimiría carácter al movimiento. La monarquía de Julio sería sólo un compás de espera que las circunstancias hacían necesario. Pocos meses después del estreno de *Hernani*, La Fayette al presentar al pueblo al duque de Orleans, lo llamaría «la mejor de las repúblicas».

En el fondo era una inquietud social lo que palpita en la sala. Los espíritus de resistencia y movimiento se daban cita esa noche para medir sus fuerzas. Se conocían de antemano las tiradas de reto insolente a las convicciones aristocráticas, el descuido arrogante de algunos alejandrinos dislocados, la infracción de un precepto venerable del *Arte poetica*. Los clásicos y los románticos tomaban y defendían esos trozos con igual denuedo, y cuando el aplauzo y el silbido no bastaban para imponer

la victoria, entraba en juego la violencia de los puños y de los bastones.

La ideología revolucionaria de la época encontraba en el escándalo de Hernani el reconocimiento de su beligerancia. Cuanto había en el Romanticismo de morbosa inquietud, de énfasis lírico, de individualismo anárquico, de rebeldía antisocial, de insubordinación libertaria contra todos los dogmas y principios consentidos, palpitaba en la inflmada retórica del drama. *Era el mal del siglo* que alcanzaba en Hernani su expresión definitiva, después de haber corroído la conciencia de muchas generaciones, desde que Rousseau incubara en su vida y en su obra los primeros gérmenes.

Con una audacia única en la historia de las concepciones, Rousseau había trasmutado todos los valores humanos. Colocándose sobre y fuera de la civilización, Jean Jacobo se remontaba a una naturaleza primitiva y salvaje, un absoluto, creación de su genio desorbitado, desde el cual medía los sentimientos, las ideas y las instituciones de su tiempo. En la confrontación del hombre con este absoluto variaban todas las perspectivas y las cosas adquirían un nuevo valor y un nuevo sentido. Lo que era hasta entonces natural se convertía en artificio, el derecho en usurpación, la justicia en servidumbre, el orden en esclavitud. Las artes y las ciencias resultaban agentes corruptores, la propiedad una violencia, la moral una rutina, la desigualdad una impostura. El cetro de los gobernantes pasaba a los gobernados; la luz de la razón cedía su autoridad al poder del instinto; y el sentimiento que era lo individual, lo singular, lo único, desplazaba en el arte, el valor de lo racional y humano que era lo universal. En una palabra frente a la gran mentira social que envilecía la vida, Rousseau exponía a la contemplación de sus contemporáneos el idilio del estado salvaje. La barbarie asumía el puesto de la civilización.

Varias generaciones se habían repartido la herencia de Rousseau. A través de ella dividida en mil fragmentos dispersos, venía a reunirse otra vez y definitivamente.

te, en esta hora del apogeo romántico. Rousseau era, pues, más que un precursor: era el Romanticismo. Los clásicos pudieron decir después del estreno memorable: «¡Ya venciste Rousseau!»!, parodiando la frase de Juliano el Apóstata, el día que se hundía definitivamente el paganismo. Y así era en efecto, esa noche se eclipsaba, tal vez para siempre, un mundo de ideas y formas, y París rendía en *Hernani* su más caluroso homenaje a Juan Jacobo.

El drama reflejaba fielmente la descomposición de una conciencia trabajada ochenta años por las ideas disolventes del célebre ginebrino. La concepción, el asunto los personajes, la tesis, todo quedaba subordinado en él al interés de la polémica. *Hernani* estaba tallado en el molde del protagonista de *Los Bandidos* de Schiller. Como Moore, colocado por voluntad propia fuera de la sociedad, en lucha con la autoridad y el orden, representaba la negación de todo principio de convivencia civil. Frente a él, Carlos I, más tarde Carlos V, encarnaba la tradición monárquica, que es la ley y el Estado. En la lucha de estas dos fuerzas que se destruyen, resaltaban, de un lado la grandeza del alma extraordinaria y la pureza de la intención de quien simboliza el ideal regenerador que, en la audacia inverosímil del poeta, era a la vez el ideal anárquico; y del otro, la miseria moral y la corrupción del hombre cuya persona encarnaba el poder y la autoridad social. En el uno el mal era ira santa, justicia vengadora; en el otro, ambición, concupiscencia y crimen. Y los contrastes, caros a Víctor Hugo, eran en esta obra tan acusados y violentos que se trocaban a menudo papeles y situaciones. Con, razón decía un informe de la época, recaído sobre la obra, que *Hernani* era un bandido que hablaba y procedía como un rey y Carlos un rey que hablaba y procedía como un bandido.

Felizmente para la literatura, *Hernani* representaba sólo el aspecto negativo de este gran movimiento. Mientras Víctor Hugo se hacía aplaudir el énfasis altisonante de sus versos, otro Romanticismo, más generoso, aportaba

a la literatura el rico caudal de sugerencias e ideas que, después de un siglo deja sentir aún sobre nosotros su poderosa influencia.

ALBERTO URETA

Crónica Política

LA CAMPAÑA ANTI-RELIGIOSA DEL SOVIET

LA ofensiva anti-religiosa, emprendida por el Comunismo, en Rusia, constituye un fenómeno digno del más detenido estudio y cuyas proyecciones en el orden sociológico, moral y cultural, no sólo del pueblo ruso, sino del mundo en general, pueden ser vastas.

No estamos en posesión de datos cuya veracidad y autenticidad sean indiscutibles. Los informes que llegan de Rusia son contradictorios y cabe, por consiguiente, colocar a la verdad en un plano intermedio.

Procediendo por orden, presentaremos primero algunas de las alegaciones soviéticas, luego el punto de vista católico Romano (yá que el Griego Ortodoxo no se ha producido hasta hoy) y, finalmente, la opinión de un observador imparcial.

La declaración más autorizada, en lo que concierne al Comunismo Ruso, es la de Alexis Rykov, Premier Soviético. Dice Rykov en el reportaje concedido a E.L. Keen, Vice-Presidente de la United Press:

«Una de las preguntas de Ud. se refiere a persecuciones, prisiones, etc., por motivos religiosos. No tengo conocimiento de tales casos. No serían posibles en el territorio de los Soviets, en donde existe libertad para toda clase de creencias. Estos rumores son el resultado de maliciosas mentiras o deformación de los hechos verdaderos, con finalidades políticas. No niego que se hayan clausurado igle-

sias y dedicado a otros fines, pero esto no sucede sino como consecuencia de «meetings» populares en las comunidades locales. En todos los casos en que hay la intención de dedicar una iglesia a otro fin, se requiere la sanción definitiva de la presidencia del Comité Ejecutivo Central de la Unión Soviética, pero cuando una iglesia no se utiliza debido a falta de apoyo, puede ser dedicada a otros fines, de acuerdo con la decisión de las autoridades locales. Es muy cierto que ha disminuído considerablemente el número de iglesias en la Unión Soviética, lo cual se debe a distintas causas sociales, económicas y políticas, una de las cuales es que hemos prohibido la propaganda religiosa en nuestras instituciones educativas y culturales y castigamos estrictamente a los infractores de esta ley».

Hasta aquí Rykov. Y, además, algunos de los principales argumentos aducidos por destacados comunistas son los siguientes:

1º.—Durante el régimen zarista la Iglesia Ortodoxa constituía una arma política del Gobierno. No sólo callaba las crueldades del régimen sino que servía de espía y prestaba auxilio en sofocar cualquier movimiento libertario. Sus sacerdotes incitaban al pueblo al «pogrom» anti-semítico periódico, que le hacía olvidar su mísera existencia. La superstición y el engaño, el rito mágico, eran moneda corriente en su vida diaria.

2º.—La situación legal de la Iglesia, establecida por el decreto de Enero, 1918 (1), ha permanecido inalterada hasta hoy, si ha de exceptuarse la disposición contenida, en el decreto de Abril, 1929, que ordena a las organizaciones eclesiásticas dedicarse únicamente a actividades religiosas.

3º.—Los hechos de la situación, según los informes de investigadores americanos de probada competencia,

(1) El cual dispone que no se imparta instrucción religiosa a la infancia, priva a los sacerdotes del derecho al voto, nacionaliza las propiedades de la Iglesia, la separa del Estado, garantiza la libertad de cultos y permite la enseñanza religiosa a domicilio.

difieren en todo de las evidentes falsedades que publica la prensa capitalista.

4º.—Las iglesias celebran sus ceremonias libremente. Un limitado número ha sido clausurado o transformado para fines cívicos. Ni han sido encarcelados los fieles ni se ha ejecutado a sacerdotes por causa de sus creencias. La aseveración de que sólo los ciudadanos que profesan el ateísmo pueden conseguir pan, no tiene fundamento alguno.

5º.—Es conveniente apreciar las contradicciones en que incurre la propaganda extranjera. Un día, por ejemplo, la Agencia Telegráfica Judía avisa que van a ser ejecutados catorce rabbis, inclusive el Rabbi en Jefe, Gluskin. Poco después el mismo Gluskin niega la noticia y pide a sus colegas en otros países que no apoyen la cruzada anti-soviética. Al destruirse, por ejemplo, el Monasterio Simonovsky en Moscú, que ha estado cerrado por más de diez años, habla la propaganda extranjera de la herejía cometida, pero omite mencionar el hecho de que durante varios años, los residentes de aquella poblada sección de la ciudad habían estado solicitando del Gobierno Municipal el permiso para reemplazar aquel edificio desocupado por un Centro Cívico. Y así por el estilo, las medidas más ajustadas a las leyes en vigencia, tomadas por las autoridades soviéticas, son deformadas por sus enemigos.

Al recorrer las alegaciones Católico Romanas, nos detenemos principalmente en las de Edmund A. Walsh, Representante de la Santa Sede en Rusia durante 1922 y 1923, quien dice ("Current History", Abril, 1930):

«Las declaraciones oficiales del mismo Gobierno Soviético hacen supérflua cualquier demostración trabajosa de su intención de extirpar la religión en Rusia como elemento constituyente del programa de cinco años.

El cincuenta por ciento del clero en Rusia ha desaparecido desde que se inició la revolución, por medio del

asesinato judicial, del hambre, del destierro o de la prisión. El martirologio es largo y glorioso. Constantino Budkiewicz fué fusilado en la noche del Viernes Santo, en 1923. El Arzobispo Juan Cieplak fué condenado a muerte al mismo tiempo, pero salvó debido a las protestas del mundo entero. Joseph Bielogolovy, de 26 años, brillante profesor de la Academia Eclesiástica de Petrogrado, desde el principio fué señalado por las autoridades soviéticas como sacerdote de verdad. Solicitado para aceptar la «consagración soviética» en calidad de Obispo de una secta anti-católica, subvencionada por el Comunismo, rechazó el ofrecimiento y pagó con su vida la negativa, siendo fusilado en 1928. Dominick Ivanov, de la misma edad, desterrado a la terrible isla de Solovetsky en el Mar Blanco, sucumbió en la oscuridad helada de aquel infierno, el mismo año. Aún permanecen en la isla de Solovetsky, sufriendo las torturas de una muerte lenta, los siguientes sacerdotes católicos: Monseñor Boleslav Slokan, Administrador Apostólico de Hohiev y Minsk, arrestado en Agosto, 1927, y luego de sufrir las peores torturas morales y físicas, deportado a la isla y sentenciado a trabajos forzados; Pablo Chomiez, Vicente Dejnis, Adolfo Filip, Vicente Ilgin, Joseph Iuzwik, Casimir Siwicki, Miecislav Szawdinis, Juan Troigo, Juan Versocki, Nicolas Alexandrow, Potapi Emilanov y Leonid Feodorov, Exarca de los Católicos Rusos del Rito Oriental.

Los nombres de los que sufren idéntico y cruel destierro en Siberia, Turquestán y el Cáucaso son conocidos únicamente de Dios, pero entre ellos se destacan el venerable Administrador Apostólico de Kiev, Monseñor Teófilo Shalski y el Padre Juan Deubner.

La ofensiva anti-religiosa ha sido extendida actualmente e incluye a la totalidad del pueblo ruso, El Gobierno Soviético ha creado y financiado la «Asociación de los sin Dios», liga atea. Doscientos cincuenta mil propagandistas expertos, que trabajan bajo la dirección del Ministerio de Instrucción Pública, apoyados por las bayonetas del Ejército Rojo y la omnipresente «Ogpu» patrocini-

dados por los Soviet locales, están febrilmente ocupados en corromper el alma de la nación, particularmente la de los niños. Durante los últimos años 20,000.000 de ejemplares del periódico «El Sin Dios», con sus indecibles blasfemias, han penetrado en cada hogar y kindergarten y han circulado 2,000.000 de ejemplares de publicaciones anti-religiosas virulentas. Diez mil clubs anti-religiosos, protegidos por la policía, funcionan; films cinematográficos de carácter especial se exhiben en millares de lugares sagrados, hoy día confiscados y convertidos en clubs, museos o teatros. Se han consagrado nueve universidades exclusivamente a la guerra contra Dios y cada profesor en cada ciudad y aldea tiene la obligación de cooperar en esta execrable campaña.

Durante la Pascua de 1928 se organizaron 700 demostraciones anti-religiosas sólo en Petrogrado y el Ministro de Instrucción, Lunacharsky, trasmitió por radio un mensaje, en que negaba la existencia de Dios. Idéntico programa tuvo lugar durante la última Pascua.

Es contra esta profanación de la santidad en la vida y contra éstos apóstoles del caos universal, cuyo ideal parece ser un mundo en llamas, que el Soberano Pontífice alza su voz de protesta y se inclina en oración».

De los observadores imparciales, uno de los más destacados parece ser el mismo E. L. Keen, a quien Rykov hizo las declaraciones que anteriormente hemos citado:

Mr. Keen dice:

«Quizás lo más sorprendente de la guerra emprendida por los Soviets contra la religión es la placidez con la que parece ser aceptada, aún por los miembros de la Iglesia Rusa».

Encuentra una notable indiferencia. ¿Significa esto que los Rusos se preocupan más de la suerte de sus ganados que la de sus iglesias y sacerdotes o es que no posee la fibra que hace a los mártires?

Mr. Keen prosigue:

«Es difícil responder satisfactoriamente a estas preguntas pero algunos alegan que la Iglesia Ortodoxa Rusa nunca llegó a penetrar en lo más profundo de los corazones de sus adherentes.

Es cierto que la Iglesia proporcionaba al pueblo la esplendidez del ceremonial religioso, pero también se lo proporcionaba a la autocracia zarista, a los propietarios y a la maquinaria opresora. Cuando los Zares fueron derrocados por la Revolución y la influencia de la Iglesia sufrió menoscabo, el mundo no se detuvo y de esto se dieron cuenta los campesinos. Y a través de doce años largos, se han acostumbrado al cambio.

El aumento reciente en las actividades anti-religiosas, tan pronunciado que ha sorprendido al mundo exterior — aquí ha causado poca o ninguna sorpresa, pues no ha sido sino parte de la nueva e intensa ofensiva de los Comunistas en todos los aspectos de la vida nacional.

Durante la estación de Pascua, unas 1,000 iglesias en Rusia han sido dedicadas a finalidades «útiles» — lo cual significa desde escuelas hasta factorías — y sigue la transformación aún cuando existen todavía 50,000 iglesias abiertas con 30,000 sacerdotes oficiantes.

Todavía se dicen servicios religiosos sin impedimento aparente, en las grandes iglesias, para los que deseen concurrir. Yo mismo he asistido a una ceremonia en la célebre Catedral de Nuestro Santo Salvador, en donde la Congregación, formada por una 500 personas, adultos en su mayoría, evidenciaban un fervor idéntico al que pudiera apreciarse en Roma, Londres o Nueva-York.

El conflicto que se ha planteado entre el Comunismo y la Religión es explicable por que el Comunismo constituye una creencia, con todos los atributos de las creencias, como son apóstoles, adeptos y mártires. Por este motivo no tolera que a su lado co-exista un rival. Karl Marx

es el autor de la célebre frase: «La religión es el opio del pueblo». Y dijo también: «Si destruíis el mundo social del cual la religión es el aroma espiritual, destruiréis la religión. La religión es la flor que cubre las cadenas. Destruid las flores y se verán las cadenas».

El Comunismo Ruso cumple los preceptos de Marx y emprende una doble ofensiva, la una contra la sociedad capitalista y la otra contra el sistema religioso actual. Créese que la primera debilitará el sentido religioso y que la segunda descubrirá las «cadenas» del sistema económico-político del mundo.

Crée el Comunismo que suprimida la Religión, todas las energías que hoy se desvían en cauces sobrenaturales y anti-sociales, serán aprovechadas en bien del Estado.

El Comunismo es hostil a la Religión porque considera que la Iglesia Griega ha colaborado eficazmente en la sujeción del pueblo ruso por el Zarismo, porque, fundamentalmente, sus dirigentes son ateos y creen que las creencias religiosas son obstáculo para el desenvolvimiento de la mentalidad comunista y mitigan el celo en la propagación de la doctrina y, también, porque así cumple los preceptos de su fundador y apóstol, Lenin.

Para Lenin, Ciencia y Religión eran dos términos antitéticos. La Ciencia excluía la Religión y pensaba que sólo podría rehacerse el mundo si la mentalidad del hombre rechazaba la Religión para dar cabida a la Ciencia. Lenin consideraba que la tolerancia era sencillamente una incomprensible flaqueza y el primer paso para la capitulación sin condiciones.

Los adeptos de Lenin heredaron este espíritu de intolerancia y comprometidos en una lucha de vida o muerte para establecer un nuevo orden social, han planteado en forma inconciliable el antagonismo entre la Religión y el credo del materialismo dialéctico.

La reacción rusa ante los métodos empleados para extirpar el sentimiento religioso de la nación parece ser débil. Hablan algunos observadores de la sorprendente

acogida que dispensa la juventud a esta propaganda y manifiestan que esta juventud, en su mayoría, es atea. El pueblo parece haber asumido una actitud de resignada tolerancia o, si se quiere, de indiferencia. En ninguna forma puede decirse que se ha indignado en la medida de la indignación de las naciones extranjeras. Es muy difícil descubrir el verdadero sentir religioso del pueblo ruso. ¿Es inherentemente de un profundo misticismo, como alegan algunos? ¿O es que sus creencias son meramente prácticas supersticiosas?

Por lo demás, la persecución a que está sometida la religión, lejos de debilitarla la purificará y fortalecerá, afirmando la fé de los que la poseen y eliminando a los irresolutos. En este sentido abundan los ejemplos de la Historia que, una vez más, puede repetirse.

CARLOS WIESSE Y R.

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN COLOMBIA

EN los primeros meses del año han ocurrido acontecimientos políticos en Sud-América dignos de atenta consideración. Argentina, Colombia, Chile, y Brasil llamaron a sus ciudadanos a ejercer el sagrado deber electoral. Pocas funciones más importantes para una democracia y, sin embargo, ninguna aún lo suficientemente arraigada en la conciencia cívica de todos los gobernantes. La evolución política en América, no obstante los cien años largos de vida republicana, está todavía muy al margen de los brillantes postulados constitucionales que adornan sus respectivas cartas políticas, y más lejána aún, de las cifras que se dicen obtenidas en las urnas. Es por eso que constituye motivo de intenso regocijo cívico el ejemplo dado a nuestra América por la democracia de Colombia.

Sabido es que la opinión pública en dicho país se divide principalmente en dos fuertes agrupaciones políticas: conservadora y liberal.

La primera se mantiene en el poder desde la revolución del año 1886, al amparo de la Constitución redactada por Miguel Antonio Caro y promulgada por el General Rafael Núñez. Los excesos de federalismo trajeron por consecuencia una reacción centralizadora y absorbente que se manifestó en la nueva Constitución y el predominio absoluto, muy pronto, del partido llegado así al poder. Esos excesos llevaron al país a la cruenta guerra civil de los mil días, esto es de 1899 a 1902, que costó la vida a cien mil ciudadanos y que agostó en flor a toda una generación. Casi no hubo familia, de ambos bandos, que no tuviera que lamentar la pérdida de un miembro cercano; los campos fueron arrasados por la metralla y el vandalaje y la nación toda entera, al firmarse la paz, hubo de comprender con amargura atroz que los resultados obtenidos distaban mucho de las calamidades sufridas. Y todo el pueblo conservó grabados los horrores de las luchas electorales que se realizan — no en las urnas — sino en los campos de batalla, o en las guerrillas tenebrosas.

Se descó la paz y se odió al caudillaje. Desde entonces por consenso tácito de la opinión pública las luchas políticas se han ido acercando cada vez más a los postulados de la Ley.

Ha quedado también grabado el recuerdo, como una exteriorización de esta nueva ideología política, de la abdicación del Presidente General Reyes, en 1910, a raíz de la protesta estudiantil que encabezara el hoy Presidente electo Olaya Herrera, en su condición de eminente universitario. Reyes pretendió olvidar las enseñanzas de la guerra civil de los mil días y la sola huelga estudiantil bastó para hacerle renunciar.

Sin embargo, ciertas mentalidades atrofiadas han tardado en reconocer por mucho tiempo, el sentir nacional. Es clásica en este sentido, la anécdota de un conno-

tado político conservador que cínicamente declaró no hace diez años todavía, en una sesión del Senado Colombiano, a raíz del legítimo triunfo del candidato liberal General Herrera, que su partido no estaba dispuesto a perder el poder conquistado con las armas, por haber tenido menos «papelitos» que los liberales en la cuenta electoral.....y en efecto, fué proclamado Presidente de la República el General conservador Nel Ospina. Desde entonces, agosto de 1922, el partido liberal acordó no participar más en las elecciones hasta que no fuera garantizada la libertad electoral y respetado el triunfo de las urnas. En 1926 no presentaron pues candidato y salió elegido el actual Presidente Abadía Méndez, sin contradictor.

Para la lucha de este año todo hacía creer que el partido liberal se abstuviera de concurrir a las elecciones. Propiamente el partido carecía de "leader", no obstante tener diez o doce figuras de primera magnitud. Mientras tanto los conservadores proclamaron casi simultáneamente las candidaturas de nuestro conocido, el gran poeta Guillermo Valencia, que estuviera en Lima en la conmemoración del Centenario de Ayacucho y presidiera en Santiago la delegación a la V Conferencia Pan-Americana de 1923; del General Vásquez Cobo, Plenipotenciario de Colombia en París.

Factor esencial en las luchas políticas de Colombia ha sido la influencia preponderante del Arzobispado: puede decirse que desde 1886 el candidato indicado por dicho funcionario ha sido indiscutiblemente el Presidente de la República. La influencia del clero en las masas y en los dirigentes ha sido tan absoluta que reúne todos los caracteres de un odiosa dictadura religiosa. Siguiendo tan arraigada costumbre Monseñor Perdomo, primado Colombiano, "recomendó" al partido conservador la persona del General Vasquez Cobo. Bien pronto hubo de darse cuenta que tal medida había causado desconsoladora impresión en los partidarios de Valencia, y como el ilustre prelado creyera que estos tenían mayores proba-

Victoriosa en Todas Partes

La Educación Comercial Moderna, está aconsejando en todas partes del mundo el USO de la "UNDERWOOD" para la enseñanza de Mecanografía.

En los 3 últimos años, las Escuelas Comerciales de los Estados Unidos han adquirido **114,100** MAQUINAS DE ESCRIBIR "Underwood"

El Instituto Comercial del Perú (Pando 774 & Amargura 983)

consecuente con su programa de adquirir los mejores útiles para su enseñanza, posee salones con 60 Máquinas de Escribir «UNDERWOOD», donde sus alumnos hacen práctica de Mecanografía.

VENI — VIDI — VICI 1904 A 1928

21,600 "Underwood" vendidas en el Perú en 25 años.

LEMARE & Co. Representantes Exclusivos.

VILLALTA 220-224 LIMA



Jabón de "Esquivel"

(CHANCA Y)

DE VENTA:

En Lima, señores A. Dammert
& Co.

En los Departamentos del Nor-
te, Sr. Max Bamberger
Santolalla, Pacasmayo.

En Huancayo, para la sección
del Centro, Señores Risco
Mc Kenzie, Huancayo.

En Huacho, Señores Herrera é
Hijo.

Se suplica fijarse en el sello,
para evitar falsificaciones

Pruebe su duración comparándolo con
cualquier jabón de lavar.

CAJA DE AHORROS

Fundada el 1° de diciembre de 1868

ESTABLECIDO EN 1868



RECIBE DEPOSITOS DESDE

UN SOL

En sus oficinas de:

LIMA

Divorciadas, 633 Malambo, 581

LA VICTORIA

Avda. Santa Teresa, 1065

CALLAO

Arsenal, 33.

BANCO INTERNACIONAL DEL PERU

ESTABLECIDO EN 1897

Capital..... Lp. 400.000
Reservas..... „ 72.000

Giros sobre todas partes del mundo.
Préstamos sobre valores
Avances en cuenta corriente.

Cobranzas

Recibe depósitos y abre cuentas co-
rrientes en todas las monedas

Descuentos.

Recibe en su "SECCION AHORROS"
entregas desde UN SOL.

Paga el 5% de interés anual

—◆—
Calle de JESUS NAZARENO

bilidades de éxito, abandonó a Vásquez Cobo, y se plegó a las huestes del clásico poeta. La medida no tardó en causar sus efectos en las filas de Vásquez Cobo; más como la popularidad de éste pareció que creciera en esos días, en virtud de ciertas declaraciones de Valencia que, sin duda, por el ánimo de atraerse las fuerzas liberales, ofrecía durante su Gobierno, la preponderancia civil sobre el clero; es decir, aparentaba reivindicar el patronato del Estado, el inquieto Monseñor Perdomo, no vaciló en cambiar nuevamente de orientación política y en ofrecer otra vez a Vásquez Cobo el apoyo de su alta investidura. No quedó ahí, sin embargo, la vacilante actitud del Arzobispo: días antes de las elecciones, quitó su apoyo a Vasquez Cobo y renovó su adhesión al poeta Valencia.

Mientras tanto, los liberales anhelaban levantar la consigna de abstención. Varios eran los candidatos y no era quizá el que menos corriente de opiniones atraía, el Ministro de Colombia en Lima, don Fabio Lozano T. Su prestigio indiscutible de estadista, esa serenidad de juicio, innata en todo hombre de Estado, que caracteriza al Excmo. Sr. Lozano lo hacían ante la opinión liberal de Colombia el hombre más capacitado para ocupar la Presidencia de la República.

Factores de última hora que no es del caso explicar en estas breves líneas, hicieron que los dirigentes liberales ofrecieran esa candidatura ya en los primeros días de Diciembre, al Ministro en Washington, Sr. Olaya Herrera. La proposición desconsertó a Olaya; hacía muchos años que permanecía alejado de la política activa y no deseaba sacrificar, tampoco, a su partido. Solo en Enero, es decir, días antes de las elecciones y sin tiempo casi para preparar una campaña, aceptó Olaya la postulación. Lo hizo con gran habilidad política: se ofreció al país, no como genuino liberal, sino como candidato eminentemente nacional; ofreciendo actuar con todos los elementos de bien que quisieran acompañarle y posponiendo los problemas políticos a los técnicos o nacionales.

Esta declaración iba dirigida, como se comprenderá, a una gran masa de opinión disgustada por las «coqueterías» de Monseñor Perdomo y a otra no menos importante formada por el descontento de un partido que gobernaba desde hacía más de 40 años y que no siempre pudo satisfacer los deseos de todos sus correligionarios. No por eso dejó tampoco de ser sincera esa declaración; la ausencia de muchos años del país y la visión de Colombia a través de Washington, debían producir en la mente de Olaya el deseo de hacer política nacional y no partidarista.

Las elecciones de Febrero dieron el triunfo, como se recordará, a Olaya Herrera. Obtuvo una mayoría de más de cien mil votos sobre Valencia y mayor aún sobre Vasquez Cobo; pero en cambio sólo consiguió el 40% de las fuerzas totales del país. De no producirse la división conservadora, Olaya, ni ningún otro liberal, hubiera llegado al poder.

No faltaron los eternos agoreros de sistemas caducos en anunciar que el partido liberal no asumiría el Gobierno; ni se silenciaron las voces de aquellos que, como en el caso de Herrera, anunciaron su propósito de no rendirse ante el cómputo de unos cuantos papelitos..... Pero esas voces no encontraron eco esta vez en la opinión del país y menos en las mentalidades superiores de Valencia y Vasquez Cobo. El primero anunció a los pocos días de conocerse el triunfo de su contendor político, que cualesquiera que fueren esas posibilidades que se anunciaban, sus partidarios debían acatar el resultado de las urnas, y públicamente se dirigió al Presidente electo felicitándole por su tan brillante triunfo. El cable nos acaba de anunciar en días pasados que el General Vasquez Cobo — en la actualidad reencargado de su puesto en París — se apronta para incorporarse al Senado de Colombia y actuar personalmente en la trasmisión del mando.

Colombia ha ofrecido un bello ejemplo de democracia a América. Ojalá impregne lo suficientemente la mentalidad política de nuestros pueblos y se pueda al fin as-

pirar que esa honesta lección de civismo encuentre imitadores. Y obsérvese que en Colombia han sido los dirigentes políticos los que han ahogado aspiraciones malsanas. La lección vino de arriba y el pueblo supo escucharla.

CARLOS NEUHAUS UGARTECHE.

Notas

Notas

LA PEDAGOGIA REALISTICA COMO TEORIA DELL'EFFICIENZA, por *Guido Della Valle*. — SOCIETA AN. EDITRICE FRANCESCO PERELLA, NAPOLI 1925.

"La Pedagogía es la visión integral de toda la vida humana en cuanto ella es creación y adquisición de valores o, por mejor decir, producción y reproducción de valores" (p. 179). Por lo tanto toda concepción pedagógica requiere, como cuestión previa, una investigación filosófica sobre el valor en sí mismo. Gran parte de la obra de Guido della Valle está constituida por esa investigación y el libro de que hoy nos ocupamos no es sino una feliz aplicación de sus resultados.

El esfuerzo de Guido della Valle consiste en emancipar los valores de la simple empiria, en erigirlos como fines trascendentes, en hacer de ellos una esfera independiente y eterna hacia donde se oriente la inquieta multiplicidad de la vida meramente psicológica. Arduo esfuerzo que prolonga el empeño secular por salir de la fugacidad y de la desarmonía inherentes a esa realidad indefinible y profunda que se llama el Tiempo.

No queremos criticar la doctrina del autor y decir que ella, como todas las que le son afines, no hace sino enfrentar un hecho (la existencia de valor) a otro hecho (la existencia empírica del tiempo) y que así, colocándose a su pesar en el terreno de los hechos, es incapaz de justificar el carácter normativo, absoluto del valor.

Queremos decir solamente que, admitida la presuposición filosófica acerca del valor, no pueden ser más interesantes las aplicaciones que hace de ella Guido della Valle al campo de la pedagogía. *Labor* y *Valor* son los elementos de esta disciplina que no es la simple educación sino, en cierto modo, la ciencia destinada a impregnar la vida en el sentimiento del valor y a dotarla de la capacidad de realizarlo. Por eso es la teoría de la eficiencia.

Valientes y justas son las objeciones que formula Guido della Valle contra la orientación que el Fascismo ha impuesto a la educación en su país y, que pretendiendo resucitar un pasado ya muerto, desconoce la verdadera tradición cultural, la continuidad viviente y fecunda del verdadero espíritu italiano.

MARIANO IBERICO.

EL ÚLTIMO PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Thomas Mann, a quien la Academia sueca ha conferido el premio Nobel, pertenece, con su hermano Heinrich, al grupo de escritores que en Alemania representa un altísimo ideal europeo de paz y solidaridad continental. Contra arraigadas exigencias de un exclusivismo tradicional, los dos grandes novelistas trabajan, sobre todo después de la guerra, por dilatar el radio de la conciencia popular alemana y hacerla servir a los intereses de una cultura universal y humana. Sin embargo los dos hermanos han seguido una trayectoria distinta de la evolución de sus ideas políticas y el desenvolvimiento de su obra literaria. La de Heinrich, recta, firme, uniforme desde su iniciación, la ha mantenido siempre en su actitud revolucionaria e intransigente; la de Thomas, influida por el curso de los últimos acontecimientos y el cambio de las ideas suscitado por la guerra, ha ido desde la derecha tradicional nacionalista a una izquierda en que coincide desde muchos aspectos con la ideología revolucionaria de su hermano.

Nacidos en Lübeck, donde han desarrollado su talento y sus aptitudes, educados dentro del mismo medio familiar, sufriendo por igual la influencia hanseática del espíritu regional y de su madre, una brasileña apasionada por la literatura y la música; diferencias de conformación intelectual, de carácter y temperamento han impreso en la actitud y en la obra de cada uno un sello particular y distinto. Mientras Heinrich se ha orientado en una dirección racionalista, Thomas ha seguido el impulso vital de su instinto y de su naturaleza esencialmente afectiva. El primero se ha inclinado a la tradición latina, el segundo a la germana; Heinrich ha visto siempre en la destrucción de las formas feudales la única salvación de su pueblo; Thomas ha buscado esta salud en el resurgimiento de las viejas energías; aquél cree en la eficacia revolucionaria de nuevo orden, éste se limita a acatar el régimen existente y predicar su aceptación en bien de la paz y del destino de Alemania. Para Heinrich, el malestar de Europa deriva del predominio de la

masa industrial. En la última guerra, mientras los pueblos se aniquilaban, los industriales adquirían un poder limitado, gobernaban el mundo y fundaban la dictadura de la fuerza. Este gran poder dominador y autócrata debe ser demolido y, sobre sus escombros, instaurarse un régimen más justo y humano: la dictadura de la razón, que ha de unir en lo futuro todos los nacionalismos europeos en una gran patria común. Thomas, sin abjurar su fé en la cultura germana, sin renegar de su ideal pangermanista, aboga hoy por la república, única forma salvadora que puede hallarse en el presente contra la anarquía y la barbarie, pero una república conformada dentro del concepto de hermandad entre las naciones que predicó Walt Whitman.

La obra de ambos se realiza en el arte. Pero mientras la de Heinrich se adhiere a la tradición latina y se reclama de la herencia realista de Balzac, Stendhal Flaubert y Zola, la de Thomas encuentra su contenido y su espíritu en una vida rica de emoción y de experiencia. La de Heinrich es más objetiva e impersonal; la de Thomas, más lírica y humana. En Heinrich, el yo permanece ausente de su obra, sus personajes viven una vida independiente y no reproducen jamás el alma del autor; en Thomas, su obra es el mismo, y su espíritu en lo que tiene de más individual e inconfundible la anima y vivifica con el contenido de sus emociones, de sus recuerdos y de su experiencia. Heinrich alienta una marcada predilección por lo grande y lo heroico; Thomas, por lo humilde, lo que sufre, el amor, el sacrificio, la muerte. El primero invoca la demolición como único medio de salud; el segundo el resurgimiento de las energías acumuladas por la raza. El uno es revolucionario; el otro conservador. Sin embargo, Thomas es también, en cierto modo, un revolucionario. Sólo que la revolución para él debe surgir sin violencia del fondo mismo del espíritu popular al conjuro de elementos y recursos que viven latentes en la tradición y en la cultura.

Aunque la obra de Thomas no tiene la recia y firme arquitectura que presenta la de su hermano, aventaja a la de éste en riqueza interior y profundidad de análisis. En su conjunto se nos aparece como una gran novela autobiográfica, cuyo marco es la vida de su época. Todos sus protagonistas, bajo nombres diferentes, reflejan la personalidad del autor. Christian y Thomas Buddenbroock, Johann, Tonio Kreger, Spinell, Aschenbach, Félix Krall reproducen diferentes aspectos del mismo Thomas Mann, y casi todas sus novelas son trozos de la vida social de las ciudades hanseáticas. *Buddenbrooks* abarca cuarenta años de esta historia, y en ella desfilan, junto con los hombres y los acontecimientos, cuanto la tradición y la memoria ha acumu-

lado en casi medio siglo de vida lugareña: luchas, rivalidades, intrigas, fiestas, duelos, bodas, bautismos, aniversarios, días de prosperidad y días de desgracia.

En esta gran historia circula el sentimiento trágico de un mal que compromete la salud ya quebrantada del pueblo. *Buddenbroocks*, *Tristán, Königliche (Su Alteza Real) Der Tod in Venedig (La Muerte en Venecia)*, *Tonio Kreger, Der Zamborg (La Montaña Encantada)* son la más patética expresión de esta crisis que el autor presenta en sus aspectos más variados e interesantes. Ya es la perturbación que en el seno de una sociedad burguesa producen las transformaciones sociales y morales de la época; ya el desorden generado, en una familia apegada al bienestar material de una vida cómoda y sin inquietudes, por la pasión de la música que de pronto la invade; ya el tronco caído, decrepito, agotado de una familia aristocrática que languidece y se consume, y que sólo salva con el ingerto de sangre joven y rica que llega de otros climas; o la tragedia de un artista que ha sacrificado la vida a su arte, en que la vida se venga arrastrando al protagonista al placer de una existencia desorbitada y tumultuosa; o bien el mundo atormentado de un sanatorio cuyos asilados venidos de toda Europa son el retrato fiel de un organismo doliente en trance de morir.

El tema que absorbe a Mann es, pues, la burguesía y su decadencia. Esta decadencia, sin embargo, no es para el novelista, un signo de aniquilamiento. Mann tiene fé en las raíces profundas de la clase, en sus energías latentes, en las reservas de la raza. Crisis de crecimiento, es, según él, estado de transición cuyas causas es necesario estudiar. Entre todas sus obras, dos libros de la guerra, *Friederich un die grosse Koalition (Federico y la Gran Coalición)* y *Betraechungen erines Unpolitischen (Pensamiento de un hombre apolítico)* abordan especialmente este problema. Para Mann, la salud del organismo vendrá o de la crisis misma, cuando las fuerzas vivas de la nación reaccionen, o bien de una disciplina que encauce en vías auténticas de moralidad y orden el torrente del *demonismo* germánico.

Pero, sobre todo, Thomas Mann es un artista. Bajo su pluma, la vida de la clase media alemana, verdadero protagonista de su novela, que lucha desesperadamente contra la disolución, adquiere en su obra los caracteres de una gran epopeya. Pocos escritores contemporáneos han logrado dar tanta animación al relato, tanto colorido a las descripciones, tanto relieve a los personajes. En cuanto a la forma no ha innovado nada. Pero ha tenido el talento de unir en su estilo, a la precisión lógica del arte latino, la vaguedad profunda, misteriosa, sugerente del alma germana. La arquitectura de su novela es esencialmente musical. Un *leit motiv* ondula en cada uno de

sus libros, rítmicamente, desde la overtura wagneriana en que ensaya por lo general una visión de conjunto, hasta el final, siempre conmovedor y patético. Su pasión por la música ha dejado las páginas más hermosas. Ellas sugieren el amor a la muerte, y a menudo un ritmo interior lleva estos dos motivos a una unión secreta y misteriosa. Y es que para Mann, amar es una manera de morir en este avatar incesante de renovación que es la vida.

ALBERTO URETA.

ENRIQUE DAMMERT, EN BOLIVIA. — En "El Diario" de la Paz de 24 de abril encontramos el siguiente artículo:

"Enrique Dammert Elguera, joven escritor Peruano de Vanguardia, encuéntrase de paso en La Paz".

Estas marejadas cambiantes del periodismo traen a veces a nuestras tierras ofrendas ricas en sensaciones que se alargan como brazos cordiales en el día.

Así, pleno de juventud, cordial y sencillo, nos visita ahora Enrique Dammert Elguera, joven escritor de vanguardia del Perú, traído por las manos presurosas de la inquietud y que acaso ha querido renovar los colores de su paleta adquiriendo las tonalidades magníficas de nuestro paisaje, o la transparencia cristalina de nuestro cielo, o talvez las características ásperas de nuestras montañas que parecen prolongarse en su adustez sobre los espíritus indiferentes de nosotros los andinos.

Dammert Elguera es uno de los redactores más entusiastas y que mejor se perfilan desde las columnas de "NUEVA REVISTA PERUANA", abarcando interpretaciones artísticas desde planos totalmente originales; acaso una novísima configuración de los fenómenos que reglan esta vida de hoy, tan llena de nervosismo, de "jazz-band" cocktail — dancing" y de realizaciones de un maquinismo que se supera minuto a minuto portentosamente.

Agil, irónico, sin descuidar el matiz sentimental que hace amable y grato el recuerdo, Dammert Elguera posee la habilidad estética del comentarista contemporáneo. Y sabe ser atrayente; complejo en la arquitectura de sus dibujos; a veces, frívolo, porque así lo exige la intrascendencia emocional y otras agudo como una daga que perfora la carne blanda de esta humanidad atónita espiritualmente pero recia y pujante en el materialismo delicioso de su inconsciencia de "subway" cuyos rieles acaso se cortan bruscamente frente al abismo.

Decimos que es interesante la figura de Dammert Elguera, porque interpreta en manera muy personal su panorama

de visiones móviles. No es ya la descripción, cansina y pedestre del "croniqueur" abrumado por los moldes clásicos, ni la emoción rutinaria del que no pudo salir de los cuatro horizontes de las lecciones escolinas, sino la expresión despojada del sentido imitativo. Dammert Elguera es un "valor nuevo" de las letras peruanas y el ver su nombre junto a las maduradas composiciones de Luis Alberto Sánchez, Jorge Basadre, Alberto Ulloa y Alberto Ureta, es ya un promisor índice de bonancibles posibilidades futuras.

Bienvenidos estos huéspedes que como Dammert Elguera nos traen la proximidad de una fina comprensión artística, y que en medio de trazos humorísticos y perfiles que encierran sabios contenidos de impresión, nos dan la emoción fresca y a la par profunda de poder contemplar a auténticos valores de vanguardia.

F. DIEZ DE MEDINA

EL NUEVO INDIO por *J. Uriel García*. — Cuzco, 1929.

J. Uriel García ha interpretado en este libro magistral y originalísimo, hasta las más agudas vibraciones del alma de los Andes.

Lo indio ya no es una cuestión de raza. Es una cuestión de espíritu. «La raza limita y separa. El espíritu funde, unifica y ondula el universo». Para llegar hasta el espíritu hay que ponerse frente a todas las manifestaciones de la vida tan variadas en la sierra «una cárcel que como toda cárcel tiene perenne el deseo de libertad».

Ese anhelo casi freudiano de liberación se manifiesta en el huaino de la puna y en el poncho multicolor en lo más oscuro de la conciencia del hombre o en la estética desconcertante del mar pajizo de una pampa Kollavina.

En el fondo del alma del indio está arraigado el culto al apu lugareño. El culto al paisaje que se ha impregnado en la conciencia como en una placa fotográfica. El apu que más tarde se ha de comprimir o simbolizar en el totem que está formado por «voluntades telúricas que para siempre han trazado el destino humano». En el culto al apu se manifiesta la fatalidad de ser indio. Librarse del paisaje — que es casi su alma — es el anhelo más ferviente del serrano. Esta es su tragedia. Casi su agonía.

El incario realiza el tránsito del apu al sol. Así se debilita el localismo. El papel de los Incas es, pues, intelectualizar, generalizar, ya que intelecto es transmisión — la cultura primitiva.

En la vida indiana además existen cuatro elementos volitivos. Anti, cunti, chincha y kolla, que son antes que regiones

geográficas «estados de alma». El anti es el Oriente. Cuna o cumbre de la civilización. El cunti es la puna, espacio aislador, más perpendicular que horizontal cuya fatalidad es separar. En la puna se formó el alma de la raza, esquiva, hermética. Puna-runá llaman los indios al hombre huraño con un máximo de rusticidad. Así como el ambiente de la puna invita a estar triste su topografía invita a la emboscada, de aquí que el homicidio y el robo en la puna sean casi unos deportes. Los pueblos de cunti son también como los hombres «cerrados, avisores y en perpetuo sobresalto defensivo». El paisaje kolla es menos realista, más metafísico. Es el paisaje de las pampas abiertas cuyo lenguaje — que tanto influyó la arquitectura colonial — es el de los monolitos tiahuanacuenses. Antítesis de estas regiones, opuesta a su sino, casi un contraste, es la región chinchá, el lado del mar — «que convierte la dramaticidad del espíritu serrano en blando regocijo de formas y colores», que pule sus aristas bruscas, que lo caricaturiza, que hace comedia de su tragedia. Por eso es la costa «espacio muerto», «tierra claudicante».

La conquista es ante todo un fenómeno espiritual. «Una tragedia que conmueve así a los invasores como a los invadidos», Waldo Frank por eso al referirse a ella dijo ya, que España vino a América en busca de almas como Inglaterra vino en busca del carbón. En la conquista chocaron dos razas, se produjo el cataclismo al que sucedió una lenta reacción. El español en los Andes tuvo que cambiar. Don Quijote se transformó en Francisco de Carvajal. El corpus se alió con el Inti-raimi y el arte europeo se dejó influenciar por los motivos autóctonos. La colonia, dice por eso Uriel García, es una restauración nacional. Más que restauración en la colonia se nota un equilibrio, en el que a veces domina y de tiempo en tiempo uno de los factores. Al finalizar el virreinato se rompe la ecuación. Lo neo-indio, lo mestizo ha vencido por completo. Garcilaso, Espinoza Medrano y Tupac Amaru «casi volcheviques» representan tres estados los tres puntos más marcados en esta curva espiritual.

Así nace el espíritu neo-indio. En el pueblo mestizo. En el alma de la chola que presenta síntomas de gran vitalidad, de vigorosa juventud espiritual. En la aldea serrana tan original y sobre todo en la chichería — «que no es una lepra de la nacionalidad» sino la caverna, el horno, donde se funde la historia, el porvenir. De la chichería han salido desde los mayordomos de las festividades religiosas hasta los más grandes caudillos militares. La chichería viene a ser, pero con más vitalidad, lo que los cafés bohemios de Madrid

¿Y cuál es el espíritu neo-indio? ¿Cómo conseguirlo? No

no se puede volver a lo incaico, porque la cultura no puede regresar hacia sus fuentes. Lo incaico es lo muerto, lo realizado, lo indiano « es el problema a realizarse », lo indiano es sobre todo el espíritu que palpita en el continente y que está sujeto a perpetuo cambio y renovación.

El autor de *El Nuevo Indio*, tan americanista, ha reunido con mano experta los puntos más salientes, las manifestaciones más saltantes de lo indio y con gran imparcialidad ya que, como dice, ha visto las cosas desde donde está: ha hecho una profesión de fé en el papel de los Andes en la nueva América.

MARIO ALZAMORA VALDEZ.

Lima, Mayo de 1930.

EL CRIMEN DE VERA MIRZEVA, drama por L. N. Urbancev.— Traducción de F. Accame y R. Lahoz.—Editorial Maucci, Barcelona, 1930.

Cuando Urbancev publicó su drama, posiblemente no buscaba en el público emoción, sino comprensión. Emocionarlo presuponia arrebatos líricos efectitas, que repugnan a un criterio estético de relativo valor. Era el suyo pues un intento, sobre todo, de sugerir. De manera que si no aspira a un contenido social sino en la medida que este contenido es necesario a su obra, hace algo igualmente interesante: radiografiar las almas pequeñas de un sector aristocrático. No critica; pero constata. Es por esa hendija que Urbancev se nos podía escurrir. Porque ¿es qué fustiga o confiesa? Constatar con mesura, pesando pro y contra, equivale a centrismo. De donde la necesaria ubicación de Urbancev: centrista. Y esa es su primera falla, porque a mi juicio, en la hora de inquietud sin meta en que vivimos, es particularmente simpático todo apasionamiento por problemas vitales. Vivir en espectador puro, desvinculados de una realidad exorbitante, implica una traición al momento histórico y por ende una traición a sí mismo. En estas condiciones la actitud del dramaturgo tiene que poseer cierto hieretismo de arrostrador. Y hace sicología. Cuando un autor determinado gusta de hacer sicología, se le puede señalar desde ya su individualismo, sobre todo, si el análisis no está en función de una fé orientadora, primordial, Dostoyewski se daba así mismo en el desequilibrio de sus personajes. Urbancev destruye la homogeneidad del grupo social, porque no maneja masas, sino individuos. Para él, cada uno está solo en la vida y lleva tras sí una cauda de tiempo, vale decir un haz de intereses, hechos sueños. Cada uno es profundamente distinto de los demás y sólo se unen todos cuando median intereses pueriles acaso, pero intereses al fin. Y únicamente por el lado en que los intereses concuerdan

en una manera general, pues cabe aún la divergencia en los detalles. De manera que los hombre se hallan pavorosamente alejados entre sí, rodeándose entre sí, acaso empeñados, como los astros, en un inútil rodar sin término. Urbancev acentúa su individualismo al preconizar, por orgullo quizá, una moral única, una única sanción: la propia. Si para Bernard Shaw la idealización del interés es la moral, para Urbancev debe tener como fundamento la exaltación integral de la personalidad. Estas ideas se desprenden del trazo íntimo de sus personajes. Toscos en el fondo, de personalidades irreductibles, capaces de rudas rozaduras, viven una vida sin sentido, al acecho de sus deseos y la manera de realizarlos, en un desolado egoísmo. Este medio sin embargo no es el pretexto del libro, sino más bien el pretexto de un personaje. Por la preferencia que para él demuestra, representa, a lo mejor, lo que el autor hubiera querido ser. Al decir de un crítico, el contenido dramático de las obras de Ibsen es la lucha del individuo con el medio. De donde, el medio es en aquel un adversario. En cambio en Urbancev es el pedestal. Limita, pero en cierto modo exalta también. Ese poder suyo reside en su pequeñez. En este sentido el teatro de Urbancev obedece a una fórmula, que luego ha de superar no en elevación sino en profundidad. Vencerla en cima y hondura estaba reservado al mismo Ibsen, por ejemplo. Sin embargo su escepticismo pulido y acre, dolido e inaccesible, desesperanzado de una sociedad más justa y amargamente satisfecho de la presente, se deduce por su habilidad en el sondaje. Original cuando hace sicología, a veces vulgar en sus recursos escénicos, necesita una dosis de desaliño para ganar un poco de la maravillosa vitalidad de Fadeiev. Urbancev brilla, pero agoniza. Se eleva, pero se consume. Es como si fugara a otro mundo quemando las neves que lo vinculan a su realidad.

Vera Mirzeva ha matado al abogado Yegin, porque aquel amenazó enseñar unas cartas a Mirzev, su esposo, si no le daba una cierta cantidad de dinero. La cosa ocurrió de repente, sin transición y en una disputa. Vera sabe que Yegin gustó de acumular hechos negros en su propia historia, y siente asco de haber sido amante de aquel hombre. En el fondo ella se absolvió ya de su crimen. Por lo demás, el delito ha quedado en el misterio, aunque Miguel Starobelsky, famoso juez y amigo íntimo de la casa, se haya encargado de la investigación. Vera actúa en un medio trivial, egoísta y carcomido; nada importa que tenga «un concepto y modo de pensar firme y propio sobre determinadas cosas», porque tiene que reservárselo para sí sola «temerosa de que no la comprendan». Y les hace teatro a los otros, y expresa ideas y sentimientos contrarios a sí misma de manera

que todos la toman por lo que descubre y no por lo que realmente es. Su tragedia es esa. Y es su trágedia, sobre todo, porque la hiere en su orgullo.

Simultáneamente debe atender a sus diferencias conyugales. Alejo Mirzev, su marido, tan orgulloso como ella, no ha dicho una palabra, ni una queja de la separación que ella propuso por cuestiones sin mayor importancia. Pero una noche tomada la decisión de marchar a Siberia, cree haber adquirido en un año de silencio el derecho de hablar. Entonces le manifiesta su profunda adoración por ella y el sacrificio que por ella hace. Y sale. Ella quisiera enlazarlo e irse con él, pero ha matado a un hombre.....

Sin embargo, el único apoyo de Vera es Alejo. Lo busca y le teme. Lo sondea y lo insulta. Los demás la solicitan entretanto con lo que cree alusiones a su crimen. Que la vieron con Yegin en Italia, que han visto entrar a la señora que lo mató, etc. Exacerbada Vera juega con su desesperación, por desesperación acaso. Contenida con el dique de su orgullo su tragedia interior la tortura y no dice una palabra. Pero es como si estuviera, sin quererlo, arrastrada por sus corrientes interiores. Tornada la situación insostenible decide marchar al extranjero con su marido. Miguel ha sobreesido el juicio. Se lo comunica como quien ofrenda un gran favor. Buen problema para un juez. Lo legal era condenar a Vera. Lo justo no acusarla. Y él se decide por lo último. Pero, a lo mejor, en esta decisión han pesado factores — amistad, etc — que fueron, quizá, más importantes que la propia convicción.

El último día viene Pobiargin. Sospechando de Vera, la interroga sobre si ella mató a Yegin o no. «Era necesario —dice — que sea una persona orgullosa, soberbia como es usted». Pobiargin teme acusarse a sí mismo del crimen si no descubre al asesino. Sabe que, acaso, él se identificó en el deseo de matar al abogado. Nada consigue y se marcha.

Vera guardaba su verdad en un rincón de sí misma, empeñada entre tanto en fingir lo que no era. Desquiciada por el último embate, le revela a su marido cómo mató a Yegin. Este hecho permite al otro poseerla como nadie, y sobre todo identificarse entre sí, fabricando su felicidad sobre una tragedia. Entonces se marchan — fugan — estupendamente generosos y egoístas, vencedores y vencidos, orgullosos y humildes.

ROBERTO NEVES VALDEZ.

Encuesta I de N.R.P.

LO QUE APRENDEN NUESTROS HIJOS

RESPONDIENDO A UNA ENCUESTA DE N. R. P.

1).—*La enseñanza mediante los textos.*—Después del maestro, que aporta su poder personal sugerente y vivo para la educación, son los libros, dentro de la didáctica escolar, los instrumentos más valiosos para el desarrollo de los programas y del plan de estudios.

Pero de la apreciación de su utilidad, a destinarle un poder absoluto existe una enorme distancia. He ahí, precisamente, el error de la escuela clásica, que nutrida en el método escolástico consideraba al texto como el «todo» en la enseñanza, y reducía la función del maestro de la simple «toma de lecciones», en una labor pasiva de subordinación y anulación de su conciencia docente y la de los alumnos, como consecuencia de dicho régimen, a ser meros repetidores memorísticos.

Una crítica de tan absurdo sistema, junto con el auge de las teorías intuicionistas de Pestalozzi y Rousseau, y el desarrollo enorme de las ciencias naturalistas que en el siglo último apasionaron tanto al espíritu de observación, emprendieron una tendencia hacia la completa abolición de su uso dentro de la escuela para dar paso al sistema directo de la objetivación y de la exposición verbal.

Nuestros pedagogos incurren todavía, tanto en las escuelas primarias como secundarias, en el defecto extremoso aquel de la servidumbre ciega al texto; y, cuando infatuadamente destierran su empleo en las lecciones, generalmente lo sustituyen con los dictados monótonos o con las copias áridas, que significan el recargo bárbaro de un trabajo agobiador para las débiles fuerzas en la tarea nociva de una escritura mecánica o de una redacción inútil, en vez de dirigir todas las energías del educando hacia el aprendizaje que signifique el mayor rendimiento pedagógico; y, sin que pueda asomar, en ningún momento, el valor del intuitivismo y del juego «mayerúico» ideado

por Sócrates consistente en hacer nacer la verdad con un libre esfuerzo de la inteligencia.

En consecuencia, falta pues, la comprensión del verdadero papel que debe desempeñar el texto en el proceso de la enseñanza.

2). — *El antipedagogismo de los textos en uso actual.*—Los libros colocados actualmente en manos de nuestros hijos están plagados de fundamentales defectos pedagógicos, originados por dos conceptos anticientíficos y rutinarios: «El niño como un hombre en miniatura», y «El hombre enciclopédico como tipo del instruido». Por lo primero, se cree que el conocimiento debe suministrarse en *cantidad* proporcional a su tamaño pequeño y a su corta edad. Y entonces los libros deben ser: resúmenes de los conocimientos, verdades achicadas, cortadas como la tela del vestido para los cuerpos diminutos, pensamientos truncados y disminuídos en capacidad; pero, de idéntica naturaleza y del mismo comercio de los adultos.

Por lo segundo, existe el afán de continuar el propósito intelectualista que fabrica al hombre instruido correlativo del docto en todas las materias, como lo fué en la época de Carlo Magno y siglos medioevales. Para ello, los textos en una funesta trasgresión, contienen las definiciones de todas las cosas, son pequeños diccionarios de superficialidad, almacén de palabras incongruentes, nominación esquemática de los objetos, empeño definidor de la esencia, que siempre escapa a la inteligencia tierna.

La mayor plaga, en este sentido, son los *Rudimentos*, que colocados ante la curiosidad mental de los niños, les presenta productos digeridos e inasimilables, remedos de los pensamientos elaborados por los cerebros adultos pero que nada hablan al cerebro infantil, porque ante la abstracción que es la base de la definición y del resumen, aquel permanece perdido y completamente caótico.

El resumen, para ser útil, debe ser producto del espíritu que analizó y fué capaz de sintetizar. Así procede la mente en la elaboración del conocimiento. La definición es una abstracción sintetizada que por tener valor, necesita haber sacudido la inteligencia en sus diversos procesos desde la sensación y la concreción hasta la discriminación analítica, la totalización y la expresión. Más, en nuestros libros solamente se presenta a la inteligencia el aspecto final sin las bases necesarias, en forma mutilada o incompleta. Esos famosos «Rudimentos» en manos de nuestros hijos los conducen a la aspiración de eruditismo banal, del conocimiento de oropel, de la sabiondez a la violeta, y a la vanidad de lucir «palabras raras», muchas veces incomprendidas ni siquiera adivinadas, porque, el afán principal es almacenar nombres técnicos en cantidad suficiente, como solía em-

peñarse con las palabras latinas en la enseñanza antes del admirable esfuerzo de los Portroyalistas o jansenistas.

Así, nuestros «Rudimentos» son el exponente más fiel y rotundo del escolasticismo, que tiende a colocar las palabras en vez de las ideas, a pesar de que Plutarco, ya había proclamado con vigor, hace muchos siglos: «El alma no es una ánfora que llenar, sino, un hogar que calentar», y de que el genial moravo Comenius, había recordado: «En vez de mostrar palabras que son las sombras de las cosas, debe presentarse a los alumnos los mismos objetos, en las rientes páginas abiertas de la Naturaleza».

Es fácil dirigir la vista a cualquiera de nuestros textos en uso actual para comprobar esos capitales defectos anotados. Muchos de ellos tienen el pecado original de los programas y planes de estudios, tan exigentes en el sentido de la abundancia cuantitativa de los conocimientos. Pues, desde el primer libro de Lectura puesto al alcance de los escolares más tiernos, hasta los resúmenes para los alumnos más adelantados de instrucción secundaria, todos ellos, encierran un propósito de aridez, de esquematización, de resumir abstrayendo las ideas más concretas o sensibles, que en vez de despertar el deseo de la lectura o el amor hacia ella, crean la natural fatiga y repulsión.

Mucho del impulso común de nuestros alumnos, que después de los exámenes suelen ramatar sus libros a vil precio obedece, a no dudarlo, al espontáneo sentimiento de venganza contra el instrumento de tortura y el sistema de suplicio de su inteligencia.

3). — *Verdadera función del texto.* — Si los libros son necesarios como medios de aprendizaje, es preciso saber: ¿Cuál es el rol que se les debe encomendar? Ligeramente se puede señalar lo siguiente: ayudar a pensar, sacudiendo el juicio y los poderes mentales del estudiante, auxiliar en sus dudas, conduciéndolos a la investigación personal mediante el análisis de las causas y sus efectos, de los principios y sus consecuencias, y demostrando así las múltiples ramas del Saber; colaborar en la función docente, sirviendo de auxiliar, pero nunca de sustituto o reemplazante; aconsejar en todo instante, puesto que puede acompañar al alumno a todo lugar y circunstancia en que se encuentre; y, despertar el amor a la lectura, a la noble preocupación intelectual, al deleite del espíritu y a la avidez cultural.

Conforme con el concepto del pedagogo americano Parker: «Los libros son auxiliares, no tiranos; y los discípulos y los maestros no deben ser sus esclavos. —Del contacto directo con los hechos, el discípulo suele sacar sus conclusiones, para memorizar menos y pensar más».



Fred T. Ley & Cia. Ltd.

CONSTRUCTORES DEL
NUEVO EDIFICIO

DEL

BANCO ITALIANO

LIMA · PERU

Sastrería Fuentes

CALLE PIEDRA, 381

CONFECCIÓN DE TERNOS EN 12 HORAS

CORTE MODERNO TRABAJO ESMERADO

EXACTITUD Y ELEGANCIA

Ultima novedad en vestidos estilo sastrer
para señoritas.

CASIMIRES NACIONALES Y EXTRANJEROS

CORTES DE ABRIGO Y PANTALONES DE FANTASÍA

A PRECIOS SIN COMPETENCIA



BOTICAS EL INCA

"CASAS DE CONFIANZA"

la organización en drogas mas grande del Perú

*Se acusa
tiene el
público en
nuestras
BOTICAS*

*Se acusa
tiene el
público en
nuestras
BOTICAS*

Compañía de Seguros

“LA NACIONAL”

FUNDADA EL AÑO 1904

Contra Incendio

Riesgos Marítimos

Accidentes de Automóviles

Accidentes del Trabajo

OFICINA:

BANCO DEL HERRADOR No. 559

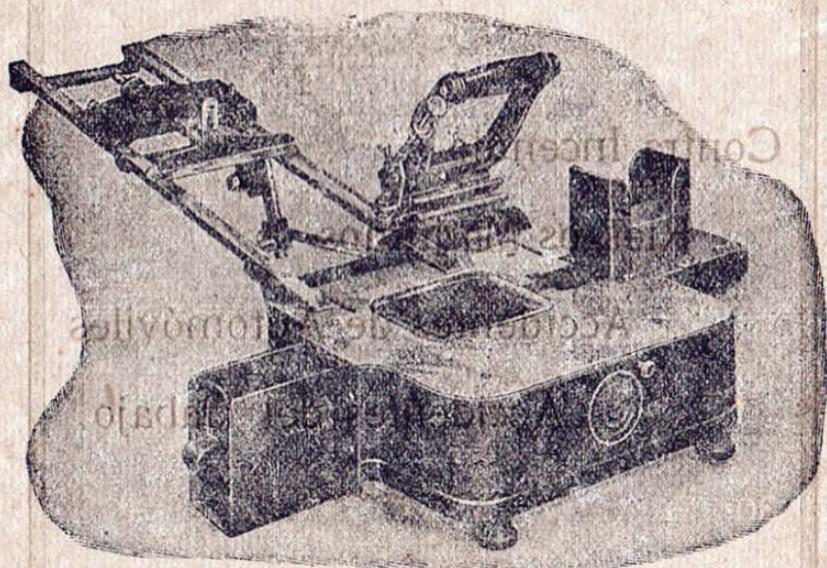
TELEFONO No. 1304

AGENCIAS EN TODA LA REPUBLICA

ADREMA

LA MAQUINA POR
EXCELENCIA PARA
IMPRIMIR DIRECCIONES

INDISPENSABLE PARA TODOS LOS QUE PERIODICA-
MENTE ENVIAN DIARIOS, REVISTAS, CIRCULARES
DE PROPAGANDA, HACEN PLANILLAS Y SO-
BRES DE PAGO, EMITEN RECIBOS Y
OTROS SERVICIOS ADMINISTRATIVOS



MEJORA, ABARATA, CONTROLA, SIMPLIFICA
LOS SERVICIOS ADMINISTRATIVOS Y LA ORGANIZACION
—♦— COMERCIAL —♦—

Pida folletos descriptivos y una demostracion sin compromiso
a los agentes exclusivos para el Perú

SANMARTI y Cía.

Ayacucho 428 (antes Botica de San Pedro)

Teléfono 4329

Apartado 1175

LIMA -- PERU

Este rol de ser un auxiliar de la enseñanza, determina su carácter pedagógico esencial, a fin de que contenga un conjunto racional de referencia y una sistematización lógica de datos, donde los alumnos puedan consultar los conocimientos de que carecen o ampliar los adquiridos en clases, o continuar en cualquier momento, su plan de aprendizaje.

4). — *La Pedagogía experimental como renovadora de normas.* — La introducción del método experimental en los campos de la didáctica ha venido a revolucionar tanto el punto del contenido de las materias de estudios en correlación con la edad de los alumnos y con las condiciones sociales de su medio ambiente, como la mejor manera de suministrar esos conocimientos.

No solamente a la luz de los experimentos pedagógicos hay que escoger cuáles son las actividades más necesarias, y las técnicas que son más provechosas para los jóvenes, en resguardo de sus energías, sino, también, principalmente, cuáles la metodología más adecuada para que el estudio sea menos doloroso y más fácil.

En el Estado de Illinois, por el Superintendente Mr. Washburne de las Escuelas de Winetcka, se han sometido a experiencias todas las materias de enseñanza, los programas y los planes lográndose eliminar el peso muerto de muchas cosas inútiles. En Aritmética por ejemplo se indagó, cuáles eran las operaciones que más fundamentalmente exigen los empresarios y los dueños de oficinas, a sus empleados; y después de una encuesta a la que contestaron miles de aquellos, se logró elaborar "a posteriori" el todo de lo que deben enseñar los maestros de Winetcka a sus discípulos en esa rama. Igual procedimiento se empleó en la lengua materna. Un experimentador y varios profesores asumieron la paciente tarea de leer la correspondencia usual en el comercio y en las transacciones económicas, y además cuáles eran las palabras de mayor familiaridad y de uso más frecuente en las que demuestran mayor dificultad ortográfica y el manejo para la expresión. Desde ahí se contrae la enseñanza solamente a aquello que es necesario que el alumno aprenda, adquiera y lo ejecute en la vida práctica. De esta manera, se ha logrado desterrar todo aquello que constituya recargo inútil, nocivo y estéril de trabajos dentro de la escuela.

Además, un propósito pragmático domina el carácter de toda la enseñanza popular y común. *La escuela para la vida práctica*: he allí su lema, pero para la lucha en esa tenaz competencia de la conquista del pan.

En consecuencia lógica, los libros tienen que someterse a esta índole de crítica, y modificar su contenido, contrayéndose

a lo esencial en la enseñanza y a la aspiración infantil, dentro de su rol de auxilios, previa una experimentación.

5). — *Conclusión.* — Un completo descuido es la característica general de los libros que ponemos en manos de nuestros hijos. Los norteamericanos, por ejemplo, son más psicólogos en esto de cuidar con celo por los derechos de los niños y de adaptar sus textos a la modalidad infantil. Las editoriales y los escritores en el extranjero prestan esmero singular. Entre nosotros es preciso seleccionar y escoger la impresión, con arreglo al buen gusto, al factor higiénico del tipo de imprenta, color del papel, dibujos y adornos necesarios y convenientes para despertar el amor por la vista a la lectura, hasta la esmerada atención del contenido, en los que se persigue claridad, estilo, elegancia y nitidez en la expresión de los pensamientos, ordenación lógica y sistemática para guiar a la mente con el enlace de ideas y de juicios a su desenvolvimiento natural. Hay una verdadera selección pedagógica entre los puntos esenciales y los secundarios de la materia que se desea enseñar o mostrar. Y la extensión racional que el autor debe de proporcionar a la respectiva materia. Cualitativamente, el libro debe ser confeccionado para los niños y especialmente para los niños, en el estilo comprensible que usan pero manteniendo siempre, los dos caracteres principales o agrupaciones: *Libros para deleitar*, y *libros para enseñar*. Aquellos son educacionales; éstos, son además, instructivos, y en ese carácter suelen servir de auxiliares tanto a los maestros como a los alumnos. Por esta última razón deben de estar de acuerdo con las doctrinas y verdades que cada profesor debe enseñar oralmente; así como con el programa o plan elaborado por el Estado.

Basta dirigir una mirada ligera a todos los libros desde los de Lectura con que inician nuestros hijos su dialogación e interpretación del pensamiento escrito hasta los de Historia, Geografía, Castellano o Lengua Materna, de Cálculo y de Ciencias Naturales, para convencernos de que adolecen de los esenciales defectos anteriormente anotados, el lenguaje es abstruso y como para adultos; incomprensible y verdaderamente torturante para la inteligencia tierna; contenido de nociones, datos y fechas, en absoluto inútiles, que, más bien, están encaminados para el aprendizaje memorístico y oral almacenamiento de palabras y guarismos, que para servir de guía o realizar la tarea de enseñar.

Nuestros textos de Castellano, tan plagados de reglas y de adustos resúmenes gramaticales que parecen filológicos, suelen estar especialmente escritos para suscitar en los niños la aversión a este género de estudios.

Es claro que el Plan de Enseñanza tiene gran culpa en este contenido plagado de eruditismo. Pero, una sola palabra puede resumir el estado general: *Completo abandono pedagógico*.

En síntesis: la casi totalidad de los textos que se ponen a precio subido en manos de nuestros hijos son antiestéticos y anti-pedagógicos. Son áridos instrumentos de tortura mental. Ni Belleza; ni Verdad; ni Ciencia; ni Saber; ni Conocimientos; ni curiosidad; ni incitación o amor a la lectura; ni despertamiento del gusto; ni, por último, alguna finalidad útil o provecho práctico frente a la vida; pueden señalarse como tipos o como cualidades esenciales de ellos.

Fuerza es meditar en los medios de conjurar este abandono, y pensar en el remedio, por el amor de la infancia que es el tesoro de la Humanidad.

L. E. GALVAN.

Informaciones y Comentarios

EL DOCTOR PEREZ ARANIBAR

El Sindicato Médico ha redimido a nuestra sociedad y a nuestros centros culturales de un pecado de ingratitude, que se iba cometiendo con el doctor Pérez Aranibar, al no haber aún exteriorizado suficientemente la admiración pública por su obra.

La iniciativa, el esfuerzo y el éxito del Dr. Pérez Aranibar son una excepción imponderable en nuestro medio. El ha hecho lo que se propuso hacer; y se había propuesto nada menos que dotar a Lima, de un gran hospital de mujeres, de un gran puericultorio y de un asilo de ancianos desvalidos. Allí están las tres obras y no están hechas a la criolla, es decir al salir del paso y para publicar una información y colocar una placa, sino en forma a que no estábamos habituados, a la manera grande, sólida, hermosa, tesonera y al propio tiempo modesta, propia de un hombre eminente y bondadoso.

Ya sabemos que no sólo hay divergencias seudo-técnicas respecto del concepto y de la ejecución de esas obras, sino también una política de hostilidad a los esfuerzos del Dr. Pérez Aranibar, que vienen naturalmente de quienes nada edifican científicamente contra él, pero comprenden que las obras del Dr. Pérez Aranibar prestigian a la beneficencia por el esfuerzo particular que ellos quieren reemplazar, de conformidad con los manuales europeos, por la acción directa del Estado.

De todas maneras, las objeciones al método y al sistema, es decir a la forma, no alteran las condiciones admirables de vocación humana para iniciar, de perseverancia para llevar a término y de humildad para pedir el óbolo de los pudientes, que caracterizan al doctor Pérez Aranibar, hacia quien debe ir sin reserva la gratitud pública.

Documentos

LEY N.º 6634

DECLARANDO DE PROPIEDAD DEL ESTADO LOS
MONUMENTOS HISTORICOS EXISTENTES EN
EL TERRITORIO DE LA NACION ANTERIORES
A LA EPOCA DEL VIRREINATO.

El Presidente de la República

Por cuanto: el Congreso ha dado la ley siguiente:

El Congreso de la República Peruana.

Ha dado la ley siguiente:

Artículo 1.º. — Son de propiedad del Estado los monumentos históricos existentes en el territorio nacional anteriores a la época del Virreynato. Es inalienable e imprescriptible el derecho de la Nación sobre dichos monumentos.

Artículo 2.º. — Se reputan monumentos históricos para los efectos de esta ley, los inmuebles comprendidos en la denominación de templos, palacios, fortalezas, edificios, ruinas y paredones, monolitos, piedras y rocas labradas, intihuatanas, cementerios, chupas, sepulcros, nichos construídos en peña o greda, en cuevas, grutas o subterráneos, dolmenas, huacas, caminos, puentes, acueductos, canales, baños, ruinas de pueblos y ciudades y en general, cuantas construcciones, restos o residuos de labor humana anteriores a la época mencionada, sirvan de estudio para el conocimiento de las civilizaciones y la historia de los antiguos pobladores del Perú.

Artículo 3.º. — Pertenecen, igualmente, al Estado, los restos humanos, tejidos, amuletos, artefactos de madera, cobre, plata, oro, barro cocido, piedras y cualesquiera otro material, herramientas, utensilios y demás objetos de cualquiera otra naturaleza y aplicación, contenidos en los monumentos a que se refieren los artículos anteriores, aun cuando se descubran o extraigan de terrenos de propiedad particular.

Artículo 4º. — Son de dominio privado los objetos arqueológicos de la especie enumerada en el artículo 3º. que a la promulgación de esta ley se encuentren en poder de particulares. El Estado puede ejercer sobre ellos el derecho de retracto en caso de venta.

Artículo 5º. — Si los inmuebles arqueológicos a que se refieren los artículos precedentes estuviesen situados en terrenos de propiedad particular, podrá el Estado expropiar dichos terrenos con arreglo a la ley, en la extensión superficial que baste para su conservación y las exploraciones científicas a que se presten.

Artículo 6º. — Prohíbese bajo la multa de diez a cien libras peruanas, aparte de la responsabilidad penal a que haya lugar, todo acto de exploración o excavación en los yacimientos arqueológicos que no sea expresamente autorizado por el Gobierno.

Artículo 7º. — El Gobierno podrá conceder el permiso que soliciten las corporaciones científicas nacionales, previo informe del Patronato Nacional de Arqueología, para emprender trabajos de exploración y excavación en dichos yacimientos y para extraer de ellos los objetos artísticos o históricos que contengan, siempre que la solicitud responda a propósitos serios de estudios y se destinen los ejemplares descubiertos al enriquecimiento de los museos públicos.

Artículo 8º. — El Gobierno podrá conceder, también, igual permiso a las sociedades científicas extranjeras mediante estipulaciones en convención diplomática, que garanticen el interés del Estado, cuidando bajo la vigilancia inmediata de un comisionado experto, de que se reserven para el Estado los ejemplares únicos que se extraigan de los yacimientos y se adjudiquen al concesionario sólo los de especies duplicadas.

Artículo 9º. — Igualmente podrá concederse el permiso a que se refieren los artículos anteriores, a las personas, sean nacionales o extranjeras, que lo soliciten, si ofrecen garantías de seguridad y de suficiente versación científica en materias arqueológicas.

Artículo 10º. — No se exportarán los objetos arqueológicos a que se contrae esta ley, sean de propiedad del Estado o de particulares, sino con permiso del Gobierno so pena de comiso y de la multa de diez a cien libras peruanas, en que incurrirán todos los que concurren directamente o indirectamente a la exportación clandestina, según la importancia de las especies y la gravedad de las circunstancias.

Artículo 11º. — Las antigüedades precolombinas de propiedad particular se inscribirán en un registro especial, que se abrirá en el Museo de Historia Nacional, con las indicaciones y datos necesarios para su identificación. Las traslaciones de dominio

que se efectúen después de inscritas, se consignarán, para su validez, en el mismo registro. Los objetos que no se hayan inscrito durante el trascurso de un año, a contar desde el día en que se abra el registro, se reputarán de propiedad del Estado. El Gobierno al expedir el reglamento para la ejecución de la presente ley determinará la forma en que deben efectuarse las inscripciones en los departamentos fuera de Lima y Callao, cuidando de que se centralicen todas ellas en el registro general.

Artículo 12°. — A fin de identificar y controlar los inmuebles y objetos a cuya protección y conservación provee la presente ley, el Gobierno mandará hacer el mapa arqueológico de la República y el inventario general de los unos y de los otros.

Artículo 13°. — Créase el Patronato Nacional de Arqueología destinado a la protección y conservación de los monumentos históricos, antigüedades y obras de arte de la época prehispánica, cuyas funciones se reglamentarán por el Gobierno.

Son miembros del Patronato: El Ministro de Instrucción que lo presidirá, el Rector de la Universidad Mayor de San Marcos, un Delegado por cada una de las Universidades Menores, elegido por ellas mismas, el Director del Museo de Historia Nacional y el presidente de la Sociedad Geográfica de Lima.

Artículo 14°. — Créase, también, un Patronato Arqueológico Departamental en la ciudad del Cuzco, que se compondrá del Presidente de la Corte Superior de ese Distrito Judicial, que lo presidirá, del Rector de la Universidad, del Ilustrísimo Obispo de la Diócesis, del Presidente del Instituto Histórico y del Alcalde Provincial del Cercado.

Artículo 15°. — El Patronato Arqueológico Departamental del Cuzco velará por la conservación, protección, investigación y estudio de todos los monumentos arqueológicos, comprendidos en la presente ley, situados en los Departamentos del Cuzco y Apurímac, de conformidad con las instrucciones que reciba del Patronato Nacional y tendrá las facultades especiales que pueda conferirle el Poder Ejecutivo al reglamentar la presente ley.

Artículo 16°. — Autorízase al Poder Ejecutivo para designar Patronatos Departamentales en las circunscripciones que estime conveniente.

Artículo 17°. — El Estado fomentará el desarrollo de la arqueología nacional sufragando al efecto los gastos que originen, las exploraciones, la impresión de libros pertinentes y la contratación de especialistas que organicen los estudios sobre las materias.

Artículo 18°. — Los Concejos Municipales, los Prefectos, Subprefectos y demás autoridades políticas están obligados a velar en sus respectivas circunscripciones territoriales, por el estricto cumplimiento de la presente ley, ejerciendo vigilancia

constante sobre los yacimientos arqueológicos, monumentos históricos y obras públicas de arte, y promoviendo al efecto, ante el Patronato las medidas que estime más eficaces para prevenir o reprimir las exploraciones no autorizadas y los daños y deterioros.

Artículo 19°. — En el Presupuesto General se consignará, anualmente, una partida suficiente para cubrir los gastos que demanden la protección y el fomento de la Arqueología Nacional, a los cuales se destinará, también, el producto de las multas que se impongan con arreglo a la presente ley.

Artículo 20°. — Los objetos arqueológicos descubiertos en terrenos de propiedad particular al practicarse excavaciones para edificios, cultivo u otros trabajos, serán puestos a disposición de las respectivas Comisiones del Patronato de Arqueología Nacional, para que ordenen su ingreso en los museos, o permitan la exconclusión de ellos y su consiguiente apropiación por el inventor, si hubiese en los museos, ejemplares análogos.

Artículo 21°. — La persona o entidad que desee derribar un edificio arqueológico en que se hubiere operado accesión industrial, con fábricas o construcciones modernas, solicitará el oportuno permiso del Gobierno, bajo pena de multa. Compete al Estado en tales casos, el derecho de tanteo para la compra del inmueble, o de los elementos arqueológicos que lo integran.

Artículo 22. — El Gobierno proveerá lo necesario para la conservación y reparación de las ruinas y yacimientos arqueológicos, que se declaren Monumentos Nacionales por leyes especiales, y en todo caso de los yacimientos arqueológicos de Sac-saihuamán, Ollantaitambo, Machupicchu, Viticos, Atun-Collas, Nazca, Pachacamac, Fortaleza de Chimú, Castillo de Chavín, Huánuco Viejo y Ruinas de Chanchán, que se declaran Monumentos Nacionales por la presente ley.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para que disponga lo necesario a su cumplimiento.

Dada en la sala de Sesiones del Congreso, en Lima, a los tres días del mes de junio de mil novecientos veintinueve.

Roberto E. Leguía, Presidente del Senado.

F. A. Mariátegui, Presidente de la Cámara de Diputados.

Octavio C. Casanave, Diputado Secretario.

Al señor Presidente de la República.

Por tanto:

Mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Dado en la casa de Gobierno, en Lima, a los trece días del mes de junio de mil novecientos veintinueve.

A. B. LEGUIA.

J. MATIAS LEON.

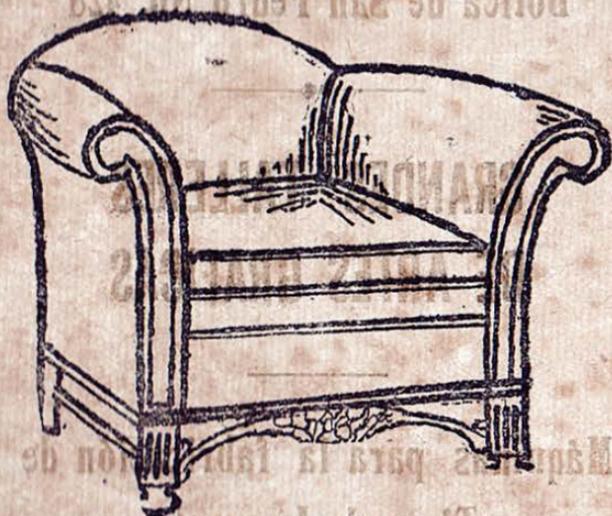
M. RITZDORFF é HIJO

HUANCAVELICA Nos. 246 y 250 (Plazuela del Teatro)

TELEFONO No. 2651

CASILLA No. 1668

L I M A



SE ENCARGAN DE TODO TRABAJO DE
TAPICERIA, DECORADO Y VIDRIOS
— VITRAUX. —

Se hacen dibujos y presupuestos de instala-
ciones completas de casas y Almacenes

ESPECIALIDAD EN MUEBLES PARA ESCRI-
TORIO Y SILLONES CONFORTABLES, ETC.

TRABAJOS Y MATERIALES GARANTIZADOS

SANMARTI y Cía.

—◆— LIMA —◆—

Botica de San Pedro No. 428

**GRANDES TALLERES
DE ARTES GRAFICAS**

Máquinas para la fabricación de
Tipos de Imprenta

LA MEJOR INSTALACION

**PARA FABRICAR
TRICROMIAS**

FOTOGRAFADOS

SELLOS DE JEBE

IMPRENTA Y LIBRERIA

ACUMULADORES

Prest-O-Lite

UN acumulador que puede comprarse con la absoluta certeza de que se obtiene la mejor calidad posible—y a un precio sorprendentemente bajo si se le compara con el de otros acumuladores de aislamiento especial.



675

GRAHAM, ROWE & Co.
SECCION AUTOMOVILES

SAN ANTONIO 659

TEL. 2829

BANCO DEL PERU Y LONDRES

FUNDADO EN 1877

OFICINA PRINCIPAL: LIMA

Sucursales propias en:

Piura, Paíta, Sullana, Chiclayo,
Cajamarca, Pacasmayo,
Trujillo, Huacho,
Callao, Huancayo, Cañete,
Chincha Alta, Pisco, Ica, Mo-
llendo, Arequipa, Cuzco, Puno,
Moquegua y Tacna

AGENCIAS EN LIMA:

Calle de Trujillo No. 360 y Calle de
Boza No. 900

Agencias en Barranco y Miraflores

SECCION DE AHORRO CON 6% DE INTERES

Dirección Telegráfica: LAO